

JUAN TALLÓN

Rewind



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

PORTADA
EN MITAD DE UN DÍA PERFECTO
FORMAS DE DECIR TE QUIERO
LOS PERIÓDICOS NO SE LEEN POR ENCIMA
TODOS COMETEN EL GRAN ERROR DE SU VIDA
HISTORIAS DE AMOR CON ZAPATOS
FORD TORINO ROJO DEL 71
CRÉDITOS

A mis padres

El hombre no está hecho para la derrota. Un hombre puede ser
destruido, pero no derrotado

ERNEST HEMINGWAY,

El viejo y el mar

EN MITAD DE UN DÍA PERFECTO

Era viernes y, como todos los viernes, salvo que tuviésemos exámenes, dábamos una pequeña fiesta en nuestro piso de la rue Romarin. Nos agradaba creer que la vida nos obligaba. No tenía truco: éramos jóvenes e indestructibles, no pensábamos demasiado en el futuro y nos gustaba pasarlo bien mientras no llegaba. Ese día celebrábamos además el cumpleaños de Luca, que en realidad había sido la semana anterior. Pero hacer las cosas cuando nos daba la gana, y no a su debido tiempo o cuando había que hacerlas, nos reconciliaba con el presente.

No había aparecido nadie todavía por la fiesta, salvo Anouk Hezard y Didier Hinault, que pasaban tanto tiempo en nuestra casa como los cuatro que vivíamos allí. Ambos tenían su propio juego de llaves. Se suponía que la gente iba a presentarse a partir de medianoche. Seguramente carecía de mérito llegar puntual, y menos aún antes de tiempo.

Fue sobre las once cuando me dirigí al cuarto de baño. Me produjo un leve mareo el pomposo ambientador de vainilla que casi coloreaba de amarillo el aire, y que Emma había colocado en el pasillo esa mañana, alegando que al entrar por la puerta olía demasiado «a zapatos tirados en el suelo». A todos nos admiraba su nariz, capaz de inventar emanaciones sugerentísimas, que incluían el olor «a televisión recién apagada», «a ropa planchada y doblada» o «a botella de vino vacía».

Me estaba meando. Salí del salón, donde bebíamos con cierto desorden y riéndonos con altivez de todas las cosas, unas veces ingeniosa y otras grotescamente, sin demasiada sutileza, y me dirigí al lavabo del fondo, el pequeño. Esa es la irrisoria y única razón por la que ahora estoy vivo: mis ganas de hacer pis. No me gusta pensar en ello. Me cansé. Durante meses estuve obsesionado con esa maldita casualidad, que no me sacaba de la cabeza, donde me pesaba como si tuviese un cáncer dentro, y el cáncer fuese no una enfermedad sino una pequeña bola de hormigón como las que los ayuntamientos colocan en las aceras para que los automóviles no se suban a ellas. La vida no podía resultar tan aleatoria, me decía. Me ponía a pensarlo –un momento, un minuto, una hora, un día, un año– y me extraviaba en mi propio pensamiento, a semejanza de esos niños de cuatro años que se sueltan de la mano de su padre, en mitad de la muchedumbre, y en unos pocos pasos se encuentran perdidos, arrojados a una especie de locura demasiado adulta de la que ignoran cómo volver. Me sentí mejor cuando lo dejé estar. Si la vida era aleatoria, que lo fuese. Hay hechos que admiten solo un número de vueltas de tuerca, y si les das más de la cuenta, empiezan a carcomerte y el pensamiento deriva en laberinto.

Si hubiese ido al baño grande, entre el salón y la cocina, la historia habría sido distinta. Distinta en el sentido de que yo, que quizá no soy nada para la gran historia del mundo, estaría muerto. Es espeluznante. Elegí el baño pequeño, que estaba más lejos, y sigo vivo. Ni siquiera creo que fuese una elección, simplemente me encaminé al fondo, como si necesitase alejarme del ruido, o supiese que allí no iba a molestarme nadie. En un piso por el que pasaba tanta gente siempre había alguien llamando a la puerta del baño principal justo cuando estabas dentro. Resultaba bastante desquiciante algunos días. Te pasabas la vida gritando «ocupado».

Entré y cerré con el pasador. Tengo esa costumbre, aunque solo vaya a cepillarme los dientes o escupir el chicle a la taza del váter. Al cerrar, la música se amortiguó mansamente y la tranquilidad se volvió casi física. Yo iba con la idea de hacer pis y, de paso, meterme una raya,

esa es la pura verdad. Quería aprovechar el viaje. Me había metido la última hacía media hora. No es que tuviese que esconderme. Entre nosotros, podías consumir o fumar un porro sin necesidad de ocultárselo a los demás. En realidad, Emma y yo éramos los únicos que lo hacíamos, y no nos importaba hacerlo a la vista del resto. Actuábamos como una familia hasta los últimos actos y consecuencias, aunque fuesen nocivos. Vivíamos los días con descaro, arrojados a la posmodernidad, una era dispuesta a no acabar nunca del todo. Nos horrorizaba el pudor. Pero, en aquel momento, simplemente me apeteció prepararme un tiro a solas aprovechando que estaba en el lavabo. La soledad podía volverse un alimento, y en mi caso lo había sido siempre.

Meé y entonces ya no tuve ocasión de nada más. Me cuesta recordar con precisión ese instante, cuando todo se desintegró y se volvió irreal. Porque por una parte está la realidad, suma de todo, y por otra la irrealidad, que también existe, y que se define quizá como una resta sobre el todo. La memoria elige unos detalles y descarta otros, supongo. Tú sí, tú no, tú tampoco, tú no, tú sí. Por ejemplo, sí recuerdo que esa noche llevaba puestos unos pantalones vaqueros gastados, rotos en una rodilla. Estuve toda la semana poniéndomelos. El amor a la ropa se demuestra a veces en la insistencia. Unos pantalones viejos, unos zapatos gastados, un abrigo pasado de moda equivalen a veces a tu patria. En algunos objetos se enmascara en ocasiones una lección. Ese día llevaba además una camisa blanca remangada, con la que tal vez jugaba a que era verano, y a hacerme el elegante con el solo gesto de subirme las mangas un par de centímetros por encima del codo. Era 7 de mayo y ya se habían alcanzado los 24 grados. Yo calzaba botines. Es mi calzado preferido, me los pondría hasta para dormir o nadar. También me acuerdo de que en ese instante estaba sonando «Rehab», de Amy Winehouse. Ilka se encargaba de la música, y se encargaba de que nadie más que ella se encargase. No podías meterte a pinchar sin que se acercase dibujando una mueca de escepticismo, si no de asco, y te dijese: «No tienes ni idea. Aparta.» En cuestiones de música, su teoría no podía ser más sencilla: nadie tenía ni idea salvo ella. En Berlín era vocalista y guitarrista en un grupo de indie rock. No sé cómo se llamaba, aunque alguna vez me lo dijo. Podría ser Department of Second Chances. Se disolvió el mismo año que ella se vino a estudiar a Lyon. Viajó con su guitarra, que poco a poco fue dejando de tocar, hasta que el instrumento se volvió una pieza de decoración cuyo único trabajo era aguantar la respiración, el silencio total, sin hacerla sentir demasiado culpable por ello. Era una Ibanez de color azul celeste, con varios rayazos que, según la teoría de Ilka, la revalorizaban. Contaba que uno de ellos se había producido durante una discusión con los miembros del grupo, cuando el batería le arrojó un vaso de cristal. Cosas de la épica. «Eso multiplicó su valor al doble por lo menos», decía. A ella le había costado, nueva, a los dieciséis años, trescientos euros que pagó con el dinero que había ahorrado mientras trabajaba en una discoteca los fines de semana. Al principio no dejaba que le pusiésemos la mano encima ni para acariciarla. «A su manera, es un objeto sagrado que bien utilizado, como un libro, puede salvar a la humanidad. ¿De qué? De nada», le oí decir una vez. Si la mirábamos fijamente durante unos segundos de más, nos decía «Ni lo sueñes», creyendo adivinar que nos gustaría hacer un poco el tonto con el instrumento. Eso fue al principio, y después llegó el día en que se ponía de buen humor si alguien se acordaba de la guitarra, como si fuese un abuelo muerto o un perro ciego lleno de garrapatas.

La vida cambió de alcance y significado en unos pocos segundos. Pasó de ser algo que se rendía a un acto de entusiasmo, o de inteligencia, aunque se recorriese en solitario, a ser un recipiente en el que te hundías por tu propio peso, como los bebés que se ahogan en una piscina infantil cuando sus padres se distraen hablando por teléfono o yendo a buscar un cigarrillo. Quizá había sido siempre una carrera lenta, sin destino, pero si antes esa ausencia abrigaba sueños, de

repente te hacía sentir solo un miedo ancestral. En un vulgar instante, todo lo que era normal desapareció. Solo un instante antes de ese instante, a las 23.01 horas, pongamos, estaba en mitad de un día perfecto. Y de repente la vida se derramó sin solución, como el agua que no se puede devolver al vaso tras volcar. Todos los sueños y esperanzas quedaron enterrados, incluso lo que pensaba que podría no gustarme, pero que estaba dispuesto a afrontar. Los problemas y las dificultades puntuales formaban parte del encanto de la vida, aunque uno careciese de humor para aceptar esta idea sin rebelarse.

Si un minuto antes alguien me hubiera preguntado qué le pedía a la vida, habría respondido que nada, estar como estaba, no necesitaba más, ¿para qué? Aquella noche me sentía exultante. Me parecía que lo tenía todo al alcance de la mano. Por la mañana, al salir de la última clase, me encontré en el patio principal de la Escuela de Bellas Artes con mi profesor de Punto de Vista, Hans Merleau, que me convocó a su despacho. Merleau se acercaba a los sesenta años a pasitos, tenía unas orejas pequeñísimas, como si con el tiempo se le hubiesen desgastado, y hablaba siempre con una mano en el bolsillo, mientras la otra mantenía una actividad frenética, trazando acrobáticos dibujos en el aire, ante los que era fácil sentir miedo a caer hipnotizado. Para él no había diferencias entre hablar en broma y hablar en serio. Usaba unos zapatos enormes, por lo menos dos tallas más grandes de la que le correspondía. Sus pasos levantaban un ruido extrañísimo, y la acción de avance parecía quedar incompleta. Me hacía pensar en esos conductores que precisan realizar cuatro o cinco maniobras para aparcar el coche aunque tengan sitio de sobra.

Algunos compañeros decían que Merleau bebía. Supongo que sacaban esa conclusión de la botella de whisky Macallan que tenía sobre su mesa. Era una premisa fuerte. A mí su aliento nunca me olió a alcohol, ni su comportamiento me pareció el de un alcoholico. Y la botella diría que siempre tenía el mismo nivel de líquido. Creo que estaba allí para generar leyendas en torno a Merleau, como los zapatos grandes, como la mano en el bolsillo, en torno a la que tejíamos teorías de todo tipo, o como la figura de medio metro de altura que había sobre uno de sus muebles archivadores, que representaba a una mujer con un gran pene que apuntaba a las visitas.

No tenía ni idea de qué podía querer Hans Merleau de mí. Hablábamos a menudo, y lo hacíamos en cualquier sitio, en el aula, al salir o al entrar, en los pasillos, en el patio, en la cafetería. ¿Para qué acudir al despacho? Me pidió que me sentase y me preguntó si me importaba que fumase. Hice un gesto para que fumase todo lo que quisiese. «Analicemos la situación», propuso, mientras introducía tabaco en la pipa. Yo ni siquiera sabía a qué situación se refería, pero él siempre utilizaba esa expresión: «Analicemos la situación.» No importaba si no había una situación concreta. Debió de advertir mi inquietud porque entonces, sin más formalismo, me anunció que el equipo pedagógico de la Escuela Nacional de Bellas Artes había preseleccionado una de mis pinturas para exponer en la Bienal de Arte Contemporáneo de Lyon que se celebraría el año siguiente. Para esa edición la cita se desarrollaría bajo el lema «Una terrible belleza». No me lo podía creer. Le pregunté si hablaba en serio, y noté cómo me temblaba la voz al hacerlo. «¿Me has visto bromear alguna vez?», preguntó sonriendo, y me llegó el aroma de la pipa. Hizo un comentario elogioso sobre mi cuadro, que retrataba a una mujer inaccesible y aislada entre una gran multitud, y que te hacía creer que uno puede sentirse perfectamente solo y abandonado aun envuelto por millones de personas. El cuadro pretendía reflejar un instante de vacío, en el que la mujer, por muy rodeada que estuviese, sentía que había cosas de las que no podía hablar con nadie. Los tonos fuertes con que estaba tratada su figura, que la señalaban entre una gran multitud, volvían aún más llamativa su inaccesibilidad.

Me fui del despacho de Merleau creo que llevándome conmigo el olor a pipa en la ropa y el pelo, y antes de salir de la escuela llamé a casa de mis padres, en Burdeos. No respondió nadie. Era normal. Supuse que mi padre estaría de viaje y que mi madre, que tenía la consulta en el piso, dividido en una zona familiar y otra profesional, estaría con algún paciente. Es una reputada psiquiatra, con pacientes que llegan desde muy distintos lugares de Francia, creyendo que tienen salvación.

Nunca habríamos acabado en aquel piso si el dueño, Philippe Lindon, no hubiese sacado adelante la horrorosa idea de suicidarse. Se ahorcó en la lámpara del salón, una lámpara horrible, por cierto, de bronce, aunque fiable, precisamente ideal para colgarse si uno se empeña. Nos sonrió la suerte, por decirlo así. A través de mi madre, que había sido durante muchos años su psiquiatra, surgió la oportunidad de ocuparlo. La familia del fallecido, incómoda con el suicidio, deseaba alquilar la vivienda para reinstaurar lo antes posible la normalidad, empolvando el pasado, sin dar ocasión a la formación de leyendas negras, que tan fácilmente surgen y que luego no hay modo de espantar. A lo largo de los años la familia había entablado una relación tan cercana con mi madre, psiquiatra a su vez de un primo de Philippe, que recurrió a ella. Ahí entró en juego la fortuna, pues obviamente mi madre sabía que yo pretendía dejar a mis anteriores compañeros de piso, y unos días antes había conocido a Emma, Luca e Ilka en una fiesta. Los tres, que habían coincidido en la misma pensión, buscaban a su vez un sitio en el que pasar el curso. Fue un cúmulo de casualidades.

El piso se hallaba en una zona inmejorable y el alquiler era casi ridículo, teniendo en cuenta que se dividiría entre cuatro. Todos nos quedamos prendados de la vivienda y su ubicación, en la rue Romarin, muy cerca del Hôtel de Ville. Asumimos el riesgo de convivir sin apenas conocernos. A nuestra edad siempre pensábamos que todo saldría bien y nos haría reír. Solo entonces, cuando nos felicitábamos de la suerte que habíamos tenido, les conté la verdad de aquella casa una noche, después de ver un capítulo de la segunda temporada de *Breaking Bad*. Señalé la lámpara, que era la original, y les conté que el dueño del piso se había suicidado allí. Vivía solo, rodeado de pájaros y con un gato naranja. Se ahorcó con un cinturón de cuero de mujer, quizá un dato menor, pero bastante curioso, tratándose de un hombre soltero, sin demasiados amigos y que, según el vecindario, era homosexual. «Sería de su madre», elucubró Emma. «Sería robado», discurrió Luca. «No sería homosexual», sentenció Ilka.

Philippe Lindon tenía cincuenta y siete años cuando murió. Tardaron cinco días en descubrir el cadáver. No porque oliese, o porque lo extrañasen. Simplemente, a los vecinos les pareció raro que los pájaros, tan briosos siempre, o en ocasiones molestos, dejaran de cantar de un día para otro. Nunca se sabe qué puede llamar a la gente la atención de uno y, por tanto, qué puede echar de menos cuando desaparece. El día que alertaron a la policía, y dos agentes forzaron la puerta, descubrieron al dueño de la vivienda colgado de la lámpara de bronce. Aún se balanceaba, al parecer, pero porque el gato se restregaba contra él de vez en cuando, el mismo gato que, hambriento, había conseguido abrir las jaulas y comerse los periquitos. El suelo estaba lleno de plumas. Estos detalles los conocí por Hannah Dubois, la dueña del quiosco de prensa que había al otro lado de la calle, con la que enseguida trabamos amistad.

Dejé un mensaje para mi madre en el contestador, explicándole las razones de mi felicidad. La época dorada de estos aparatos había quedado atrás, pero ella seguía aferrada al suyo. Cada vez que un paciente dejaba la consulta, ella se dirigía al salón de casa, donde estaban el teléfono fijo y el contestador, a comprobar si había mensajes. Mis amigos del instituto, que veían el aparato cuando venían a buscarme, hacían chistes de toda clase a su costa. Algunos días llamaban y

dejaban un mensaje horrible y divertido, pensando que lo oiría yo antes que mi madre y lo borraría. Ponían un pañuelo sobre el micrófono para distorsionar la voz. La primera vez que lo hicieron descubrió el mensaje precisamente mi madre: «Papi», dijeron, fingiendo una gran ansiedad, «han entrado unos hombres en casa. Llevan pasamontañas. Me he escondido en tu despacho, pero han cogido a Rosa. Ven pronto, papi.» Mi padre, que se pasaba la vida viajando por los hoteles más nuevos del mundo para escribir sobre ellos, admiraba el contestador de mi madre como a un animal disecado, al que uno nunca se acerca del todo, por si acaso.

Me dirigí con Charlie y Anne, un par de compañeros de clase, al Jardin des Chartreux, al que se ascendía, tras salir de la escuela y bajar unos cien metros por el quai Saint-Vincent, a través de unas empinadísimas e interminables escaleras entre casitas con huertos. Al llegar a los jardines buscamos un banco discreto, en uno de los claros, y Anne lió un cigarro de marihuana, que rechazé cuando me lo ofreció. La maría nunca me había hecho sentirme bien, y a aquellas horas quizá temí que podía estropearme el día, que, mientras no se demostrase lo contrario, era uno de los más dichosos de mi vida. Creía que no poner en riesgo la felicidad del momento constituía un buen principio por el que guiarse. Eso era distinto, y desde luego más inteligente, que arriesgar el futuro por alcanzar la felicidad.

El profesor Merleau me había demandado cierta reserva, y no comenté con ellos la noticia de la preselección de mi cuadro para la bienal. Me costó, vaya si me costó. Hacía un día magnífico y buscamos un banco en el que nos diese el sol. Me quité la chaqueta, que coloqué sobre las piernas, y me quedé en mangas de camisa. Les enseñé rápidamente el tatuaje que me había hecho hacía tres días en el brazo derecho. El izquierdo era sagrado, inviolable. ¿Y si me cambiaba el estilo, o si lo estancaba y dentro de unos años era el mismo artista que ahora, sin evolución? De vez en cuando me dejaba guiar por estas supersticiones. Por eso, desde que pintaba, tampoco usaba reloj en la mano izquierda. Siempre que podía me la guardaba en el bolsillo, para preservarla. Era una suerte que el mundo se saludase entre sí con la derecha o con besos.

Había tardado dos años en decidirme a hacer aquel tatuaje. Cuando resolví que lo deseaba, porque el concepto de para toda la vida me producía vértigo, todavía tenía que pensar en qué quería tatuarme. En el piso, tanto Emma como Ilka y Luca estaban tatuados desde hacía tiempo. Al final, me incliné por unas pisadas de zapatos que nacían en la muñeca y subían en espiral, como deambulando a través de una nevada, antebrazo arriba, codo y parte del brazo, hasta desaparecer en su parte interior, cerca de la axila.

Después de un rato al sol, fumando y hablando de la nueva exposición de Ben Vauteir en el Museo de Arte Contemporáneo, y que pretendíamos visitar en breve, nos despedimos hasta la noche. Anne quedó en pasarse por la fiesta, tal vez a partir de las doce y media. Charlie no iría, pero pronosticó que nos veríamos en alguno de los locales a los que a menudo acudíamos cuando dejábamos el piso. Nuestras fiestas de los viernes habían acabado convirtiéndose casi en una leyenda entre la comunidad universitaria. Había gente, que nunca conseguía acudir, que aseguraba que las fiestas del piso de la rue Romarin eran una invención de tantas. En su momento, Luca propuso que cada uno de nosotros invitara a tres personas cada viernes y que otras cinco acudiesen por sorteo. Fue un experimento, y después un juego, y sin darnos cuenta fue un éxito. Aquella fórmula, vigilada siempre por Luca, nos permitía mantener las veladas bajo control. Nunca se presentó la policía. Por alguna razón, para casi todo el barrio éramos unos muchachos deliciosamente simpáticos y civilizados.

El piso formaba parte de un edificio sobrio, sin llegar a elegante, de comienzos de siglo XX, que constaba de cinco plantas. La baja estaba ocupada por una enorme tienda de ropa de piel. Su

dueño, Jacques Loury, al que caímos en gracia porque nos gustaba escucharlo, era nieto de un militar francés miembro de la Resistencia detenido por la Gestapo en 1943 en la periferia de Lyon, en una operación que con el tiempo se hizo famosa porque en ella también había caído el héroe Jean Moulin. El abuelo de Loury falleció una semana después, al parecer. Antes de morir, los nazis le arrancaron las uñas con tenazas calientes y después le colocaron los dedos en el quicio de una puerta que cerraron y abrieron hasta que las falanges cedieron y se desprendieron, como si fuesen las hojas de un árbol. Jacques Loury lo explicaba sin ahorrarse detalles, como si al contarle no le doliese. Cuando escuché su relato por primera vez, ya que después de la primera vendrían las siguientes, noté el vértigo de la montaña rusa en una parte de mi cuerpo parecida a los testículos.

En cada planta del edificio había dos pisos. Nosotros compartíamos la primera con el matrimonio Adel Slimani y Calise Hamza y su hijo Ali. No se hacían notar apenas. Él daba clases de lengua y literatura en un instituto reputado en círculos pedagógicos, y su firma era habitual en revistas especializadas. Ella trabajaba como administrativa en una academia de idiomas. Nos teníamos mucho aprecio y consideración. Nuestra casa siempre estaba abierta para ellos. Aquella familia se había integrado perfectamente en el estilo de vida francés, laico, interesado en la cultura y las tradiciones, incluso cuando consistían en beber y comer bien. Casi se hacía raro que, con su origen marroquí, fuesen tan franceses. ¡Pero así era casi todo el mundo en Francia!

Ali tenía diecinueve años, y acudió a las fiestas de los viernes desde el primer momento. Era uno más del grupo, aunque no tuviese llave de casa. No la necesitaba. Nuestra vivienda tenía la puerta solo entornada la mayor parte de los días para que no hubiese que tocar el timbre, molestísimo. Era lo peor, o quizás lo único malo de aquel piso, del que ni siquiera nos incomodaba la lámpara de bronce del salón. Su sonido nos causaba a todos repelús, y a mí me hacía pensar en la señal para accionar una cámara gas. Nos extrañó que Ali desapareciese a mitad de curso. Nos caía bien a todos. Era un aplicado estudiante de Derecho. De pronto, a la vuelta de las vacaciones de Navidad nadie volvió a verlo. Adel se limitó a decir que se había ido a vivir una temporada con sus abuelos a Tetuán, donde pensaba continuar con sus estudios en la Universidad Abdelmalek Essaâdi.

En la segunda planta, una de las dos viviendas se encontraba vacía, justo la que estaba sobre la nuestra. Luca disfrutaba diciendo que algunas noches oía pasos, pasos de zapatos, zapatos sin piernas ni alma, vagando sin dejar huellas. Desde la calle, las persianas del piso se veían siempre cerradas. En la fachada, sin embargo, resistía todavía una vieja placa que anunciaba la consulta de un tal «Dr. Favreau, médico neurólogo». Emma, siempre interesada por esta clase de presencias fantasmales, supo a través de Hannah que los Favreau habían formado un matrimonio muy conocido en Lyon. No tenían hijos, pero sí muchos sobrinos enfrentados entre sí, dispuestos a no ponerse de acuerdo por la herencia. Un verano, según el relato de la quiosquera, el matrimonio alquiló una pequeña embarcación en Milos, durante sus vacaciones, con la que salió a navegar y ya nunca regresó. El Egeo los tragó con el velero y no los devolvió. «Lo bonito es pensar que ambos están vivos y coleando en otro continente, lejos de la neurología», añadía al final de la historia Hannah, para disfrazar de final feliz el final amargo. Quizá los herederos de los Favreau no se habían sentido con fuerzas para retirar el letrero de la fachada, y de ahí que se limitaran a bajar las persianas, cerrando en falso, con unos puntos suspensivos, aquella vertiente de la historia familiar.

En el resto de los pisos, hasta completar la comunidad, teníamos la consideración de encantadora juventud. En su mayoría eran vecinos mayores, a los que nos ofrecíamos a prestar

ayuda continuamente. Llegados de distintos países, y capaces de vivir civilizadamente en la nación civilizada por antonomasia, se hacía imposible no aceptarnos como seres adorables. No cumplíamos con una sola de las características que hacen odioso a un vecino.

Dejé el Jardin des Chartreux tomando las mismas escaleras por las que había ascendido, y bajé de nuevo al quai Saint-Vincent, que discurría paralelo a la margen derecha del río Saona. Completé el paseo hasta la rue de la Martinière pensando en Hans Merleau y en qué posibilidades tenía mi cuadro de finalmente atraer a la dirección artística de la Bienal de Arte Contemporáneo. En la escuela La Martinière des Jeunes Filles, símbolo del Art Nouveau en la ciudad, me detuve a contemplar con embriaguez cómo una grúa se llevaba un Porsche 911 de color negro estacionado ante la verja de hierro forjado del edificio. En el asiento trasero, cuando el automóvil se alejaba, distinguí un maniquí vestido con un traje regional. En ocasiones era imposible no alegrarse de las desgracias ajenas, aunque solo fuese por representar durante un rato el papel de malo. En aquel coche, que nuevo debía de rondar los ciento veinte mil euros, arrastrado por la grúa como si fuese un gusano, un cachivache inmundo, creí ver algo de justicia universal, o al menos poética.

En casa, me encontré a Ilka preparando macarrones con chorizo y me apunté. Entre las cosas sin importancia aparente a las que se reducía algunos días la vida estaba comer macarrones con chorizo. Nos habíamos impuesto, como norma, que si alguien cocinaba, y estaba solo, lo hiciese como mínimo para dos, por si aparecía un compañero de piso por sorpresa. Emma comería fuera. Eran las dos y media y, por lo visto, Luca dormía. Resultaba del todo imposible saber a qué hora se levantaría. Había tenido un examen de Mecánica de Sistemas Sólidos a las nueve de la mañana, y a su regreso optó por acostarse. En su caso, eso significaba que había salido contento. Raramente sus preocupaciones le permitían dormir, a menos que atisbase una salida. Si en cambio existían motivos para sentirse despreocupado después de un gran esfuerzo, la idea de echarse en la cama lo tentaba hasta tal punto que no miraba el reloj. Le daba igual si era mediodía y solo llevase cinco horas levantado: volvía a acostarse. Podía dormir quince horas seguidas si no tenía planes importantes. Si tenía planes, también. Una vez nos contó que al superar el examen de madurez, al final del instituto, durmió tanto que lloró, y solo por eso decidió levantarse, después de diecinueve horas. Estas eran la clase de locuras pintorescas que se permitía Luca, que, por lo demás, no bebía nunca más de tres o cuatro cervezas, no fumaba y hasta esa noche jamás se había acercado a la cocaína. Siempre estaba mirando al futuro de reojo. Por si esa fe en el porvenir no bastase, amaba el ciclismo hasta el punto de tener héroes trágicos, como Marco Pantani, cuyo póster, vestido con la *maglia* rosa, en plena ascensión a Montecampione en el Giro de 1998, presidía su habitación.

Nos encontrábamos en esa edad en que todos nos mostrábamos confiados en la idea de que vivir consistía también en desperdiciar el tiempo, sin llegar a perder su control. Nadie quería alcanzar la edad madura y de pronto constatar que se había tomado su historia demasiado en serio, y que lo había hecho casi todo bien, pero aburridamente. Luca imponía unas duras condiciones a su diversión. Si iba a hacer alguna estupidez debía estar seguro de que no acabaría mal, y para eso procuraba que nada de lo que hacía fuese excesivamente estúpido. Se esforzaba en que ese espíritu se contagiase al resto de los compañeros de piso. En líneas generales, creo que lo logró, y podía decirse que los cuatro éramos hasta cierto punto personas de lo más responsables, sin llegar a ser lacias. Nos cuidábamos unos a otros, cada uno a su manera, y teníamos la esperanza de hacerlo durante muchos años. Creíamos realmente, el día que nos lo prometimos, que después de ese curso, cuando Emma regresase a España, Luca a Italia e Ilka a Alemania, y yo probablemente

me fuese a Roma, seguiríamos vinculados de algún modo. Pero esa noche todo se vino abajo, y el futuro en el que no pensábamos demasiado dejó de tener sentido.

Después de comer, Ilka y yo nos dejamos caer cada uno en un sofá. El salón era tan grande que disponíamos nada menos que de tres, aunque no se podía decir que al menos uno resultase cómodo. Y menos aún que fuese bonito, o moderno, pero acaso lo contrario nos habría llevado a hacernos una idea equivocada de la vida, que tal vez solo después de años de esfuerzos y frustraciones debería recompensarnos con un sofá comodísimo, caro, bonito y en total armonía con la moda. No llegamos a dormirnos, ni siquiera a flotar. Hablamos de *Los Soprano*, de *Mad Men*, yo de pillar algo para amenizar la fiesta, y ella de una compañera de la Facultad de Ciencias Económicas a la que habían violado dos noches antes, entre varios estudiantes, en el campus Porte des Alpes. La policía aún no había conseguido identificar a los violadores. Era un tema dolorosísimo, y más para Ilka, que en su primer año de carrera había pasado por una experiencia horrible a la vuelta de una velada en las afueras de Berlín. Le costó hablarnos de ello, y cuando al fin se sintió capaz, nos contó que un día había acudido con un compañero de clase, en su coche, a una fiesta que se celebraba en una casa con jardín y piscina, muy cerca del cementerio St. Andreas. Los sorprendió la cantidad de gente que había. Durante un buen rato, hubo incluso música en directo, que dio paso a un DJ. A la hora que su amigo decidió regresar a ella le pareció temprano. Se lo estaba pasando bien. Puesto que había mucha gente con coche, optó por quedarse un rato más. A las tres de la mañana, cuando uno de los chicos que había conocido, que estudiaba Filosofía y trabajaba por horas en un concesionario de coches de ocasión propiedad de su madre, preguntó si alguien se apuntaba a regresar a la ciudad con él, Ilka Popp se sumó. Fue la única. El chico se llamaba Eldwin y le había parecido tímido, aunque simpático. Lo más importante era que no lo había visto beber en toda la noche. Apenas partieron, su timidez desapareció de golpe. Al principio le habló de la fiesta, preguntándole cómo se lo había pasado, con quién había ido, y cosas por el estilo. Enseguida saltó a otra clase de preguntas, como si tenía novio, si hacía mucho tiempo que estaban juntos, con quién vivía, dónde, si se ponía a diario vestidos como el que llevaba ese día. En el momento en que quiso saber de qué color era su ropa interior, Ilka estaba atacada de los nervios y ya había perdido toda noción del espacio. No conseguía identificar las calles por las que circulaban. Ni siquiera le parecía Berlín. Entró en pánico al notar que Eldwin apoyaba una mano en sus rodillas y empezaba a subirla. Nunca había visto una mano tan fuerte. Parecía más de un levantador de peso que de un estudiante de Filosofía. «En ese instante, dominada por una sola mano, supe sin ninguna duda que iba a violarme, y que si me resistía seguramente me mataría», nos confesó. Solo sabía que tenía que salir viva de aquel coche. Se resignó. Era algo que habían hablado muchas veces ella y sus amigas, y todas coincidían en que si, por cualquier razón, la vida las ponía en una situación como aquella, lo importante era no morir. Entonces, en un cruce solitario, una furgoneta apareció de la nada y golpeó la parte trasera del automóvil de Eldwin. Los hizo girar como una peonza, y cuando al fin se detuvieron, tratando de comprender qué había pasado, Ilka se bajó del coche y echó a correr hacia la furgoneta, pidiendo socorro.

Nos dejamos mecer por el sopor, y a primera hora de la tarde salimos a hacer algunas compras para la fiesta. No muchas, porque la norma exigía que los invitados aportasen la bebida y nosotros solo cierta intendencia, además del piso. Al acabar, me deprimió la idea de encerrarme en casa para no salir en no sabía cuántas horas y le dije a Ilka que la invitaba al cine. No le sedujo demasiado la idea. Mi horario favorito para meterme en una sala oscura, a primera hora de la tarde, no coincidía con el suyo, ni con el de nadie en nuestro piso, aunque por simple amor al cine,

Emma me acompañaba a menudo. A mí me encantaba salir de una sala oscura y que todavía fuese de día. Sigue siendo mi hora predilecta. Cuando absolutamente todo cambia, siempre hay algo que no lo hace, y no está claro si carece o no de importancia.

Me encaminé al Cinéma Opéra, en la rue Joseph Serlin, a solo cinco minutos de casa. Era un cine viejo, pero cuanto más viejas resultaban las salas más a gusto me encontraba yo en ellas. En la cola, dos puestos por delante de mí, reparé en Hugo Lloris, el portero del Olympique de Lyon. Como todos los futbolistas, era un pequeño héroe local, que al hacer cola para ver una película en una sala de cine se volvía alguien completamente común. Llevaba una gorra calada que lo hacía pasar aún más desapercibido. Me temo que lo reconocí únicamente porque esos días emitieron en Eurosport un documental y tenía su rostro aún reciente en la memoria.

Me costó decidirme, pero al final entré a ver *El escritor*, de Roman Polanski. Todavía hoy tengo debilidad por sus películas, sobre las que vuelvo de vez en cuando, a excepción de *El escritor*, por supuesto. La repetición es uno de los placeres enmascarados de la vida, y la renuncia a ella se vuelve una herida permanentemente abierta. Ese día se llevó muchas de las cosas que amaba, y no me refiero solo a las personas. Nunca más pude ver esa película, no volví a comer macarrones con chorizo, no escuché a Amy Winehouse, y tampoco me acerqué a la coca.

A la salida de la película llamé al camello. Era un estudiante de Derecho, ya en su último año, que no se parecía a ningún camello que hubiese conocido antes y sí mucho a un ejemplar estudiante de Derecho a punto de convertirse en un despierto y sagaz fiscal. Sus clientes le llamábamos Putin. La noche que lo conocí pensé que detrás de un apodo así como mínimo habría una historia curiosa. Fue de lo más decepcionante, o cuando menos patético, saber que cada cierto tiempo cambiaba de apodo, por seguridad, y que los adoptaba sin una razón interesante, solo porque le resultaban ingeniosos, o tristemente ingeniosos. Elegía nombres de grandes líderes. Antes de Putin había sido Gadafi, Napoleón y, durante un breve período de tiempo, Thatcher.

Encargué un gramo de coca para Emma y para mí, y algo de maría para los invitados a la fiesta y quizá también para nosotros dos. «¿Qué tal el material?», pregunté por mera costumbre. «Directo del paquete», me aseguró como me aseguraba casi siempre. No había que confiar demasiado en un camello, por razones obvias y por razones menos obvias, pero yo oía «directo del paquete» y me quedaba bastante tranquilo. Ni siquiera sabía qué significaba exactamente «directo del paquete».

Eran las seis y media, y como estaba cerca de la rue Neuve, me animé a dar un paseo hasta la librería Le Bal des Ardents, donde Emma trabajaba los viernes y sábados para sacarse algo de dinero. Intentaba depender lo menos posible de su familia, en especial de su padre, Álvaro Lasso, un juez de Sevilla al parecer con muy buenos contactos al que ella aborrecía. Siempre decía que su padre se rodeaba de peces gordos con la esperanza de convertirse algún día en uno de ellos y disfrutar del lujo de alimentarse de los peces pequeños. Se esforzaba en mantenerse alejada de él, por esa razón se había ido a estudiar Antropología Social y Cultural a Barcelona, con el argumento de que la Universidad Autónoma tenía el mejor departamento del país. Me formé enseguida la imagen de un hombre severo, con un carácter frío, que quizá pensase que las muestras de cariño trasladaban una imagen de debilidad. Emma me confirmó que era un hombre insensible, machista, con una mentalidad de otro tiempo, y muy dogmático en sus ideas, en especial las religiosas, inamovibles. Su hija era lo contrario a una persona dogmática, salvo en un asunto: oponerse al padre. Lo llevaba hasta sus últimas consecuencias, aunque a menudo tuviese que hacerlo en secreto. Él era un miembro destacado del Opus Dei y ella, por ejemplo, una esforzada atea. Creía en todo aquello de lo que su padre, por sus ideas religiosas o culturales, renegaba. En

uno de esos instantes que uno nunca piensa que puedan darse, Emma me revelaría su secreto mejor guardado, y el porqué de la distancia que la separaba de su padre, antes de que todo se viniese abajo.

Hace año y medio, en lo que fueron las últimas noticias que tuve de Álvaro Lasso, a través de Virginia, su mujer, me enteré de que sus contactos lo habían aupado al Tribunal Supremo. Por algunas fotos que me había mostrado Emma, sé que era un hombre muy alto, con los huesos salientes, de mirada intimidante, casi disecada. No alcancé a conocerlo en persona, pues en todo el curso nunca visitó a su hija, al contrario que su madre, que viajaba a Lyon cada poco. Tampoco se acercó a verme cuando estuve en el hospital, cosa que sí hizo su mujer.

Había algo extraño, casi pintoresco, en las visitas de Virginia. Recuerdo algunos viajes en los que aparecía acompañada por algún que otro hombre que nunca coincidía con su marido. Eran más jóvenes, más atractivos, y me tuteaban. Virginia los llevaba al piso y nos los presentaba como amigos. Al principio me hice a la idea de que se trataba de eso, de amigos. En aquellos tiempos todavía me permitía el lujo de la ingenuidad. El último, que me cayó particularmente simpático, y me resultó más inteligente que los anteriores, se llamaba Leopoldo y trabajaba como diseñador gráfico. Acompañó a la madre de Emma al menos en dos ocasiones. Luca fue el primero en hacerme ver que, seguramente, no eran amigos sino amantes. «¿Amantes?», preguntaba yo. ¿Y para qué presentárnoslos? ¿No sería más prudente cultivar en la intimidad aquellas relaciones extramatrimoniales? Mantuve un silencio formal hasta que la propia Emma me preguntó, quizá desilusionada con mi exceso de discreción, si no pensaba decir nada sobre su madre y sus amantes. Ella se reivindicó «completamente cómplice». Celebraba cada mentira que Virginia le infligía a Álvaro como una alegría familiar. Mantenía la idea de que aquellas relaciones secretas insuflaban vida a su madre, a la que el matrimonio y después el embarazo habían alejado del mundo real. Álvaro la había persuadido, tras el nacimiento de Emma, de que no volviese a trabajar. No lo necesitaba, él ganaba suficiente para mantenerlas, decía, y ahí comenzó la mujer a distanciarse de las frustraciones y los deleites de la vida, del placer de esforzarse en conseguir las cosas por una misma, o del miedo, que era también tranquilidad, a no ser capaz de mantener sus medios de subsistencia.

Solo una vez, el día del cumpleaños de su hija, mantuve un breve y frío diálogo con Álvaro Lasso. Llamó para felicitarla, y Emma me pidió que respondiera en su lugar, porque no tenía ganas de hablar con él, y que le dijese que se había ido al teatro y se había olvidado el teléfono en casa. Se me hizo extraño que me tratase en todo momento de usted, y que no me dijese que llamaría a su hija más tarde. «Felicítela de mi parte», me pidió, con tono desangelado, pero casi aliviado por no tener que hablar con su hija, y como si para él los días se acabasen a las cinco de la tarde. Nunca más volvimos a cruzar una palabra. Aquello fue en octubre de 2009, cuando Emma y yo estábamos solo empezando a conocernos, y había muchas cosas de su familia que yo todavía ignoraba.

Me detuve en la entrada de la librería, que había colocado un expositor con libros en la acera. Enfrente, en la Brasserie le Nord, algunos turistas se disponían ya a cenar, algo realmente deprimente para la hora que era. Encontré a mi amiga subida a una escalera, buscando un libro en la sección de filosofía. A su lado, comentándole algo, vi al dueño, Francis Chaput-Dezerville, bastante popular en la ciudad, al que de vez en cuando se podía ver en los periódicos. Hasta hacía algunos años, aquella había sido una librería erótica, pero en 2003 uno de sus empleados la compró –precisamente Chaput-Dezerville–, la rebautizó y la convirtió en una librería generalista, que pasó de tener tres mil volúmenes a albergar más de veinticinco mil. La belleza y el encanto de

su interior, nada sagrado pero sí mágico, tienen pocos rivales, aunque Lyon está plagada de librerías magníficas. Emma, de hecho, había encontrado trabajo en Le Bal des Ardents después de haberlo intentado infructuosamente en Diogène, su librería preferida, en el Vieux Lyon, cerca de la catedral de Saint-Jean Baptiste.

Quedaban veinte minutos para el cierre, y me puse a husmear en la sección de arte, de la que saqué un libro sobre expresionismo abstracto, con el que me dirigí a un sofá Chester que había al fondo de la librería. Al final me llevé *El arco iris de gravedad*, de Pynchon, que cada dos por tres mi madre me preguntaba si había leído ya.

A las siete salí de la librería. Esperé a Emma en la terraza del Augusto, a veinte metros de Le Bal des Ardents, un restaurante italiano cuyo dueño era amigo precisamente de Emma. Había todavía varias mesas libres. Aguardé tomando una cerveza e intentando concentrarme en la lectura de Pynchon.

Había quedado con Putin a las siete y cuarto. Él era muy puntual, y se mostraba partidario de que quienes llegasen tarde a sus citas acabasen en una silla eléctrica, para evitar la reincidencia y el sufrimiento de la persona que esperaba. No te concedía ni un minuto. «Yo nunca espero a nadie», me advirtió en broma, es decir, en serio, el día que nos conocimos. Lo vi llegar en su Audi A3 azul. Me levanté un momento y, en un intercambio rapidísimo, me puso mi pedido en la mano, en un gesto que pareció casi un saludo, le pagué y continuó su camino. «Directo del paquete», me reiteró unos segundos antes de desaparecer.

Emma apareció a los cinco minutos. Llevaba gafas de sol. Odiaba el invierno solo porque no podía ponérselas con la ropa de frío. Decía que, si no se sintiese estúpida, en los grises días de lluvia sería la persona más feliz y atractiva usando abrigo y gafas oscuras para que la cruda realidad no le llegase a los ojos tan fácilmente. Traía dos bolsas consigo. En una llevaba varios libros que no se molestó en enseñarme. En la otra, caretas. «¿Para qué caretas?», pregunté. Dijo que para la fiesta. Se le había ocurrido que fuese una inesperada fiesta de caretas. Las dejaría a la entrada del piso, con un cartel en el que se especificase que cada invitado debía elegir una y ponérsela antes de llamar a la puerta. Una vez dentro, tendríamos que conocernos por las voces, o por la forma de gesticular o bailar, o quizá por el olor o el estilo de ropa. Husmeé en la bolsa y había caretas de Spiderman, de Sarkozy, de Chewbacca, de Scream, de Joker, de payaso, y no recuerdo qué más.

Yo me moría de ganas por hablarle de mi encuentro con Hans Merleau, y eso me distraía en cierta medida de cualquier otro asunto. El mundo puede quedarse muy pequeño si tienes una sola idea entre ceja y ceja. Cuando aparcamos el tema de las caretas y la fiesta y le susurré que ya había estado con Putin, señalándome el bolsillo del pantalón, al fin le di la noticia. También le manifesté que me parecía un poco raro que mi madre aún no me hubiese devuelto la llamada. Conociéndola, ya tenía que haber descubierto mi mensaje en el contestador automático. «Seguro que no lo ha escuchado», me contradijo. «Te encanta jugar a construir hipótesis que coincidan con tu fatalismo», añadió.

Me pareció que a Emma la noticia de Merleau le hizo tanta ilusión como a mí. Nunca vi a nadie creer tanto en otra persona como en esos meses que pasamos juntos lo hizo ella en mí. Me dio un abrazo larguísimo, y cuando nos separamos, me dio otro, más breve, pero muy fuerte. «Yo también estoy contentísima», dijo, llevándose las manos al corazón, enfática. Me pareció una expresión de felicidad excesiva solo porque hubiesen preseleccionado uno de mis cuadros para la Bienal de Arte Contemporáneo, pero entonces me contó que la ONG África Directo acababa de aprobar ese mediodía su solicitud para prestar apoyo durante cuatro meses en los campamentos de Uganda,

durante los que pretendía estudiar la iniciativa de los microcréditos a mujeres, que se esperaba que sirviesen para sacar de la pobreza a muchas familias. Aquel minuto, con nuestras cervezas en la mano, en plena consolidación de la primavera, parecía el mejor momento de nuestras vidas. Cuando acabamos las bebidas, nos dirigimos a la place des Terreaux por Président Édouard Herriot. Nos sentamos un rato en las escaleras del Hôtel de Ville. Allí quietos tuvimos la sensación de apreciar mejor el ritmo vital del vecindario y, a través de los turistas, también del mundo. Creíamos que algo así existía, y se advertía en la maniobra de bajarse de una bicicleta y candelarla, en sentarse a almorzar o beber algo en la terraza de la Brasserie 3 Rivières, en cargar con una mochila de vuelta a casa, en entrar o salir del Museo de Bellas Artes, en abstraerse escuchando música con unos auriculares mientras se camina de un sitio a otro o en ir de la mano con otra persona con quien compartes unas gominolas.

Debían de ser cerca de las nueve cuando entramos en casa. En el portal nos encontramos a una amiga de Henri, el vecino del tercero A, con la que coincidíamos a menudo, y que siempre llevaba la cabeza cubierta con alguna clase de sombrero o pamelita. Transmitía tanta energía que podías apropiarte de una poca cada vez que hablabas con ella sin que se diese cuenta. En cambio, su elegancia era intransferible, y quizás eso representaba una suerte poderosa, porque un sombrero no era algo que uno pudiese llevar porque se lo hubiese visto puesto a otra persona. Hablamos del vuelo de Air France que el año anterior se había estrellado en el Atlántico, mientras volaba de Río de Janeiro a París. Esos días había regresado a la actualidad porque según algunas noticias se estrechaba el cerco sobre las cajas negras. Una tía de Henri era una de los 228 ocupantes del avión que murieron.

Nos despedimos como si entre las malas noticias siempre pudiese abrirse paso alguna buena. Emma y yo llegamos al piso eufóricos; en mi caso incluso con ganas de pintar. De pronto, se me atropellaban las ideas para componer nuevos cuadros. Era la maldita sensación de tener el mundo sometido a mis deseos y no necesitar nada porque creía que lo tenía todo.

Encontramos a Anouk Hezard y Didier Hinault en la cocina preparando algo parecido a unos mojitos. Yo solo los había probado un par de veces, si bien podía decir que me encantaban. Didier, golpeado todavía por el viaje que había hecho con su madre a Cuba en Navidades, en busca de unos ancestros que no localizaron, era partidario de no beber otra cosa en lo que le quedaba de vida. A mí me parecía una decisión exagerada. En cualquier caso, la hierbabuena y la lima borboteaban por toda la casa y colmaban la cocina de un aroma refrescante, que relucía. «Huele a amor por la vida», dijo Emma, mordiéndose los labios. Huele bien, pero no se puede ser cursi, alegué.

Luca apareció por el pasillo, recién levantado. Tomó el primer vaso de mojito y le dio un trago precavido, que lo hizo pensar, y finalmente dejar el vaso en la mesa para más tarde. No llevaba pantalones, pero convino en ponérselos enseguida, y bajo esa promesa desapareció en dirección al baño. «Tiempo muerto», dijo, para dar sentido al vaso abandonado. «Este mojito es mío. Si alguien lo toca, morirá.»

Aprovechó su paso por el baño para peinarse. Mantenía la teoría de que peinarse era una acción siempre en curso, nunca acabada; duraba toda la vida. No podías decir que estabas peinado, solo que estabas peinándote. «Yo aún creo en el gerundio», proclamó una vez. Tabone poseía una belleza avasalladora que se imponía como un mazazo. Era imposible no mirarlo sugestionado durante un instante, cuestionando los límites entre lo real y lo irreal. El encanto se rompía solo pensando que la belleza física no era tan importante como la sociedad nos hacía

suponer. Desgraciadamente, si fuese feo el triunfo de su inteligencia e ingenio sería aún más arrollador.

Nuestro piso estaba dividido por un largo pasillo, en el que colgaban varios de mis cuadros, aunque todos sin enmarcar. A la derecha se encontraban el salón, el baño principal y la cocina, que utilizábamos como una segunda sala de estar. En la cocina también me habían permitido colgar cuadros, al igual que en el salón y en todas las habitaciones. A la izquierda del pasillo quedaban los cuatro dormitorios, y al final del todo, casi escondido, el lavabo pequeño. Mi habitación era la primera, y era un poco más grande que el resto. Habíamos hecho un sencillo sorteo para asignar los cuartos. Alguien propuso introducir cuatro papelitos en un calcetín y que cada uno retirase uno. «Demasiado aburrido», alegó Luca, tan amante en todos los órdenes de la épica. Sugirió el juego de los palitos cada uno de un tamaño. El que sacase el más grande elegiría primero; el pobre diablo que sacase el más pequeño recibiría la peor habitación.

Cuando Luca salió del baño, vestido y peinado con un esmero absurdo que nos hacía llorar de emoción, nos pusimos con la cena. Alguien, seguramente Ilka, gritó «¡Pizza!», y el asentimiento fue general. Nos encantaba cenar rápido y mal. Nos unimos desde el principio de nuestra convivencia en torno a la certeza de que era ridículo esforzarse en cocinar durante hora y media algo que devoraríamos en quince minutos. Nunca como en esos momentos la vida nos parecía tan corta; no podía despilfarrarse entre sartenes y ollas.

Pusimos el dinero a partes iguales y Anouk y Didier se ofrecieron voluntarios para bajar a la pizzería La Focaccia, a la vuelta de la esquina, en la rue Désirée. Anouk se había apuntado a la fiesta en el último momento. Iba a viajar a Dijon para visitar a su abuela enferma en el hospital, pero una repentina mejoría y el alta la animaron a cambiar sus planes. En casa habíamos conocido a Anouk a través de Luca, tan aficionado a las matemáticas como al teatro universitario, un circuito donde se conocía a gente nueva todo el tiempo y uno casi tenía que olvidarse de nombres viejos para hacer hueco a los nuevos. Una noche, después de una representación, Anouk y Luca salieron juntos y se liaron. Acabaron en casa. Fue inevitable chocarse con ella por la mañana. Y así empezó todo, de la forma casi más natural, al levantarnos de la cama. Se quedó allí para siempre, en cierto sentido. Un día simplemente nos pareció más cómodo prestarle un juego de llaves que abrirle las puertas a diario.

En el caso de Didier intervinieron otras casualidades. Su padre era diputado en la Asamblea Nacional por Unión por un Movimiento Popular, y su madre profesora de Literatura Comparada en la universidad. Nos conocimos en la inauguración de una humilde exposición de la Escuela Nacional de Bellas Artes en la que se mostraban obras de los alumnos. Didier estudiaba Literatura y pretendía escribir una breve reseña para *Le Progrès*, que lo empleaba como una especie de corresponsal dentro del campus para temas relacionados con el arte. Era todo lo que le publicaban, aunque también podrían no publicarle nada. En *Le Dauphiné Libéré*, de hecho, también escribía breves críticas y reseñas, y un día prescindieron de un plumazo de él. Y eso que no le pagaban. Pero el diario consideró que había traspasado una línea roja el día en que se inauguró una exposición de artistas locales, con el capitalismo como tema, en la Facultad de Ciencias Económicas. Didier escribió su reseña con cierta antelación, pues había tenido ocasión de conocer las obras varios días antes del inicio de la muestra. Como coletilla, añadió que esta había sido un éxito de público, que congregó a caras conocidas de la cultura y del mundo universitario de Lyon. Siempre era así. Estaba tan claro que lo sería una vez más que Didier ni siquiera fue al acto y, sin más, envió su texto a un coordinador de cultura del periódico. Al día siguiente, cuando otros medios, como *Le Progrès*, comentaban que la inauguración había sido un

desastre porque se había inundado la sala de exposición, motivando su cierre, *Le Dauphiné Libéré* destacaba que había sido un rotundo éxito.

Didier se quedó mirando una de mis pinturas, incluso tomó algunas notas. Yo estaba justo detrás; confieso que espiaba la reacción de las personas que se detenían frente al cuadro. Puro narcisismo, muy natural. Avancé dos pasos hasta quedar a su altura, preguntándole qué le parecía. «No está mal», respondió, sin doblar la mirada. Un «no está mal» se podía traducir, muy libremente, por un «está bastante bien». Nos presentamos y otro día, en una de las fiestas de los viernes, me volví y lo vi hablando con Luca. Era amigo de un amigo de un amigo, así que al final no había nada de raro en que aquella noche acabase en nuestra casa.

Cuando Didier y Anouk regresaron con las pizzas, ya se encontraron en la puerta con las caretas y el cartel que explicaba su uso. Emma odiaba desperdiciar los minutos. Eran su unidad de medida para entender mejor el sentido de la vida, no los días, o los años, o las horas. La vida ocurría en minutos, según ella.

Íbamos a cenar con las caretas puestas sobre la cabeza, a modo de sombrero. No dejamos más que unas pocas porciones de pizza, y al pasar al salón obsequiamos a Luca con una tarta sorpresa. Sopló las velas con entusiasmo, como si realmente concediesen deseos, cantamos cumpleaños feliz, alguien abrió una botella de champán, el corcho rebotó en la lámpara del ahorcado, la vida asintió ante nuestro humor. Mientras yo preparaba unas rayas, Emma compartió con todos su buena noticia del día y anunció que el año siguiente se iría a Uganda. Y como yo no decía nada, pregonó también que mi cuadro estaría en la Bienal, omitiendo que antes tendría que superar una selección final. No añadí unas grandes palabras al aplauso que me dieron y pasé a hablar de *El escritor*. Eso dio pie a Anouk para contar que años atrás, en París, sus padres se sentaron a tomar algo en la terraza del Café de Flore. Antes de marcharse, el padre se dirigió al lavabo. Al entrar, advirtió una voz, desde uno de los habitáculos, que reclamaba papel higiénico en inglés, y a continuación en francés. «Era un susurro angustiado», dijo Anouk. Su padre miró a un lado y a otro, y cuando descubrió un rollo de papel, se lo hizo llegar por encima de la puerta. Al poco, la puerta se abrió y apareció Roman Polanski, que sonrió al padre de Anouk con una secreta complicidad y se fue.

Discutíamos si no sería todo un invento de Anouk, cuando mi madre me devolvió la llamada. Me fui a hablar a mi dormitorio. La razón de su euforia me resultó extemporánea comparada con la mía. Tenía el sabor de la coca depositado en la garganta, y la lengua dormida de lamer la tarjeta de crédito con que había preparado las rayas. Su voz parecía castigada, y se disculpó por no haberme llamado antes. Recuerdo que me dio pereza contar otra vez cómo había pasado todo, la conversación con Hans Merleau, hablarle del cuadro, que ella no conocía, y todos los detalles que mi madre siempre reclamaba. Le divertía tratarme como a un paciente. Al final, llevado por el afán de colgar, le dije que era el cumpleaños de Luca y que me estaban esperando.

Me reincorporé al salón, donde Ilka seleccionaba la música en su portátil con inimitable mano de hierro, mientras movía la cabeza y el tronco al compás de la melodía, levemente, en una demostración palpable de que las personas tenían varias caras. Sus movimientos desprendían algo parecido a una silueta de neón, que la hacía brillar como solo lo consiguen las personas jóvenes, llenas de vida, que en el fondo saben qué hacer para cambiar el mundo a mejor, antes de descubrir que, llegado el día, no les permitirán llevar a cabo semejante plan. Los demás mantenían varias conversaciones paralelas bajo una enorme humareda. «Apesta a maría», lamenté, sobreactuando. Abrí la ventana que daba a la calle, a la que me asomé para respirar mejor y echar un vistazo al ambiente. En uno de los edificios de enfrente vi a una mujer en bata, fumando un cigarro a oscuras. Nos conocíamos de vista, creo que incluso nos habíamos hablado alguna vez, así que estiré

tímidamente la mano al frente para saludarla, en silencio, y ella me devolvió el saludo con la mano del cigarro, también en silencio.

En la calle no había ningún ambiente en particular, si descontaba a nuestro vecino Adel Slimani, al que vi cambiar de acera con una caja de cartón en brazos y entrar en el portal. Me recreé un rato observando la persiana cerrada del quiosco de Hannah Dubois. Había empleado un domingo entero en dibujar una escena en la que aparecían varias personas, en un café, absortas en la lectura de sus periódicos. Hannah estaba harta, a la vuelta de los años, de las pintadas de los vándalos, que dejaban en la persiana su horrible firma. Los grafiteros no respetaban nada salvo otro grafiti. Desde entonces Hannah me permitía hojear toda la prensa que quisiese dentro del quiosco. No era una concesión pequeña, si tenemos en cuenta lo beligerante que se mostraba con la gente que tomaba el periódico, lo abría para ver algunos titulares y lo dejaba luego donde lo había cogido, sin comprarlo.

El corazón me latía con la impaciencia con que se llama a una puerta para entrar, o quizá para salir. Me volví con intención de decir algo ingenioso, pero no puedo recordar el qué. En aquellos días me entregaba a la frivolidad con cierta devoción, como si fuese una cosa seria, sin llegar a serlo ni por un segundo, porque las cosas serias precisamente me exasperaban. ¡Ni que la frivolidad estuviese reñida con la profundidad! Ahora que lo pienso, creo que dije algo sobre la lámpara del salón, y hasta qué punto podría resistir más de un suicidio antes de soltarse del techo, y quizá chafar los sueños del próximo suicida.

Emma, que sabía cómo legitimar mis estupideces con una curiosa habilidad para atar una historia interesante a una ligereza, se puso a hablar de Émile Durkheim, uno de los primeros investigadores del comportamiento humano en teorizar sobre el suicidio, para lo cual entrevistó y estudió a excombatientes de guerra, en los que advirtió una predisposición general a estimar poco la vida, lo que los llevaba a matarse por los motivos más fútiles. Según Emma, llegó a plantearse la posibilidad de que al suicidio se pudiese llegar por simple contagio. Ponía el ejemplo de quince inválidos ahorcados en la misma percha y, en otro contexto, el de un soldado que se había matado en una garita en Boulogne, y a quien habían seguido muchos más militares. «En ambos casos, los suicidios se detuvieron una vez que la percha y la garita fueron retiradas. Según esto, tal vez nos convendría retirar la lámpara», sentenció.

Luca se ofreció a rellenar los vasos, que se habían ido vaciando, igual de víctimas del paso del tiempo que las personas. Los hielos muertos, sin mezcla, chocando en su languidez, transmitían una tristeza hueca, parecida a la de un edificio abandonado a medio construir. Se llevó los vasos a la cocina. Mientras no regresaba, Didier propuso volver a París antes de las vacaciones, cuando quizás nos separásemos para siempre. Sería nuestro cuarto viaje a la capital. Habíamos estado allí hacía solo mes y medio. Luca y Emma, cartesianos hasta un punto que a los demás nos enternecía, y a cuenta de que solo podíamos hacer bromas caritativas, sin sombra del menor sarcasmo, elaboraban para cada viaje un esmerado plan de estancia, que se rompía solo en caso de extrema necesidad, como que alguno de los seis, de repente, se estuviese muriendo. Siempre íbamos en tren, de viernes a lunes, y nos quedábamos en el hotel de un amigo del padre de Didier, que nos cobraba un precio irrisorio por las tres noches. Estaba situado en la rue Joseph de Maistre, con vistas al cementerio de Montmartre. Una de las mujeres que atendía la recepción, y que rondaba los sesenta años, me contó, al enterarse por Emma de que yo pintaba, que en los años setenta y ochenta se había hospedado allí Willem de Kooning. En una de las visitas había dejado olvidada una pequeña libreta con algunos bocetos. Cuando lograron contactar con él, se encontraba ya de vuelta en Estados Unidos y les dijo que podían quedársela. Naturalmente, la recepcionista no tenía

ni idea de qué destino había dado a la libreta el dueño del hotel, que desde entonces había cambiado de manos.

Al poco, Luca llegó con una nueva ronda, mientras Ilka se acercaba al ordenador para cambiar la música, fiel a su estilo dictatorial. Yo me levanté del sofá para ir al baño. En el pasillo me fijé en que estaban encendidas todas las luces de la casa salvo la de mi dormitorio. Sonó «Rehab», de Amy Winehouse.

Cerré la puerta por dentro. Sentí el repentino silencio que debe de habitar en los cajones, o en el interior de los bolsillos cuando cuelgas la chaqueta en una percha. La soledad se volvió aplastante, pero agradable. Después de orinar me lavé las manos con la idea de preparar un tiro sobre la tapa del urinario. Empleé un jabón líquido de color verde, que usaba en grandes cantidades para que se acabase pronto, porque lo aborrecía. Pensé que ciertos actos, practicados en grupo, con amigos, adquirirían una nueva dimensión a solas sin perder emoción. Me agradaba pensar que una parte de la noche se convertía en el día siguiente, mientras que otra se consumía en sí misma para siempre, sin más testigo que tú, y esa era la mejor. Pero el mundo se vino abajo antes. Nadie intuyó ni presagió nada. Una enorme explosión lo sacudió todo, el mundo al que nos referíamos como «fuera», y el que pensábamos como «dentro». Objetos e ideas, visibles e invisibles, quedaron afectados por la detonación. El suelo se movió, los muros cedieron, el aire limpio quedó abolido, roto. Eso por fuera. Por dentro solo pude pensar: «Voy a morir.» Y acaso no fue tanto un pensamiento como una visión, en la que me borraba como el vapor de los cristales al desempañarse.

Las paredes saltaron por los aires, en miles de trozos, a semejanza de un estornudo, pero no fue algo que pudiese asegurar sin lugar a la duda. No lo vi. Me lo dijo el aire, aunque no lo entendí, pues cuando el mundo a mi alrededor se rompió, lo hizo ya en una oscuridad completa, llena de polvo. Me sentí como un dado en un cubilete que se agita, llevado de un lado a otro, a la deriva. En un segundo comprendí el sí y el no de la vida, y después pensé que no estaba muerto, pero que era lo mismo, porque iba a morir enseguida. Vi, es decir, adiviné, que no saldría vivo de allí jamás. Nadie saldría vivo de un horror semejante, en lo que algo que parecía tan mentira era sin embargo tan verdadero.

De pronto, estaba en el suelo, aprisionado por un peso enorme, equivalente al cielo estrellado. Al principio no supe qué parte de mí se disolvía, porque me parecía que me habían arrebatado el cuerpo entero, a tiras, del mismo modo que arrancas el papel a un regalo de cumpleaños. Solo me quedaba lo que era capaz de pensar sobre lo que quedaba de mí. Estaba muerto, pensé, y no me importaba. La desorientación me impedía saber realmente si estaba vivo o muerto. Me volví pensamiento puro. En un segundo, el dolor quedó mezclado con el miedo, formando una extraña salsa. Quizás fuese cierto que sin caos nada existiría. Hubo un instante en el que, de lo aturdido que me encontraba, noté una sensación agradable, parecida a meterse en la cama un día en que estás demasiado cansado y adviertes las sábanas tan frías que no sientes que la sangre circule. Cuando se me pasó esa intensa conmoción, volví a experimentar que me moría, y que en el adiós necesitaba abrazar a mi madre, y a Emma, y a la primera novia que me besó, aunque después me dejase por otro chico, pero que con aquel beso me dio algo más que un beso, algo que no conocía y que me acompañaría siempre, incluso en aquel momento en que la muerte se me abrió de brazos, como si me quisiese.

La vida sigue caminos que no existen hasta que los tomas, y después de crearme muerto, presa del pánico, y a continuación a gusto con la idea de estar muriéndome porque después de todo viajaba en una nube, y luego vivo, empecé a sentir un dolor inhumano que despedía rayos.

Siempre había pensado que todos íbamos camino de algún sitio, y que ese sitio nunca llegaba, y que en todo caso, si algún día lo hacía, era un sitio con el que no habíamos soñado. De repente, después de no haber creído nunca en él, yo estaba en el infierno.

A medida que fui siendo consciente de que no estaba muerto, y de que quizá podía salvarme, pero que estaba demasiado solo, mi corazón latió con una fuerza angustiada, como el náufrago que lucha bajo el agua contra la fuerza del mar en busca del oxígeno. Quería aferrarme a cualquier esperanza. Tenía muchísimo calor, me ardía la piel. Notaba algo parecido al burbujeo de las ollas de agua en el fuego, en ebullición a cien grados. De nuevo volví a pensar en mi madre, en que estiraba un brazo hacia ella para que me rescatase del horror, y en el beso de Fanny, redentor, y ahora por primera vez en mis cuadros, sí, quise quedarme en el mundo para pintar y que Emma lo viese.

Tendido en el suelo, y atrapado, carecía de la menor posibilidad de liberarme. Era un insecto agonizando en una tela de araña. Me sentí reducido a una suma de heridas, y ni siquiera sabía cuántas, porque el dolor del brazo izquierdo trastornaba mi juicio, la sensibilidad corporal, la simple capacidad de sumar. Fuese lo que fuese lo que me destrozaba, lo hacía por aplastamiento y con lentitud. La intensidad de ese suplicio ocultaba, me temí, el resto de los dolores en pierna y costado.

Cuando logré liberar el brazo derecho de entre los cascotes, busqué en la oscuridad aquello que me aprisionaba la parte izquierda del cuerpo. Era una pared entera, que solo me ofrecía la opción de encajar el golpe. Estoy vivo, estoy vivo, me repetía, en un intento en balde de alejar la idea de que tal vez solo lo estuviese por un breve tiempo, a imitación de esos puntos de luz que antes de apagarse para siempre parpadean intensamente. La posibilidad de morir, quizás porque se produjese otra explosión, o porque se desplomase el techo sobre mí, no me permitía sentir alivio por nada, ni siquiera por estar vivo todavía. En ese momento comprendí, como si nunca lo hubiese imaginado, que a la hora crítica en que uno ha de enfrentarse a la propia muerte, tiene que hacerlo absolutamente solo. Cuando el fin se acerca, lo único que resta es seguir adelante para mantenerte con vida. Había pasado algo, no sabía el qué, y lo único capaz de salvarme era lo que consiguiese hacer con eso que había pasado.

A cada segundo un nuevo descubrimiento ensanchaba mis percepciones, que lentamente alumbraban el horror en el que había caído. Advertí entonces mi rostro cubierto de una película espesísima y cruda de polvo, parecida a una máscara. Al tiempo que lo pensaba seguían depositándose más y más capas sobre mí, como mantas. Podía sentir su peso en los pómulos, las cosquillas en los párpados, la sequedad en los labios. Me había entrado en la boca y respiraba con mucha dificultad, así que supuse que mis pulmones también se estaban llenando de aquel residuo. Tardé un rato en gritar para pedir ayuda. Fue ese grito rasgado lo primero en ponerse de pie después de que la explosión lo arrasase todo.

Pese a los tres años transcurridos, aún hoy me impresiona el silencio que siguió al estampido. No sé cuánto tiempo transcurrió entre la explosión y que pedí auxilio. La oscuridad no se dejaba medir. La doctora y la enfermera que me socorrieron aseguraron que era posible que la onda expansiva y el derrumbe de la pared sobre mí me dejasen inconsciente durante unos instantes. No me parecía, sin embargo, que el silencio viniese de ahí, sino de las ficciones que crea el miedo a morir.

Me sobrecogió, y a lo mejor no tanto ese día como los siguientes, que entre la devastación que mi imaginación adivinaba, y que podía no guardar parecido con la realidad, de pronto escuchase la caja de música de Emma. Aquella melodía insospechada emergió por entre la oscuridad como

un último deseo, un himno en el adiós, o quizá una bienvenida, un hola. Había en ello tanto de onírico como de real. Que se pusiera a sonar habla quizá del milagro de la vida aplicado a los objetos inanimados. Supongo que lo más inesperado puede sobrevivir a una destrucción como aquella. Tampoco importa si hay o no una explicación. Qué más da. Que no la haya convierte aquella música en un fenómeno tan intrigante, capaz aún de acompañarme. La melodía de *El Danubio azul* no me dio tanto esperanzas como más pánico, por todo lo que tenía de imposible en aquel escenario.

Grité, grité y grité, como si en mitad de la noche solo hubiese lugar para un acto así, desesperado, y no hallé más respuesta que el sonido inútil de mi voz, que se alejaba y acercaba igual que una bola de tenis entre dos raquetas. Llamé a Emma, a Luca, a Ilka, llamé a Didier, llamé a Anouk, llamé a los vecinos y solo me respondió mi propio dolor y el polvo que seguía cubriéndome. Pensé una vez más en mi madre, en lo feliz que la había hecho mi mensaje en el contestador automático, y que toda esa fortuna que habíamos compartido ya no servía para nada, valía menos que los ladrillos y la pintura de las paredes pulverizados que se posaban sobre mí. Seguí llamándolos a todos durante un buen rato, hasta que se me acabó el habla, o la esperanza, o pensé en lo peor, y aun así estaba dispuesto a creer que las personas, en aquella situación crítica, se volvían islas desiertas, náufragos que no podían recibir ayuda ni pedirla. Entonces me puse a llorar de miedo, de impotencia, de dolor, de confusión, porque no concebía que mis amigos pudiesen estar muertos.

Es llamativo cómo, en aquellos instantes, tan dramáticos, no me pregunté ni durante un segundo qué había pasado. Ni se me ocurrió. Me absorbió la necesidad de sobreponerme, como si las cosas no pasasen por algo, o no importase que pasasen. Todo lo que existía era aquella pared sobre mí, el dolor de mi brazo, la oscuridad, el silencio que me devolvían todos aquellos a los que pedía ayuda, y ninguna pregunta que empezase con «por qué», «cómo» o «qué». Había sucedido algo terrible, devastador, imposible de prever, que me obligaba a elegir entre la vida y la muerte. Nunca vi lucha más agónica y al mismo tiempo más insignificante, porque yo solo era en mitad de aquel caos una hormiga a la que alguien pisa sin darse cuenta y aun así se arrastra hasta el hormiguero.

Hubo otro instante que me engulló de nuevo hacia el aturdimiento, y con él hacia la idea de estar en un momento dulce, volando, sin preocupaciones. En el hospital lo explicaron por la pérdida de sangre. Aquella liviandad de las cosas, aquel tobogán al que me precipité sin buscarlo, no me trasladó a ningún viejo recuerdo agradable, como el beso de Fanny, o a lo que sentía por Emma, o al amor que iluminaba cualquier gesto de mi madre, aunque solo fuese el de hacer las cosas por mí, sino a algún día del futuro, en el que me vi pintando en un enorme estudio, libre de preocupaciones mundanas. Me encontraba en una estancia luminosa, ni calurosa ni fría, cálida, en la que reinaban el desorden y la armonía, con muchísimos cuadros, ya acabados, a la espera de ser expuestos o vendidos.

Las primeras voces, tras el silencio que siguió al derrumbe, y que tardé muchísimo en distinguir, supe, con las horas, que en verdad se oyeron enseguida. Hay infinitas formas de percibir el tiempo que a menudo no tienen que ver con la realidad, o no de un modo preciso. La inexactitud es muchas veces parte consustancial de cualquier visión que tengamos del mundo. No hay vida sin errores. Aquella noche, unos poquísimos minutos, tal vez cinco o diez, se amoldaron a la idea que yo tenía de un mes. Algunos viandantes y vecinos habían empezado a concentrarse enseguida alrededor del edificio, o lo que quedase de él. Yo apenas los oía lejos. Estaban, pero desaparecidamente, sin posibilidad alguna de atravesar el caos finísimo, si bien perfecto, que nos

separaba. Supuse que algunos nos conocían, pues gritaban nuestros nombres, pero nunca percibí lo bastante próximos como para esperar de ellos una respuesta a mis gritos. Al poco, es decir, mucho después en mi mente, interpreté que la música de sirenas que se acercaba lo hacía en nuestro auxilio. Saber que estaban en camino hizo que me pareciese todavía más lento el paso del tiempo.

No sé qué fue primero, si la repentina luz, deslumbrante, imposible de atrapar, o una voz cavernosa, salida de un televisor antiguo, lo que me sacudió de la cavidad del dolor. «¡Está vivo, está vivo!», gritó alguien. Noté en mi cara el contacto de una mano. Me sujetó la mandíbula con energía, y abrí y cerré los ojos. Al pretender hablar, tosí. «Tranquilo, muchacho, vamos a sacarte de aquí», fueron las primeras palabras que me dirigió el bombero. La luz de la linterna, cuando me acostumbré a su haz revoltoso, me permitió hacerme la primera idea, una idea espeluznante, del desastre al que había sobrevivido. Vi escombros por todas partes, tupidos como la vegetación de una selva, y el polvo en suspensión.

«¿Y mis amigos?», pregunté con mis últimas fuerzas. Enseguida se acercaron más personas. Me pareció distinguir a dos sanitarias, una joven, de unos treinta años, que llevaba un piercing de piedra en la nariz, la otra un poco mayor, de unos cuarenta y siete, con el cabello recogido en una coleta. Fue la que primero me atendió. «Me llamo Violette y soy médico, y todo saldrá bien», dijo con una dulzura en la que creí al instante. Yo debí de repetir la pregunta, porque me limpió la cara con una gasa húmeda y quiso saber a qué amigos me refería, porque allí no había nadie. Apenas la oía. Me dolían los oídos. «Los que estaban conmigo», precisé. Me preguntó mi nombre, cuántos años tenía y si sabía dónde estaba. Sus muecas, la musculatura de su cara, me indicaron que gritaba.

Llegaron más efectivos de bomberos para intentar liberarme. Ahora, con más luces a mi alrededor, podía ver que también tenía las piernas aprisionadas, y de qué modo. Expliqué a la enfermera dónde creía que me dolía, pues el dolor parecía desplazarse a la ventura por mi cuerpo, y qué partes podían estar afectadas bajo los escombros. Mencioné la tibia y las costillas. Percibí el pinchazo de una aguja en el brazo derecho, en el que no hubo nada de violento o desagradable y que poco a poco calmó mi sufrimiento. Sentí como si firmase una especie de paz mundial con mi propio cuerpo.

Esa circunstancia, cercana al milagro, me ayudó a pensar con más serenidad en Emma y el resto, y en qué podía haber sido de ellos. De separados por unos metros, habíamos pasado de repente a estarlo por un mundo. Yo no era célebre por mi optimismo, y este se quebró un poco más. Ya empezaba a resultar demasiado obvio, una constatación brutal, que algo terrible nos había sucedido. No sabía qué, y me parecía que eso era todavía más terrible. Yo estaba vivo, pero cabía la opción de que los demás no. Quise creer que podían estar heridos, acaso muy graves, más que yo, y que tal vez por eso no percibía sus gritos. Lo que me habían inyectado empezaba a hacer efecto y me insensibilizaba.

Violette me contaría días después, en una de las muchas tardes que me visitó mientras permanecí ingresado, que la noche de la explosión no paré de decir que quería pintar y que necesitaba mi mano izquierda por encima de todas las cosas, que no me importaba perder la derecha, o una pierna, o las dos, o incluso morir. Pero si vivía, necesitaría pintar o la vida no tendría sentido. También repetía que iba a viajar pronto a París para seguir estudiando a los grandes maestros. «Tenemos que sacar los billetes de tren», decía una vez y otra. «Hablaste mucho», me reveló. Yo no recordaba nada.

Empezaba a girar a mi alrededor más gente de la que podía explicarme. No sabía quién era

quién en aquella noria, ni qué hacía. A veces solo escuchaba sus voces, confusas, o veía sus sombras o su paso veloz, mientras intentaba no estar demasiado pendiente de lo que hacían los bomberos para sacarme de allí. En el fondo, temía que incurriesen en un error que me costase la vida, que al fin y al cabo me había concedido otra oportunidad. Disfrutar de un segundo acto proporcionaba una nueva y muy distinta perspectiva del mundo.

Primero retiraron el bloque de pared que me inmovilizaba las piernas, y a continuación el que aprisionaba parte del tórax y el brazo izquierdo. Al volver la cabeza y ver mi brazo, me di cuenta de que no había sido buena idea mirar. La visión me trastornó casi hasta el desmayo. No deseé mi muerte, sino simplemente la inexistencia, para así no tener que poner jamás orden en aquel caos, del que quizás no se consiguiese regresar. Violette me tomó por el mentón y me guió hacia ella. «Tranquilo, mírame a mí, todo va a ir bien», me aseguró, y me apretó la mano derecha con la intensidad y el calor de una madre.

Lentamente, después de colocarme un collarín, me inclinaron hacia un lado e introdujeron por debajo la camilla. El movimiento me proporcionó otra perspectiva de la devastación, más tremenda. Quizá mis sentidos no estaban educados para penetrar en la desolación inducida por las creaciones humanas. Tiendo a creer que, en último término, el ser humano añora solo la belleza. Las personas a quienes quiere, los sitios en los que fue feliz, los amigos que le hicieron la vida más fácil, los objetos que lo consuelan, las redes de seguridad, la fuerza invisible de las expectativas son belleza, y su ausencia prolongada se vuelve insoportable para los sentimientos.

En cuanto el servicio médico me estabilizó para garantizar un traslado seguro al hospital, cuatro bomberos se encargaron de evacuar me. Fue como atravesar montañas, valles, ríos, más colinas, desiertos salvajes. Podía oír cómo sus pasos avanzaban sobre los añicos a los que todo había quedado reducido, y que crujían bajo sus pies como bocas que masticaban cristales. Era un sonido desolador, que recordaba que todo lo que quedaba en aquella casa no valía para nada, ni siquiera para ser aplastado por una bota. Todo se había reducido a nada, lo entero se convirtió en roto, lo grande en minúsculo, lo pequeño en inexistente, lo importante en pérdida, los recuerdos en polvo, el futuro en pasado. Quizá porque era una metáfora, y las metáforas no se destruyen sino con otra metáfora, la lámpara del salón, que había sobrevivido a la muerte de Lindon, lo hizo también a la explosión. A la postre, solo habíamos quedado ella y yo. Hasta ese desaliento que es la muerte casi segura nos habíamos mostrado inasequibles.

Ahora había mucha más luz, pero el collarín me impedía ver hasta dónde llegaba la destrucción. Pude reconocer, sin embargo, una mano que asomaba entre los escombros, como una flor muerta entre los restos de lo que había sido nuestro hogar. No había brazo, ni cabeza, ni tronco, tampoco piernas ni pies, sepultados, solo esa mano, en la que chocaban la elocuencia y lo sobrecogedor. Pese al polvo, distinguí el amarillo en las uñas, iguales a las de Emma. Esa visión de la mano de mi amiga, o más que amiga, se quedó para siempre conmigo, clavada. En cierto modo, era mi mano. Ese día fue el fin, por decirlo así, de todas las manos. Cuando recuerdo esa noche, y me gustaría no recordarla nunca pero lo hago todo el tiempo, recuerdo siempre la mano, que se volvió algo doloroso y fértil que jamás se apaga. Es como una voz, como un grito que solo oigo yo. No la aprecié sino azorado, y durante no más de un segundo, mientras los bomberos hacían avanzar la camilla con mi cuerpo hacia la salida, pero fue como un clavo, me atravesó, y ahí sigue, alojado infelizmente dentro de mí para siempre. A veces creo que aquella mano me estaba diciendo «adiós, no me olvides», y no me olvido nunca.

No iba a tardar en saber que la mano de Emma vaticinaba lo que le esperaba a la mía. Los traumatismos en el brazo izquierdo y la compresión que ejerció la pared sobre el miembro habían

afectado seriamente a los nervios mediano y radial, me explicaría días después el neurólogo que me expuso el alcance final de mis lesiones. No adiviné qué significaba aquello exactamente hasta que le pregunté si podría pintar y me dijo que con la mano izquierda sería «jodidamente difícil», dada la importancia de los nervios mediano y radial en el movimiento y la sensibilidad de los dedos.

Poco a poco acepté que los últimos cuadros que pinté fueron los que simplemente quise pintar aquella noche, al regresar al piso con Emma, desde la terraza del Augusto, convencidos de que teníamos que ofrecerle a la vida tanto como ella a nosotros, y que no pinté. Después de aquello, perdí mucho más que la mano izquierda. Me quedé sin vocación. Todo desapareció en la explosión, bajo los cascotes. ¿Podía haber aprendido a usar la derecha? Eso sería aún más jodidamente difícil. Carecía de cualquier destreza, y alcanzarla algún día me exigiría una perseverancia y una vocación arrolladoras, invencibles, que, como digo, ya no tenía. Y aun así creo que no bastaría.

Me había pasado toda la vida despreciando esa mano, consagrándole las tareas más penosas y toscas, como agarrar fuerte, empujar, tirar, mientras reservaba a la izquierda todo lo que implicase sutileza, detalle, precisión, ingenio, viveza. ¿Me costó mucho asimilarlo? Sí, pero menos que si hubiese sido el mismo que antes de la explosión. Ahora soy otro. Nadie se recupera de algo así de tal modo que la vida vuelva a su sitio despacio. Simplemente no hay un sitio al que regresar. La vida sigue rodando, pero encuentra nuevos caminos. En la existencia que me esperaba, el artista que creía ser, y sobre todo el artista en que quería convertirme, tendría que renunciar a su vocación. Nunca más volvería a pintar.

Cuando alcanzamos la calle, la catástrofe se volvió también desolación. Aunque mi espanto se diluía en el shock. Al pie de la ambulancia contemplé hasta qué punto nuestro edificio estaba desnudo. En la primera planta no había muros, reducidos a cascotes, hierros y el fantasma de nuestras posesiones y las de los Slimani. El resto del inmueble estaba seriamente afectado, mientras que los edificios colindantes mostraban a su vez sus propios desperfectos. La destrucción actuaba por contagio.

A punto de entrar en la ambulancia, que iba a significar el acceso a otra dimensión, que me conduciría a otra vida, distinguí un fragmento de papel lo bastante grande como para identificar lo que quedaba de la cubierta de *El arco iris de gravedad*. Ahora se me hace imposible no ver en aquel resto del libro de Pynchon el final de lo bueno. Cuando se cerraron las puertas de la ambulancia, y las luces de la calle, y los focos de los servicios de emergencia, y las sirenas luminosas de otras ambulancias y los coches de policía, y los ruidos rotos que me golpeaban los oídos se aplacaron, concediéndome una tregua para reconocer hasta qué punto era un milagro estar vivo, un pensamiento tristísimo, pero verdadero, me aplastó: solo tenía veinte años, pero ya había dejado atrás mis mejores días.

FORMAS DE DECIR TE QUIERO

Esa tarde todo estaba resultando tan normal que, lejos de tener un mal presagio o algo por el estilo, encontré un hueco para citarme con Ángela, una funcionaria de la Audiencia con la que hacía tres meses que mantenía una aventura. No era nada serio, pero nos costaba ponerle final porque nos lo pasábamos bien, y siempre nos parecía mejor idea volver a vernos que cortar de raíz los encuentros. Qué necesidad. Ella tenía veintiséis años y yo acababa de cumplir los cincuenta. Tengo debilidad por la juventud, no lo puedo evitar. Me sentía atraído por ella irrevocablemente, y no había nada que hacer al respecto. El último novio de Ángela la había dejado dos días después de acompañarla a la boda de su hermana, que le había entregado el ramo, suspicazmente. Cuando dimos el paso ella atravesaba un momento bajo. Pero casi nunca hablábamos de lo que teníamos en casa cada uno. Era una regla que intentábamos cumplir para no saber demasiado el uno del otro. Nos conocíamos desde hacía dos años, cuando ella solicitó un traslado y consiguió plaza en la sección penal de la Audiencia. Entonces yo era el presidente, así que tomábamos todas las precauciones posibles, tratándonos con una frialdad medida, no fuese a volverse farsa y alguien nos descubriese. Habitualmente nos veíamos en alguno de los hoteles discretos que yo conocía de aventuras anteriores, y de cuyos dueños era buen amigo.

Aquel viernes ya hacía calor en Sevilla. Nadie quiere recibir malas noticias cuando hace buen tiempo, así que ni siquiera las imagina. Yo soy una persona optimista, y espero siempre lo mejor, a menos que los indicios me indiquen otra cosa. Pero ¿qué indicios podía tener para pensar que algo malo iba a pasar? Nos citamos a las seis de la tarde en la habitación 105 de El Rey Moro Hotel Boutique, en la calle Reinoso, al otro lado del Alcázar, con la esperanza de no tener que cruzarme, salvo malísima suerte, con algún funcionario o uno de los abogados de la ciudad. No llegamos juntos, esa era otra regla de obligado cumplimiento, y por supuesto uno abandonaba la habitación cinco minutos antes que el otro. No puedo concretar si permanecemos una hora o quizá un poco más en el hotel. Fue menos de lo habitual porque Ángela tenía que acudir al tanatorio de la SE-30, ya que esa mañana había fallecido el padre de una amiga, y deseaba resolver ese trámite cuanto antes. Francamente, yo también soy partidario de acudir a los velatorios rápido, para irme enseguida. Apenas sé que ha muerto un conocido, o un familiar directo de un conocido, al que no he visto en mi vida, necesito ponerme a pensar en otra cosa lo antes posible, así que me dirijo al tanatorio, permanezco cinco minutos, cuatro si puedo, y alego que tengo que redactar una sentencia muy compleja.

Llegué a casa, en Santa Clara, a eso de las ocho de la tarde. No guardé el coche en el garaje, por pereza, y lo dejé aparcado en la calle Conde de Osborne. Uly, nuestro setter inglés, estaba muy excitado, y al verme se puso a correr alrededor de la piscina, a la que aún no le habíamos retirado la lona. No sonaba ningún tipo de música, y eso era rarísimo, porque Virginia siempre tenía el hilo musical conectado. Decía que instalar el hilo musical era la mejor decisión que habíamos tomado cuando compramos la casa. Tuve la sensación de que mi mujer también hacía solo unos minutos que había entrado por la puerta. En cambio, me aseguró que llevaba varias horas en casa. A favor de su versión jugaba que ya tenía cara y voz de aburrída, lo habitual cuando pasaba varias horas encerrada sin salir. En contra, que aún llevaba ropa de calle, cuando casi siempre, al regreso, se ponía cómoda inmediatamente. No digo que me mintiese, por supuesto. Las

veces que lo hacía, por asuntos casi ridículos, se mostraba tan nerviosa que confesaba irremisiblemente. Las mentirijillas le pesaban en su endeble conciencia como atroces asesinatos por la espalda, feísimos, se mirasen por donde se mirasen. Me temo que Virginia no habría tenido un amante ni aunque yo se lo hubiese pedido encarecidamente, por su bien. Mi impresión es que estaba demasiado ocupada exhibiendo su melancolía. Añoraba los viejos tiempos, cuando iba a la facultad, incluso cuando tenía que trabajar para mantenerse. Yo siempre le decía que la persona más independiente es la que no tiene que ser una fuerza de trabajo. ¡No tenía jefe, qué más quería! Y disponía de todo el dinero que necesitaba. Quizás soñase algunos días con un viejo novio, no puedo saberlo, pero que tuviese una aventura en aquel momento me parece difícil. En caso de que sí, le habría retorcido el pescuezo hasta matarla.

A las diez salimos a cenar, como todos los viernes. Mi vida no es tan estresante ni tediosa que no pueda acudir regularmente a un buen restaurante, en compañía, a olvidar todo un día de trabajo. Yo ceno una media de tres días a la semana fuera de casa. Virginia me acompañaba, pero si prefería no hacerlo, y la melancolía se apoderaba de ella, o se lo pasaba mejor aburriéndose en casa, salía a cenar igualmente con amigos o con amigas. Me encanta encontrarme con amistades, y saludar, o escuchar las conversaciones de otras mesas, o enterarme de los cuchicheos que se dirigen mis conocidos. No voy al cine, apenas leo libros, pero acudir a restaurantes varias veces a la semana para cenar me mantiene despierto e informado, y sé de la vida mucho más de lo que algunos creen conocer porque leen novelas ridículas de cosas que nunca pasan. En Sevilla tengo media docena de restaurantes a los que voy continuamente. De vez en cuando acudo a alguno nuevo para mantenerme a la última, pero sobre todo repito en los que más me gustan. Nunca para almorzar. Es agradable esa complicidad que estableces con los jefes de camareros, y cómo puedes llegar sin haber llamado para reservar y te pasan a la primera mesa disponible sin hacer cola.

Esa noche cenamos con dos amigos en El Gallinero de Sandra, entre las calles Trajano y Amor de Dios. Yo había estado allí el miércoles anterior, aunque con otra compañía. Me gustaba ir allí por Sandra, su jefa de sala, y aquellos días por una camarera que se llamaba Pilar. Era un espectáculo. Y cómo trabajaba, tan elocuente. Ejercía un poder secreto sobre mí, que siempre aceptaba la sugerencia del día. En el fondo, encarnaba a una mujer de negocios, una artista, una directora de orquesta. No podía dejar de mirarla, como al dedo de un hipnotizador. Estaba imantada. «Tendrías que ser fiscal o, mejor aún, abogada. Te forrarías», le dije alguna vez. Recuerdo que cené salmón marinado con yogur de piñones y canelón de cola de toro y ragut de setas. Pero primero pedí un Martini seco. Siempre pido uno antes de que me sirvan la cena. Me entona.

Nos acompañaban Luis Bermejo, que era diputado en el Congreso, y su mujer, Lupe Galdo, empleada en la Delegación del Gobierno. Hablamos de nuestros hijos. Ellos tenían un chaval que acababa de cumplir dieciocho años y que en septiembre empezaría Medicina en la Universidad de Navarra. Me tuve que tragar la envidia que me daba, y al hacerlo debí de parecer un pavo. En realidad, no me la tragué, sino que se me quedó clavada eternamente. Siempre estaba ahí, en el mismo sitio, como una de esas pintadas que resisten años a la intemperie, en un muro que tienes que ver a diario porque están en tu camino. Nosotros no pudimos convencer a nuestra hija para que estudiase en Pamplona. Ella tuvo que irse a Barcelona, porque, si no, reventaba. «Es mi vida», alegaba, cuando salía el tema, desde una trincheras. «En mi futuro mando yo», añadía, y así zanjaba la discusión. Necesitaba hacer lo contrario de lo que yo defendía, así que por esa razón tampoco quiso estudiar Derecho. «Si tengo que matricularme en Derecho, al día siguiente me corto las venas», dijo otro día, con su tremendismo sin igual.

Luis presidía la comisión de Justicia del Congreso. Hablamos sucintamente de los cambios que se avecinaban en el seno del Consejo General del Poder Judicial. Esa semana, además, había trascendido, en algunos círculos, que un miembro del Supremo padecía un cáncer irreversible, lo que abría interesantes perspectivas. Quedamos en comer en Madrid dos semanas después, a poder ser con el ministro. Tras la cena, que resultó de lo más agradable, yo propuse ir a tomar una copa a alguna terraza donde pudiese fumar un cigarro tranquilo. Virginia puso cara de cansada, como si fuese lo penúltimo que le apeteciese hacer en la vida, pero no se atrevió a decir que no. Una hora después estábamos en casa. De camino, en el taxi, me contó que por la tarde había hablado con Emma por teléfono. «Me olvidé de comentártelo antes», dijo. No me pareció que lo pronunciase con cinismo, como otras veces, y no supe qué decir. A mí ya había dejado de molestarme ser el último en enterarme, cuando me enteraba, de las cosas que concernían a la familia. Creo que, según los días, también había dejado de importarme. Me explicó que, el año siguiente, la niña se iría cuatro meses a Uganda con una ONG. No supo precisar a qué. Virginia era seguramente la persona que peor trasladaba los mensajes que yo nunca había conocido. Entre que le contaban algo, así se tratase del más simple recado, pongamos que del tipo «Dile a Álvaro que mañana me voy a Montreal», y después lo contaba ella, ese algo era ya otro, a lo mejor opuesto, que para el caso de Montreal podía implicar que nadie se iba ya a Canadá.

Esa noche no tenía demasiado sueño y me quedé un buen rato en el salón, ante el televisor. Por supuesto, Virginia se fue a la cama. Supongo que recurrió a una de las pastillas que solía tomar en aquella época, y que no sé si ingería porque sabían bien o porque le daban consuelo o esperanza, y el sueño la venció al momento. Me pasé más de una hora cambiando de canal. No era que no tuviese sueño, que lo tenía, pero el traslado a la cama, con todas las pequeñas cosas que hay que hacer antes, como recoger los zapatos atravesados en mitad del salón, cepillarme los dientes, beber un vaso de agua, quizá tomar algo para evitar un molesto dolor de cabeza por la mañana, apagar todas las luces, caminar a tientas hasta el dormitorio, desnudarme, me producía una pereza horrible, así que acabé dando una cabezada en el sofá, y cuando me desperté, al cabo de media hora, me fui a la cama sin ejecutar ninguna de aquellas acciones que tanto me fastidiaban, resultantes de dividir «Me voy a dormir» en minúsculas partes.

La mañana tampoco presagió nada. Llegó igual que esos pájaros que se posan a robar una miga y se van sin que nadie los vea, inexistentes a su modo. No estábamos acostumbrados a madrugar los sábados, y ese no fue una excepción. Yo me levanté un poco antes que mi mujer, sobre las once, y me afeité con mi vieja maquinilla, que tenía al menos veinte años, cuyo ronroneo creo que la espabiló. Ese modo de afeitarme, que superponía ciencia ficción y anacronismo, me hacía creer que la vida es una antigua historia, quizá pasada de moda, cuya desaparición sería penosa. Ya habíamos desayunado cuando sonó el teléfono fijo. «Qué raro», dijo Virginia. Aquel aparato había ido cayendo lentamente en ese olvido tan propio de las cosas antiguas, sin uso, que acarrea también su desprestigio, a lo mejor como la propia maquinilla, que a mis ojos se reivindicaba en cada afeitado como un milagro. «Sí que es raro, sí», dije yo, sin hacer nada por levantarme del sofá donde estaba leyendo el *ABC*. «No lo cojas, seguro que es una compañía telefónica, o la de la luz o el gas, para hacernos una oferta irresistible», protesté. A esa hora del sábado me dejaba dominar por la quietud e intentaba no mover un dedo si no era del todo necesario. Pero Virginia no me hizo caso.

A mis espaldas oí avanzar sus zapatillas a rastras hacia el teléfono, y me volví, por curiosidad, a tiempo de ver con claridad, cuando descolgaba, cómo el horror se fue adueñando de su rostro como el ocaso del sol a cámara rápida, a la vez que su expresividad languidecía entre balbuceos,

muecas perplejas, negaciones como «no puede ser verdad», «no», «pero si hablé con ella ayer». Me puse de pie, tenso, como si mi destino ya solo fuese acabar fundido en una estatua de bronce perpleja, para la felicidad de las palomas. Me aproximé despacio, víctima de esos miedos que surgen cuando uno no tiene ni la menor idea de qué pasa, salvo que lo que pasa le produce angustia y deseos irracionales de correr hacia atrás en el tiempo, en una desesperada huida de lo inevitable. «Ha habido una explosión en el piso de la niña», me anunció entrecortadamente mientras se mantenía a la escucha. Oírnos decir «niña» para referirnos a Emma nos hacía cómplices de la idea de que la vida era una foto que nunca amarillearía. Se estiró para tomar un papel y un bolígrafo y anotó un número de teléfono que le dictaron, y después le facilitó su móvil y el mío a la persona con la que hablaba. Al poco, colgó. «Era el cónsul de España en Lyon», dijo, como si otra persona hablase por ella. Las lágrimas le caían por las mejillas bajo un silencio de procesión más fuerte que el ruido. Enseguida se resquebrajó, y el hieratismo se transformó en un ataque de nervios que la dejó sin pulso, recalando en el suelo, como una marioneta a la que le han robado los hilos. Se abrazó a sus piernas. Entre hipidos, que la hacían retroceder y avanzar por las frases de esa manera castigadora con que una ventolera otoñal se emplea contra una bolsa de plástico, consiguió explicar que la noche anterior se había registrado una explosión en el edificio de Emma de la que todavía no se conocían las causas. «Pero ¿la niña está bien? ¿Qué te han dicho?», pregunté, arrodillado ante ella, sacudiéndola por unos brazos de mujer ya inasible. «Hay varios muertos, todavía están sin identificar. Tenemos que salir pitando para allí. Es muy probable que la niña estuviese en el piso en el momento de la explosión, que fue a las once de la noche.»

Nos quedamos paralizados durante algunos segundos, ajenos a nosotros mismos. Me temí, o quizá solo quise temer, que hubiese interpretado mal al cónsul, en su línea. «¿Estás segura de haber entendido todo bien?», pregunté, aferrándome a una esperanza muerta. Asintió con la cabeza.

Me puse a pensar en cómo íbamos a ir a Lyon. Ni siquiera sabía si había un vuelo directo, y si volaría ese sábado, y si quedaría alguna plaza, o si tendríamos que hacer alguna escala insoportable, y en caso de que todas esas opciones estuviesen en nuestra contra, si la solución sería viajar en coche, posibilidad que contemplaba como la caída definitiva al infierno. Un desplazamiento por carretera, tan largo, sin certeza alguna sobre qué íbamos a encontrarnos al llegar, pero que seguramente sería terrible, me ponía los pelos de punta. No se nos pasarían los kilómetros, y nos veríamos arrojados a la funesta actividad de imaginar qué nos esperaba. Sería inevitable suplir la ignorancia con predicciones y conjeturas que nos dejarían al borde mismo de la locura. Solo entonces Virginia salió de su azoramiento y me dijo que, según el cónsul, alguien del Ministerio de Exteriores se pondría en contacto con nosotros en breve para cursarnos indicaciones. Media hora después sonó mi teléfono. Era, en efecto, alguien en nombre del ministerio, que me indicó que pasarían a recogernos a las dos y media para trasladarnos al aeropuerto, donde a las cinco de la tarde podríamos tomar un vuelo de Iberia a Lyon. Me pidió algunos datos personales y nos despedimos. Yo llamé a la Audiencia para comunicar que salía hacia Francia, probablemente para dos o tres días, y que en mi ausencia mis colegas de tribunal me supliesen, de ser necesario.

¿Cómo podíamos estar inmersos en aquella pesadilla, después de una noche maravillosa? ¿Qué castigo era aquel, sin estar preparados, arrancados de golpe de la felicidad? Nos sumimos en un estado flotante, varados en el salón, como ballenas muertas en una playa, sin saber qué decirnos o sin tener quizá qué decirnos, ni adivinar qué utilidad tendrían ahora nuestras vidas. En ese estado nebuloso, nadando en un mar sin dirección ni destino, no conseguía ver de qué forma nuestra hija

podía sortear la muerte, pero no quería exponérselo así a Virginia, que seguramente debía de estar llegando a la misma conclusión demasiado en silencio. Habitualmente los dramas la volvían locuaz.

Me sentí inútil, arrojado a un trastero como un candelabro al que se le pasó el tiempo de la decoración. En una huida desesperada, solo se me ocurrió hacer cosas prácticas, como alinear los cojines del sofá, recoger la mesa en la que había desayunado, vestirme del todo y, cuando me acordé, avisar a un amigo con el que había quedado esa tarde para jugar un partido de tenis en el Club Betis de que no podría acudir. El dolor me legó un imprevisto sarcasmo e intenté figurarme la desilusión que lo embargaría, abatido, tal vez aguantándose las ganas de decir: «Menuda faena me haces, Lasso. Me tendrías que haber avisado con más antelación. Ahora no tengo margen para buscarme a otra pareja de juego. Eres un cantamañanas.» Creo que, por un momento, deseé que me hubiese dicho todo eso para responderle que me tenía que ir a Lyon porque mi hija había saltado por los aires en una explosión, pero que si para él era tan importante ese maldito partido de tenis, solo tenía que decírmelo y dejaría de subir a un avión para trasladarme a la ciudad francesa únicamente por el gusto de confirmar que mi hija se encontraba entre las víctimas. Sin embargo, me pidió que no me preocupase, que a cualquiera podía surgirle un imprevisto. «Creo, sinceramente, que me apetece más irme a un spa que sudar jugando al tenis», añadió.

Virginia no me dio apenas conversación mientras esperábamos a que nos recogiesen. Estaba tan unida a Emma que en mi imaginación podía ver cómo renunciaba por voluntad propia a la capacidad del lenguaje. A medida que nuestra hija, con el tiempo, se había ido alejando de mí, se había vuelto más dependiente de su madre, en la que se refugiaba cuando surgía algún problema, o un atisbo de duda o la clase de dilemas que se presentaban a los chicos de su edad cuando por un momento presumían que tal vez no lo supiesen todo de la vida. A veces pensaba que Emma me repudiaba, y que necesitaba expresarlo tomando decisiones por sí misma, aunque fueran perjudiciales para ella. ¿Por qué, si no, había tenido que irse a estudiar a Barcelona? ¿Acaso no podía cursar Antropología en Sevilla, una vez descartada del todo la idea de acudir a Pamplona, que sabía que era el sueño de mi vida? No podía porque eso era justo lo que a mí me habría gustado. Y después tuvo la magnífica idea de cursar su Erasmus en Lyon, otra vez contra mi opinión. Yo le sugerí una ciudad italiana, sin tantos inmigrantes, con una sociedad más parecida a la nuestra que la francesa, y desde luego mejor clima.

Qué distinto habría resultado todo si por una vez me hubiese hecho caso, en lugar de desplegar toda su aversión hacia mí. Su alianza con su madre me excluía de las decisiones importantes y desde luego no importantes que tomaba. Yo apenas sabía nada de su vida privada, más allá de lo que Virginia decidía contarme, y que seguramente era la parte insignificante. En los últimos años había dejado de importarme cada vez más el poco o ningún caso que me prestaba. No podría recordar nuestra última conversación enriquecedora. Quizá no la hubo desde que entró en la adolescencia. No hablábamos, y por eso no discutíamos, y si dialogábamos era solo para decirnos hoy he hecho esto o he hecho aquello, he visto a fulanito o menganito, he acudido a tal o cual sitio. ¿Qué escaramuzas podían alentar diálogos así? Nuestro último choque se produjo en las Navidades de 2008. Había convencido a mi madre para que viniese a pasar la Nochebuena con nosotros. Solo yo sé lo que me costó, porque estaba enferma y desplazarse doscientos kilómetros la atormentaba. Creía que se moriría por el camino, o por culpa del camino, demasiado largo para ella. No tuvo nada que ver, pero un mes después murió, sí. Estábamos todos más o menos convencidos, en secreto, quizá en el mayor de los secretos, de que aquella sería su última Nochebuena. Nadie lo decía, pero todos lo pensábamos, así que el hecho de que hubiese venido,

además de ponernos tristes al ver su estado, tenía que alegrarnos, porque estaba allí con nosotros. Me había hecho a la idea de una cena en familia, con la chimenea encendida, de modo que al acabar podríamos sentarnos en torno al fuego y cantar algunos villancicos, y dejar que simplemente el día nos venciese, y cuando se nos empezasen a cerrar los ojos, irnos a la cama y levantarnos al día siguiente para abrir los regalos de Navidad. Pero Emma tenía su propia idea de la diversión. Anunció que se iría nada más acabar la cena como si anunciara, radiante, que haría el papel de Julieta en la obra de teatro del instituto. «No tengo tiempo para villancicos», dijo. Yo expuse, como si fuera el patriarca de los Capuleto, que no iba a ninguna parte, que esa noche había que estar con la abuela, y ella dijo que solo era mi hija, no mi esclava, y que se iba, y ahí intervino Virginia, como siempre a su favor. Yo le dije que, ya puestos, se fuese y no regresase. ¿No se sentía tan libre? Que se quedase a dormir en casa de algún amigo. No nos dirigimos la palabra durante semanas. La frialdad se extendió a las miradas que ni siquiera nos concedíamos, a nuestro vagabundeo por la casa, a las paredes, los muebles, las alfombras, el aire que tomábamos y expulsábamos más helado todavía. Supongo que a veces uno dice y hace cosas sin pensar que tendrá que arrepentirse en algún momento porque sucede algo terrible. Es imposible mantener ciertos resentimientos indefinidamente.

A las dos y media, con una precisión que cortaba, nos recogieron a las puertas de casa. Virginia hizo una maleta como para mudarse a otro país. Visto en perspectiva, casi fue lo que empezó a suceder. En cambio, yo creo en las maletas pequeñas y casi vacías. Cuando viajo a algún lugar, a la vez estoy pensando en la vuelta. La tierra es redonda, así que lo natural es viajar en círculo, regresando al punto de partida. A las siete y veinticinco aterrizamos en el aeropuerto Saint-Exupéry de Lyon. Allí nos esperaba el cónsul en persona, del que me impresionaron su cercanía nada afectada y su pelo teñido casi chapucemente. La vida te da, la vida te quita, supongo. Estaba acompañado por un empleado del Ministerio del Interior francés, que también se mostró afectuoso, pero sin ahorrarse franquezas. Fue al grano con una naturalidad que supuse difícil de dominar, detrás de la que debía de haber mucha práctica. Nos explicó que nos dirigiríamos al Instituto Forense, aunque si lo necesitábamos, señaló, podíamos pasar primero por el hotel. Nos miró, esperando una respuesta. Virginia y yo acordamos que queríamos ir al Instituto Forense lo antes posible, como si la pesadilla fuese a acabar ahí, en lugar de empezar.

Nos subimos a un coche negro enorme. El conductor era un hombre joven, con traje, de expresiones severas, marmóreas, afeitadísimo. Mi mujer y yo nos sentamos rígidos y graves, como cristales rotos, en la parte de atrás, junto al cónsul, que olía tan bien que me hizo sentirme incómodo. Parecía que acabase de perfumarse para recibirnos. Quizá perfumarse y teñirse. Me fijé en que usaba un Longines bastante antiguo, y en que se pasaba con los dedos el pelo por detrás de las orejas continuamente. Después de advertir que lo hacía dos o tres veces por minuto, empecé a ponerme nervioso. Que oliese tan bien no aminoraba el efecto de los tics.

Me convencí sin querer de que viajábamos a toda velocidad, como si aún existiese la posibilidad de evitar el desastre si estábamos lo suficientemente cerca de volcar y dar varias vueltas de campana antes de chocar contra un camión, por ejemplo. Entretanto, el representante del ministerio francés, que se presentó como Emmanuel, nos preguntó si conocíamos el edificio donde vivía nuestra hija. Virginia se apresuró a decir que «sí, claro», pues había visitado Lyon «al menos media docena de veces» durante aquel curso. No tantas, seguramente, pensé para mí. En las cantidades pequeñas, como media docena, una docena, incluso docena y media, mi mujer siempre tendía a la exageración. Qué más le daba.

La explosión, comentó Emmanuel, se había producido en la primera planta, arrasando las dos

viviendas y dejando en muy mal estado el resto. Habían recuperado cinco cadáveres y encontrado a un superviviente, con heridas graves, pero fuera de peligro. Algunos familiares, que habían llegado antes que nosotros, habían identificado ya a sus hijos entre las víctimas. «Anouk Hezard y Didier Hinault», informó. «¿Anouk y Didier?», repitió Virginia retóricamente y sin embargo con el pecho encogido. «No vivían en el piso, pero lo frecuentaban. Eran sus mejores amigos», añadió con las palabras sostenidas por un agónico hilo. «Eso tengo entendido», señaló Emmanuel, mirando a la carretera, por la ventanilla, y después a una pequeña libreta muy manoseada en la que espí nombres rodeados y conectados unos con otros por flechas.

Cuando pareció acabarse el parte de novedades, el viaje transcurrió entre largos silencios. Solo la radio, muy bajita, y el arrullo del motor hacían compañía. Apoyé la mirada en la carretera como en un cojín. No había apenas tráfico. Se me hizo eterno el traslado, y calculé que llegar en taxi al centro de la ciudad podría costar tanto como dormir una noche en un hotel.

El cónsul intervino en un par de ocasiones, la primera para decir algo sin sustancia relacionado con los dos ríos de la ciudad y la segunda para especificar que el Ayuntamiento de Lyon había puesto a disposición de las familias habitaciones en el Hotel Okko Lafayette, en el quai Général Sarrail, en la margen derecha del Ródano. «A unos quince minutos de la rue Romarin», aclaró, sin necesidad de precisar que en la rue Romarin vivía nuestra hija.

El dolor y la música del motor y las ruedas, y la monotonía del trayecto, casi lograron adormecerme, o me habría gustado que me adormeciesen y, sin darme cuenta, dejar de existir. Fue uno de esos momentos en los que uno desea sinceramente no morir sino estar muerto ya, para sortear el sufrimiento y no hacer frente a los cientos de instantes desgarradores que le esperan en las próximas horas, días, semanas.

El Instituto Forense de Lyon estaba emplazado en la Facultad de Medicina de la Universidad Claude Bernard, en la avenida Rockefeller, bastante alejada del centro. «Es uno de los más importantes de Francia. Hacen unas ochocientas autopsias al año», especificó Emmanuel, no adiviné con qué propósito. Nos esperaban dos forenses a la entrada del edificio. Emmanuel hizo las presentaciones. Después, una de ellas, con el pelo muy corto y un discreto tatuaje debajo de una oreja, y gafas de carey enormes, nos previno del estado del cuerpo que iban a mostrarnos. No quiso señalar que quizás heriría nuestra sensibilidad, pero lo sobrentendimos. Me volví a Virginia y le propuse entrar yo solo a reconocerla. «No es necesario que pasemos los dos por esto», esgrimí. Tenía los ojos morados de llorar, en una de esas soledades salvajes que ninguna compañía atraviesa. Parecía que fuesen a quedarse así, mortecinos a perpetuidad. «Sí, será lo mejor», aceptó, pero al instante cambió de opinión. «Entraré, es mi hija, no puedo permanecer ajena», razonó. No se me ocurrió cómo argumentar contra eso, salvo que lo que viese nunca se le olvidaría, pero asentí y le pasé un brazo por los hombros que poco a poco se fue escurriendo. Tenía los huesos más endebles que yo había palpado nunca, casi de pájaro.

Nos condujeron por pasillos limpios y fríos, que me resultaban lejanamente familiares por las veces que también yo, en el transcurso de alguna investigación, me veía obligado a acudir al instituto anatómico forense en la época en que trabajé en juzgados de instrucción. Todos juntos, mi mujer y yo, Emmanuel, las dos forenses, el cónsul, un miembro de la policía y una persona que nos fue presentada como funcionario del juzgado que investigaba la explosión, formábamos una comitiva sombría, fantasmal. Yo avanzaba con las manos en los bolsillos, detrás de las forenses y solo medio metro por delante de Virginia, que apresuró el paso para engancharse a mi brazo. A veces, todo lo que una persona inmensamente triste necesita es una pared contra la que derrumbarse. Hurgó en mi bolsillo en una búsqueda a oscuras de mi mano, que al fin encontró y

entrelazó a la suya. Solo demandábamos tesoros que no valían nada, como dos manos juntas. Mientras nos adentrábamos en el laberinto que era por dentro aquel edificio, donde esperábamos encontrarnos con nuestra hija muerta, con el vano deseo ya perdido de que al final no fuese ella sino cualquier otra chica, que a lo más se le pareciese, todas nuestras desdichas regresaron a aquel momento del pasado en el que lo precisábamos todo el uno del otro, incluidas las manos agarradas.

Alcanzamos al fin la morgue. La misma palabra «morgue» genera contrariedad. Hay en ella algo inconcluso, crudo. La ausencia de un olor intenso, que remitiese a la muerte, me produjo una falsa tranquilidad, y me recorrió el cuerpo un espasmo, como cuando tienes frío en una noche de verano. La sala era de color blanco. Al fondo brillaban las cámaras metálicas en las que se conservaban los cadáveres en las condiciones de temperatura necesarias para interrumpir el deterioro biológico. El cónsul, Emmanuel y el policía se detuvieron casi a la entrada de la sala, y las forenses, el funcionario de justicia y nosotros avanzamos hacia lo inevitable. Al darnos la espalda durante el trayecto descubrí en la forense de pelo corto un segundo tatuaje en la nuca, pero no sabría decir qué representaba. Esa parece ser una de las derivas de los nuevos tatuajes. La mujer desbloqueó la puerta de una de las cámaras y tiró hacia fuera de una enorme bandeja en la que descansaba un cuerpo de mujer ausente. Ahora la unión resultaba más crucial, y mi mujer y yo nos aproximamos agarrados de la mano, dando dos pasos al frente, acompasados, casi de baile.

Era Emma.

Tenía la cara aplastada y la cuenca del ojo derecho vacía. El tronco registraba traumatismos que se apreciaban a simple vista, y la pierna derecha, a la altura de la rodilla, estaba desgajada del cuerpo. No se advertían todavía los cortes de la autopsia, lo que significaba que estaban a la espera de practicársela. Descubrí en un costado un tatuaje en forma de cuatro gotas de agua, en tamaño decreciente. Desconocía que se lo hubiese hecho. Espié a Virginia, que rompió a llorar otra vez. Quizá solo se trataba de una continuación del llanto anterior, que no se había interrumpido, solo había mermado. Era imposible permanecer impertérrito ante la estampa, tan violenta, de una hija muerta. «Mi hija, mi hijita», sollozó. Se liberó de mi mano y se inclinó sobre el cuerpo de nuestra hija, reposando su cabeza sobre su pecho. Acarició su mejilla con una delicadeza y un amor que casi volvía las cosas inanimadas expresivas. La llenó de besos mientras musitaba frases entrecortadas. «Te quiero, mi niña, te quiero, te quiero...» Me dio la impresión de que no iba a dejar nunca de decirle que la quería, de aquella o de un millón de formas distintas, y de que si por ella fuese estaría allí días, el tiempo que fuese preciso, tal vez convencida de que Emma la escuchaba. «Daría mi vida por disponer de su compañía durante una hora, solo una hora, y despedirnos y abrazarnos, y después ya podríamos morir las dos en paz», me dijo esa noche cuando estuvimos en el hotel, metidos en la cama, con la luz apagada, incapaces de conciliar el sueño.

Permaneció todavía un par de minutos abrazada al cadáver. Yo le acaricié un brazo, el cabello, y al final la espalda. En un instante revelador, cuando llegué a la mitad de su columna, sentí que se estremecía, del mismo modo que uno se sobresalta cuando lo despiertan y no identifica dónde está. Entonces Virginia volvió a llenar de besos el rostro de Emma, que salpicó con sus lágrimas, y se incorporó lentamente.

La forense que no usaba gafas de carey, que no tenía el pelo corto, que no mostraba sus tatuajes, porque quizá no se los había hecho, que se había limitado a permanecer a la sombra de su compañera, nos pidió permiso para guardar el cuerpo. Asentimos. «¿Están aquí los otros chicos?», preguntó mi mujer, exhibiendo algo de vigor. La forense asintió, y señaló a las puertas

que había a continuación de la cámara de Emma. Me temí, por un momento, que fuese a pedirle que le permitiese verlos, por si eso ayudaba a su identificación, pero simplemente asintió, tal vez agradecida de que Emma estuviese acompañada de sus amigos hasta en aquella hora en la que la compañía no significaba ya nada.

Cumplimentamos algunos trámites y, tras dar respuesta a unas cuantas preguntas del funcionario del juzgado, y también de Emmanuel, relativas a las pertenencias de Emma que podríamos recuperar tras la investigación, nos condujeron al hotel. «Es un edificio del siglo XIX», señaló el cónsul al descender del coche y admirar la fachada, seguramente con alguna intención servicial que no nos sirvió de nada. Pensé que me importaba una higa, y más tras añadir que en otra época el inmueble había albergado una prefectura. Se trataba de un edificio estrecho, de seis alturas, con vistas al Ródano y a la rue Vauban. Deseé que nos asignasen una habitación con vistas al río. Pero en el fondo me daba igual.

Nos registramos sin la menor incidencia. Uno de los dos recepcionistas, que resultó ser un joven de Huelva, nos informó amablemente, con la intención de sorprendernos, de que el hotel ofrecía completamente gratis un servicio de programación audiovisual a la carta en las habitaciones, así como aperitivos cuando lo deseásemos, las veinticuatro horas del día. Puse cara de circunstancias, mientras Virginia simplemente se abandonaba a una corriente subterránea que la empujó hacia el ascensor.

Nos despedimos de todo el mundo hasta la mañana siguiente. Necesitábamos descansar, o en realidad estar solos, hacer del vacío un lugar confortable, o al menos pacífico. El cónsul nos proporcionó su número de teléfono móvil y nos rogó que lo llamásemos a cualquier hora si era necesario. Subimos a la habitación, en la cuarta planta. Me adentré en ella indiferente, nada intrigado por descubrir cómo era el sitio en el que iba a pasar la noche. Reinaba un ambiente sereno, muy contemporáneo, rebosante de fortuna. El hotel estaba planeado para que sus huéspedes gozasen de una estancia feliz obligatoriamente. Podías pensar que, bajo aquel diseño y ambiente, de un esnobismo apacible, tu aflicción estaba casi mal vista. Te hacía sentirte incómodo con tu tristeza. Dejamos las maletas sobre la cama, que cayeron como enfermos graves no críticos. Me asomé a la ventana, que daba a la rue Vauban. «No tenemos vistas al río», constaté. Virginia ni siquiera me prestó atención. «¿Salimos a caminar un rato?», preguntó.

Bajamos a la calle, que cruzamos para incorporarnos al paseo que acompaña al Ródano a lo largo de la ciudad. Cientos de lioneses disfrutaban del fin de la tarde en pequeñas pandillas o en pareja. Muchos estaban descalzos y en manga corta, dando una bienvenida entusiasta al buen tiempo, que en Lyon podía acabarse al día siguiente. Bebían tendidos en el césped, o en los bares emplazados en las embarcaciones amarradas a la orilla del río. De pronto, el mundo me pareció un lugar inhóspito, cruel, perverso, en el que la felicidad ajena no se interesaba ni se compadecía de nuestro dolor. Paseamos apenas cien metros, hasta el puente Lafayette, y ya fue demasiado. Virginia no lo soportó. Se vio golpeada por la visión de tanta gente animosa pasándolo bien a nuestro alrededor, al punto de poner aplausos a la desolación que nos abatía. «Prefiero volver al hotel», dijo, más esperanzada en la soledad de la habitación que en aquella exaltación de la primavera que no nos dejaba pensar en nuestra hija y consagrarnos a una pesadumbre sin distorsiones.

En el ascensor del hotel, contemplamos nuestra imagen deformada en las puertas metálicas. Mi mano adivinó la situación de la suya y la agarró, pero a los pocos segundos advertí su vacilante insatisfacción con esa cercanía. Maniobró para despegarse. Hice como si se tratase de una lejanía circunstancial, de la que ni uno ni otro se había percatado. En el pasillo reinaba un silencio de

caja de cartón por dentro. De nuevo en la habitación, lo prolongamos. Para romperlo, quizás en la sospecha de que hablar un poco, de lo que fuese, nos haría bien, pregunté a Virginia por el tatuaje de Emma. «¿Tú lo sabías?», inquirí. «Se lo hizo hace dos años», me explicó sin ganas, como si esa no fuese la primera vez que me explicaba lo mismo y le molestase repetir las cosas que carecían de relevancia.

Recibí su respuesta, y a continuación mi propia indiferencia, como una prueba más de que en algunos sentidos ya estábamos irrecuperablemente lejos el uno del otro. No fue extraño que seis meses después, pese a todo lo que habíamos vivido juntos, nos divorciásemos. Yo no podía recordar ya cuándo había sido nuestro mejor momento, señal de que había quedado muy atrás, y desde entonces nos habíamos dedicado a agonizar de la forma más digna, infligiéndonos solo los daños necesarios. Pero seis meses después de la muerte de Emma la dejadez a la que nos precipitamos no se justificaba ni en la inercia. Hay cosas que a menudo no van como a uno le gustaría, pero el temor a caer en lo desconocido te instala en una suerte de miseria cómoda. Yo tenía claro que no podíamos seguir, que aquello iba a explotar, pero al final de cada jornada me decía: «Álvaro, aguanta otro día.» Me parecía que en mi vida se destaparía al día siguiente un follón tremendo, y esa pereza podía más que el respiro que al fin me concedería un divorcio.

Por esas fechas yo mantenía una relación muy llevadera con una alumna a la que preparaba para la oposición de judicaturas. Tenía veintidós años. Me parecía que estaba enamorada y eso me daba más vértigo que poner fin a mi matrimonio. Tracé un plan, que pasaba por dejarlo primero con la alumna, que en dos meses, si todo iba bien, aprobaría la oposición, y después, sin más dilaciones, romper mi matrimonio. Transcurrieron unos días, de los que no cabía esperar nada, salvo que siguiesen transcurriendo, más rápida e insignificadamente a poder ser, y una tarde Virginia me anunció que quería divorciarse. «No aguanto un día más contigo», me espetó. Fue el desafecto con que me lo dijo, y no tanto el mensaje en sí, lo que me trastornó. Monté en cólera. Le pregunté a gritos si acaso tenía un amante, o más de uno o de dos. Cómo podía dejarme ella a mí, que no tenía dónde caerse muerta. La había mantenido durante veinticinco años. Tuve una reacción rara, porque en el fondo Virginia estaba haciendo todo el trabajo sucio, liberándome de unas frases que tenía que haber pronunciado yo cuando el matrimonio ya solo era un peso insoportable que nos caería encima en la hora menos pensada.

Reparé en que eran las diez de la noche con sorpresa relativa. Quizá había que pensar en la cena, propuse, para recomponer un poco nuestras fuerzas. Pero Virginia dijo que no tenía apetito. Ya se había descalzado y dejado caer su cuerpo sobre la cama, en la que nos habían hecho sitio las maletas, ahora en el suelo. «Lo único que me apetece es morirme», dijo, y tomó el mando de la televisión que había sobre la mesilla de su lado. Me impresionó la frase porque la pronunció sin el natural desaliento, cuando uno se encuentra tan abatido por las circunstancias que las ganas de vivir se reducen a mínimos actos reflejos, como respirar. Detecté una frialdad en su voz, un espíritu tranquilo, tan congraciado, que no encontré palabras de consuelo, que Virginia habría rechazado a buen seguro. Preferí pensar que todo se nos hacía el doble de duro al estar tan lejos de casa y alojados en un hotel, y que era natural experimentar la sensación de que vivir se volvía un objetivo especialmente frágil a tanta distancia de Sevilla, y ya sin Emma.

Yo sí tenía hambre, así que anuncié que bajaba a comer algo a ese espacio que no era recepción, ni vestíbulo, ni sala de estar, salpicado de confortables sillones y sofás, al que el recepcionista había llamado El Club, provisto, al fondo, de un comedor donde se ofrecían aperitivos y refrescos todo el día. Bajé en el ascensor con un huésped que jugueteaba con un

mechero rojo, de plástico, que encendía y apagaba machaconamente, como diciéndose «lo quemó, no lo quemó; lo quemó, no lo quemó», tal vez en referencia al edificio.

Me serví yo mismo unas raciones de queso, alcachofas, tomate seco y tiras de berenjenas, que me llevé a uno de los sofás de la estancia. Para beber me conformé con una cerveza, que para mí era una bebida que no significaba nada, imposible de relacionar con un gran momento. Mientras daba cuenta de la comida recibí un mensaje de Ángela del que deduje que no se había enterado de que Emma se encontraba entre las víctimas de la explosión de Lyon. Yo, desde luego, no se lo había comunicado. El cónsul nos había dicho, al salir del Instituto Forense, que la noticia de una víctima posiblemente española ya corría por los medios de comunicación del país. Era obvio que Ángela aún no estaba al corriente. Por supuesto, yo no había mantenido ningún contacto con ella desde que nos separamos en el hotel. Su mensaje era una propuesta para vernos otra vez el lunes por la tarde. «Tengo ganas de marcha. Ojalá fuese lunes ahora mismo», escribía. Le contesté que no podría, que la situación familiar no era la más propicia, y que ya le contaría más detalles. Se conformó, porque no volvió a escribirme.

Tenía un buen número de llamadas no atendidas, una mayoría de números que ni conocía. Había retirado el sonido al teléfono en previsión precisamente de un aluvión así, inclemente, a voleo. Aborrecía recibir pésames, y más a través del teléfono. Guardé el móvil y me centré en el queso y las verduras, mientras me fijaba en una pareja que ocupaba un sofá próximo, y que se deprimía con su cena. Ambos eran rubios, ella más que él, y tendrían unos cuarenta y cinco años. No hablaban demasiado entre sí. Ella pasaba las páginas de un ejemplar de *Le Monde*, menos interesada en informarse que en el sonido adormecedor, hasta cierto punto balsámico, que producían las hojas al bailar.

No sé por qué pensé que podría tratarse de los padres de alguno de los chicos muertos. Su actitud parecía muy contraria a la de dos personas que permanecen en un hotel por placer o por trabajo. Su silencio transmitía una amargura familiar o un abatimiento calcados a los que intercambiamos Virginia y yo por la mañana, cuando el cónsul telefoneó a casa y se rompió la paz, se rompió no para un día, un mes, un año, sino para una o dos vidas.

Pensé en no acercarme y dejar que tal vez nos conociésemos al día siguiente porque alguien nos presentase. Naturalmente, también valoré que era más que posible que no tuviesen que ver con la explosión ni con nada que pudiese estar pasando en Lyon, bueno o malo. Pero soy una persona que entabla conversación fácilmente, y me decidí a molestarlos. Me acerqué y les pregunté si estaban en Lyon por los hechos de la rue Romarin. Al principio me observaron con desconfianza, pero la mujer asintió y pronunció un «sí» ínfimo pero vertical. Me presenté como el padre de Emma Lasso, y antes de poder añadir nada más la mujer adquirió brío, llenando los pulmones de aire, y dijo con alivio: «Oh, Emma.» Se levantaron casi al mismo tiempo, y el hombre y después la mujer me estrecharon en un abrazo. Eran los padres de Ilka Popp, habían llegado esa tarde en un vuelo desde Berlín.

«Emma era una chica encantadora», dijo la mujer, que acompañó sus palabras con un evanescente vuelo de manos. «¿La conocían?», pregunté, tomando asiento en la silla que me invitaron a ocupar. En sus platos habían quedado a medio comer los sándwiches, cuyo desangelado aspecto hacía pensar en dos canarios muertos. La mujer contó que a comienzos de diciembre Emma, Paul Madiot, Luca Tabone e Ilka habían hecho juntos un viaje de fin de semana a Berlín. «Se alojaron todos en nuestra casa. Fue muy divertido.» Yo asentí sin saber qué añadir o pensar, salvo que Emma hacía mucho tiempo que había dejado de ser la niña con la que podía hablar de todo. Me preguntaron si había acudido solo a Lyon, y les expliqué que mi esposa se

encontraba en la habitación, exhausta. Hablamos del viaje, de vivir en Berlín y Sevilla, de los niños, y también un poco de nuestros trabajos. Así supe que el padre de Ilka era editor en varias revistas de pasatiempos. También era el creador del crucigrama de los domingos del diario *Die Welt*. Me fascinó que se pudiese vivir de eso, aunque, bien pensado, el mundo estaba lleno de personas que sobrellevaban los momentos muertos del día haciendo sopas de letras, autodefinidos, cruzados, crucigramas o sudokus, en lugar de mirar al infinito, o de ver la televisión, o de tamborilear sobre la mesa, esperando que ocurriese algo, o sonase el ring de un teléfono que los apartase de su ensimismamiento. Su esposa se limitó a explicar que trabajaba como programadora en Thyssenkrupp, pero sin ofrecer detalles, como si su cargo no estuviese expuesto a las emociones y el vértigo que alentaban los crucigramas.

Ellos habían hablado por teléfono con Ilka el jueves. Fue una conversación breve, ya de noche. Su hija se había metido en la cama. «Me contó que había aprobado un examen, y me pareció que estaba muy contenta», dijo la madre. La última vez que se habían visto con ella fue en abril. «Viajamos los dos a Lyon, alquilamos un coche y nos fuimos a pasar unos días en los Alpes.»

Nos seguimos contando historias sobre nuestras hijas, sobre cómo las habíamos visto cambiar en poco tiempo, y sobre los planes que hacían para el futuro. Ilka había decidido que al finalizar sus estudios de Economía se iría un año a vivir a Tokio. Me produjo una tristeza inconfesable que sus padres conociesen tan bien la vida de su hija, mientras que yo apenas acertaba a decir que Emma estudiaba Antropología, sin saber qué era la antropología, y que, como todos los muchachos de su edad, alimentaba una gran confianza en el futuro, lleno de proyectos. Me temo que esto último tuve que inventarlo.

A las once de la noche nos despedimos y regresé a la habitación. Compartimos ascensor. Ellos continuaron hasta la quinta planta. Nos encontraríamos al día siguiente, en la reunión de familiares a la que nos habían convocado las autoridades francesas. Virginia estaba despierta. No me apetecía, pero aun así le hablé de los padres de Ilka Popp. No apartó la vista de la televisión. En cierto modo, fue una conversación sobre la ausencia, nuestra ausencia cuando estábamos juntos. Me costó no pensar que la soledad no era inherente a la especie humana, del mismo modo que muchos años antes me había sido fácil alcanzar la convicción de que dos personas después de confesarse que se querían podían no tener más que decirse, y al cabo dejar incluso de quererse.

Acaparaba todas las almohadas, hasta cuatro, y parecía atenta a una película. «¿Qué ves?», pregunté, dejándome caer también sobre la cama. Me cedió una almohada sin mirarme. «No sé. *Doce del patíbulo*, creo.» Y cambió de canal. Me quedó claro que no necesitaba comunicarse. Hablaba, en cierto sentido, a través del mando, y estaba en plena huida de la realidad, o tal vez solo de mí. Se había convertido en la especialidad de la familia. Cuando Emma alcanzó los doce años, o quizá uno antes, se produjo la brecha. Empezó a rehuirme. Nunca se interesaba por nada que una hija pudiese hacer en compañía de su padre. A medida que entró en la adolescencia se intensificó la tendencia a la fuga. En los veranos insistía en irse con sus abuelos maternos a Galicia. Vivían en un pueblo aburrido, sin piscina, apenas con un río, que se llenaba de jóvenes en julio y agosto y después se vaciaba como una bañera y solo quedaban los viejos y los entierros. Yo nunca aguanté allí más de cinco días seguidos, y eso al principio. Dejé de ir hace muchos años.

Después de aquellas huidas veraniegas, Emma se empeñó en irse a Estados Unidos todo un curso, con una familia. Nos pareció una gran idea para su futuro, y un poco más mala para su presente. Esa aventura le proporcionaría unas competencias lingüísticas que le valdrían para toda la vida, y una importante ventaja sobre toda su generación. Para que llegase ese momento, sin embargo, primero tuvo que transcurrir un año en el que Virginia y yo la añoramos hasta unos

extremos patológicos. Los recuerdos nos arrojaban piedras por la ventana. La tristeza se veía agravada por la preocupación, ya que, después de todo, a miles de kilómetros no podíamos hacer nada por protegerla. Habíamos encontrado una familia de acogida en Lincoln, Illinois. Era un lugar tranquilo, de quince mil habitantes, donde vivía con un matrimonio que ya había acogido a otros estudiantes españoles y que tenía dos hijas también adolescentes.

Me quedé dormido enseguida, abrazado a la almohada. A las siete de la mañana, cuando me desperté, oí la caída del agua de la ducha. Al poco, Virginia salió del baño envuelta en una toalla blanca. «Hola», dijo. Me dio no sé si miedo o pena preguntar cómo había dormido, o si no había dormido en absoluto. Después de bajar a desayunar le pregunté si le apetecía acompañarme a la iglesia, aunque ya sabía la respuesta. En recepción me informaron de que la más cercana era la iglesia franciscana de Saint-Bonaventure. Solo había que cruzar el río por el puente Lafayette. Me resultó sencillo encontrarla. Hice mis oraciones, como todos los días. Estaba de vuelta en el Hotel Okko antes de las diez, la hora a la que Emmanuel nos había convocado para la reunión de familiares. El cónsul me presentó al embajador, recién llegado de París. Era un hombre alto, compuesto de alma y traje y zapatos lustrados una y otra vez. Le agradecí su presencia allí y se mostró confiado en que todo lo que restaba por delante se resolviese «sin más incomodidades de las necesarias, para no añadir más castigo al dolor que ya deben de sentir», dijo.

Emmanuel se interesó muy cortésmente por cómo habíamos pasado la noche. «Despierta», resumió Virginia, demasiado descriptiva, en una sola palabra. Nos condujeron a una sala donde nos ofrecieron café y pastas y té. Emmanuel nos presentó al resto de los familiares, como los padres de Luca y Anouk, y también los de Ilka, que yo ya conocía. Nos acercamos, en un movimiento de rotación, hasta los padres de Paul Madiot. Él vestía un traje de tres piezas, dentro del que parecía tan cómodo que podías pensar que lo utilizaba para dormir o nadar. Me pregunté a qué podía dedicarse alguien que vestía de aquel modo un día en que no iban a enterrarlo, en que ni siquiera iba a casarse. La edad le había proporcionado a su cabello una blancura tenaz, caprichosa. Aquel pelo tenía una fuerza juvenil, y rugía igual que el motor de una Harley-Davidson. Por el contrario, su mujer era morena, silenciosamente morena, tenía el pelo muy liso, y poseía una elegancia que, después del tiempo transcurrido, y a pesar de que nunca más tuve ocasión de cruzarme con ellos, no consigo olvidar. Cuando nos situamos tan cerca que el aire que nos separaba se caldeó, la mujer todavía dio un paso hacia nosotros. «Soy Yvonne, la madre de Paul. ¿Es usted Virginia?», preguntó, dirigiéndose primero a mi mujer, a la que dio dos besos. «Y supongo que usted es Leopoldo, el diseñador. Paul me habló varias veces de ustedes», añadió. No supe bien qué decir. Siempre resultaba embarazoso que alguien te llamase por otro nombre, o te confundiese con otro a quien ni siquiera te parecías. «Soy el padre de Emma, pero me temo que no me llamo Leopoldo, sino Álvaro, y tampoco soy diseñador, soy solo un humilde juez, pero no se preocupe», dije sin ánimo de reproche al advertir que se ponía roja. Miré a Virginia, por si se explicaba aquella confusión, pero se limitó a abrir los ojos en señal de entender menos que yo.

«Le ruego que me disculpe, Álvaro. No hace falta que diga que soy un desastre para los nombres. No conozco a nadie más despistada que yo», confesó, y enseguida, como el día anterior habían hecho los padres de Ilka, empezó a deshacerse en comentarios cariñosos hacia nuestra hija. Cuando me quedé un instante a solas con Virginia, le mostré mi desconcierto. «¿De dónde ha sacado el nombre de Leopoldo? Y lo del diseñador, ¿qué me dices?», señalé, aún perplejo. Mi mujer sacudió una mano en el aire, como queriendo expresar que Yvonne no sabía lo que había dicho, y que debía de haber mezclado la identidad de personas muy distintas.

En la reunión, nos facilitaron información sobre la situación del inmueble de la rue Romarin. Al

parecer, estaba al corriente de todas las inspecciones, tanto las referentes a la estructura del edificio, que databa de principios del siglo XX, como a las de los servicios de gas y electricidad. En el caso del piso de nuestros hijos, los dueños estaban al día con la compañía de seguros. A mitad de reunión, en la que Emmanuel llevó la voz cantante, se incorporó la titular del juzgado en el que recaía el caso. Se presentó como Alizée Loncle. Nos mostró sus condolencias y nos facilitó unos detalles un poco vagos sobre la investigación. Era una mujer menuda, enflaquecida por las dificultades, o por el trabajo, o quién sabe si por los genes. Y, sin embargo, de su fragilidad emanaba una voz resuelta y estricta, que no se diluiría ni en las grandes distancias. No desprendía un solo gesto que remitiera a la apariencia. Calculó que en dos días, como máximo tres, podríamos disponer de los restos de nuestros hijos para repatriarlos a nuestros respectivos países.

No me quedé demasiado a gusto con la reunión, así que aguardé al final para acercarme a la jueza. De cerca, pude aproximarme mejor a su edad, que cifré en unos treinta y cinco años. No usaba pendientes y tampoco llevaba las uñas pintadas. Sus frases se armaban con seguridad, sin titubeos. Me sorprendió cuando me contó que su madre era navarra. «De Garzáin, un pequeño pueblo de doscientos habitantes, atravesado por el río Bidasoa», dijo. «Viví allí hasta los tres años, y todavía voy en verano a visitar a mis abuelos.» No inquirí sobre esos orígenes. Me transmitió de nuevo sus condolencias, y cuando me pareció oportuno, dejé caer, intentando que solo pareciera información, que presidía la Audiencia de Sevilla, mostrándole mi interés por visitar la zona de la explosión, si fuese posible. «Concédame unos minutos», me pidió, y se apartó media docena de pasos para realizar una llamada de teléfono. Mientras, me acerqué a Virginia, que hablaba con Yvonne, para decirle que intentaría visitar la rue Romarin. Ni siquiera le propuse que me acompañase. A la vuelta de dos minutos, Alizée Loncle acudió en mi busca. «Si le parece bien, lo acompañaré, y así no tendrá problemas para acceder.»

La rue Romarin se encontraba a quince minutos del hotel, de modo que propuso que nos dirigiéramos allí a pie. Cruzamos el Ródano por la pasarela du Collège. El suelo oscilaba levisísimamente bajo nuestros pasos, y los materiales rechinaban como una embarcación atracada en puerto. Era suficiente para sentir vértigo. Aceleré un poco el paso para alcanzar la otra orilla y recuperar el alivio del suelo firme. Habían desaparecido las nubes, que daban al cielo un aspecto resentido, y ahora la mañana se había convertido en un agradable escenario. Me hizo algunas preguntas cariñosas sobre mi hija, ante las que intercalé respuestas breves y más largas. Al alcanzar la place de la Comédie, con el Hôtel de Ville a un lado y la Ópera al otro, le pregunté si creía factible facilitarme algún extremo de la investigación que no hubiese comentado en la reunión, y siempre y cuando, por supuesto, no se pusiesen en riesgo las pesquisas. Me confesó que avanzaban muy lentamente porque no dejaban de encontrar restos humanos a lo largo y ancho del escenario, que había trascendido al edificio en sí, abarcando parte de la calle. «Hemos encontrado pedazos de carne a cien metros del edificio», dijo. Resoplé. Todos los indicios situaban el origen de la detonación en la primera planta, en la vivienda ocupada por Adel Slimani y su mujer Calise Hamza. Aún no conocían las causas. En realidad, estaban centrados en recuperar todos los restos posibles. Creían que tanto Adel como Calise se encontraban en la casa en el momento de la explosión. No era todavía una posición concluyente porque no se habían recogido sino trozos y más trozos de cuerpos, aunque todo indicaba que se correspondían con ellos. «Completarlos será como hacer un puzle.» En una exploración a simple vista, que podía conducir a engaño, o a conclusiones precipitadas, se había advertido la presencia de varias bombonas de butano entre los escombros. «Pero queda casi todo por saber», señaló, antes de girar a la derecha al final de la rue du Griffon, donde ya se adivinaba la destrucción, y adentrarnos en la rue Romarin.

Puesto que era domingo por la mañana, no había aún apenas gente por las calles, pero la rue Romarin no era aquel día tanto una calle como una zona de guerra. Había sido precintada, y el acceso permanecía solo abierto a los vecinos, para los que habían habilitado un estrecho paso. Fuera del perímetro de seguridad había varias cámaras de televisión tomando imágenes, y algún que otro periodista escribiendo de pie, sobre sus libretas, y recogiendo frases de algunos viandantes.

«Se ha evacuado a los vecinos de los edificios colindantes hasta que se consideren completamente seguras sus viviendas. Creemos que estarán de vuelta mañana», dijo Alizée Loncle, que mostró su credencial a un policía para que nos franquease el paso. El ajeteo de agentes, policías científicos, bomberos o arquitectos contrastaba con la tranquilidad que uno se encontraba si simplemente giraba a un lado u otro al final de la calle.

Algunos negocios próximos, como la panadería, un quiosco de prensa o un pequeño restaurante indio, que abrían los domingos, permanecían clausurados por razones evidentes. Viviendas y establecimientos cercanos al punto de la explosión, como varias boutiques, un café teatro, o una tienda de pajaritas y corbatas, tendrían que restituir los cristales, en el mejor de los casos. Cuando pudimos situarnos enfrente del edificio de Emma la ruina nos dejó mudos durante un rato. Nos miramos y solo conseguimos intercambiar muecas de impresión. Qué desolador. Recordaba a una casa de muñecas, sin fachada, pero era mucho peor que una casa de muñecas, porque no había habitaciones, no existía el interior, únicamente había polvo, cascotes y hierros, y tampoco estaban las muñecas, quizá ahora enterradas y muertas. Parecía imposible que Paul Madiot hubiese salido vivo de aquel cataclismo, que había dejado el edificio reducido a su estructura más elemental, es decir, hormigón y hierros, la única razón de que el inmueble no hubiese desaparecido del todo.

La explosión había construido montañas y valles de escombros que llegaban hasta donde alcanzaba la vista. Dar un solo paso implicaba pisar algún tipo de aniquilación. Allí donde te fijases descubrías, entre restos de ladrillos y cemento, objetos o fragmentos de objetos en cada uno de los cuales parecía imponerse una historia humana. Eso, lo que había de personal en algo destruido, me conmovió. Me fijé en el teclado de un ordenador, casi entero, que había bajo los pies de Alizée Loncle, y me resultó imposible no imaginar unas manos tecleando un trabajo o un simple correo electrónico. Al lado distinguí un zapato de tacón de color verde, y me puse a pensar que alguna vez su dueña lo utilizó, junto con su par, para llegar puntual a algún lugar. Un poco a la derecha de la jueza reparé en un libro sin tapas, que a la vez que la historia de sus personajes casi seguro que contenía la historia de su propietario. Vi las hélices de un ventilador de mano, vi una muñeca de trapo sin cabeza, vi un vaso entero, como nuevo, vi una mochila, vi un mechero, vi una escoba de color verde sin palo. Vi una máscara de Spiderman. Y también vi varias carátulas de cedé, una tan cerca de mi zapato derecho que, al pisarla, me avisó de su presencia y, al agachar la cabeza, se me impuso como un cielo azul. Adiviné no una historia sino infinitas historias humanas en aquel objeto, que habría hecho bailar a muchísimas personas, alegrándolas y haciéndoles creer que la vida estaba por depararles aún miles de momentos de felicidad. Había sobrevivido toda la caja. Me impactó porque la había visto otras veces en casa. Era *Nervermind*, de Nirvana, en cuya cubierta aparecía un bebé bajo el agua, desnudo, con los brazos extendidos, avanzando hacia un billete de dólar. No pude resistirme a la idea nostálgica, y muy triste, de que tal vez fuese el cedé de mi propia hija, que lo había hecho sonar en Sevilla cientos de veces. En realidad, me persuadí de que lo era, y de que ahora de algún modo me pertenecía. Me agaché y lo recogí. Alizée Loncle lo miró y me dedicó un gesto cómplice, en el que sobrentendí que decía «a cuántos jóvenes habrá

hecho bailar». Avanzamos varios metros y, cuando ella reparaba en otros detalles, me guardé el cedé en un bolsillo.

La destrucción no se dejaba contemplar fácilmente, como si existiese cierto pudor por su parte. Aunque no era eso en absoluto. A la destrucción le agradaba su desolación, se sentía orgullosa de lo que era, y no podía más que experimentar una sofocada arrogancia hacia lo que no estaba roto, volcado, destrozado. Se adivinaba un desprecio mutuo, y a partir de cierto punto necesité perderla de vista. Me invadió la sensación de tener bastante, de empacho. Ella era más fuerte que yo. Me derrotó como lo hacía el sol cuando dirigías los ojos hacia él. «No puedo más», le confesé a la jueza. «Por supuesto», indicó, «vayámonos.» Me vi tan abrumado en aquel escenario que mientras nos alejábamos sentí que el edificio me perseguiría más allá de su calle, más allá de Lyon y de Francia y de las montañas que separaban su país del mío.

En el hotel me dijeron que Virginia y algunos familiares habían salido a dar un paseo. Me encerré en la habitación. Ese día, y el siguiente, salí solo para comer o caminar por la margen del río, sin atravesarlo más que para acudir a la iglesia de Saint-Bonaventure, ni siquiera para situarme sobre él en uno de sus muchos puentes. En cambio, mi mujer encontraba más consuelo estando rodeada de otras madres y otros padres con la misma pena que ella que sola o conmigo. Yo no podía posponer mi vuelta a Sevilla, pues el miércoles comenzaba un juicio con jurado por un caso de homicidio, mientras que Virginia parecía precisamente víctima del miedo al regreso. Acordamos que ella permanecería un par de días más en Lyon para acompañar los restos de Emma a casa y celebrar su funeral, que yo empezaría a organizar nada más llegar a Sevilla. Esos dos días que estuvimos separados descubrí que no estaba tan mal sin ella, y quizás Virginia a su vez constató que yo no le hacía falta para sentirse acompañada. Sin pretenderlo, y al principio sin ser conscientes, comenzamos nuestra escisión, nos soltamos poco a poco el uno del otro. Nos llevó, aun así, esos seis meses darnos cuenta de qué absurdo resultaba jugar a que siempre había una última esperanza.

El martes llegué a Sevilla a media mañana y me dirigí directamente a la Audiencia. Dejé todo preparado para el juicio del día siguiente, que arrancaría a las nueve con la selección de los miembros del jurado, y me marché a comer a casa, exhausto de recibir las condolencias de todos los conocidos con los que me cruzaba. Sara, la mujer del servicio, preparó algo de comer para los dos. Nos pasamos una hora evocando recuerdos de Emma, como el día que se rompió el brazo derecho al subirse a una silla para decorar con un «Feliz cumpleaños» de cartón el salón para la fiesta de esa tarde. «Cuando perdió el equilibrio y quise sujetarla, lo empeoré todo, porque caí encima de ella contra otra silla. Estaba tan cerca de Emma que pude oír el crac del hueso», rememoró Sara. «¿Y se acuerda del día que regresó de Estados Unidos?», preguntó. «¿A qué se refiere?», dije, sin la menor idea. «Fuimos a buscarla los tres en una furgoneta de alquiler, porque traía tropecientos maletas. En casa quedaban todas sus amigas y amigos preparando la sorpresa, y después salieron a tomar algo por ahí. Usted no era muy partidario, porque decía que solo tenía dieciséis años, pero al final se lo permitió, y a las cuatro de la mañana la pobre apareció en mi apartamento acompañada de dos amigas. Estaba tan contenta por haber regresado que aquella noche bebió más de la cuenta y tenía miedo de llegar a casa en ese estado», confesó Sara. No sabía de qué me hablaba, así que no dije nada.

A las siete de la tarde cogí el coche y conduje hasta el centro. Lo dejé en el parking de Cano y Cueto y continué diez minutos andando hasta la calle Reinoso. Me pareció que me ayudaría a mantener la mente alejada de la sensación de ruina familiar verme con Ángela. Y así fue. No hablamos de Emma, ni de mi pena, ni de casi ninguna otra cosa. Solo hicimos el amor una vez, sin

júbilo, ensimismados, quizá pensando en qué íbamos a hacer una vez que acabásemos. Al finalizar seguimos en silencio, ocupando el centro de la cama, pero como si cada mitad se correspondiese a un hemisferio y ni siquiera hablásemos el mismo idioma. Me abstraí con la infinidad de detalles que se apreciaban en aquella habitación y que en otras citas me habían pasado desapercibidos. Estaba tan recargada que casi podía sentirme mareado. ¡Cómo era posible que hubiese tantas cortinas en una sola estancia! El sexo me dejó vacío, simplemente me desoló, sumiéndome en una tristeza abstracta que no remitía a la muerte de Emma, o quizá sí, pero disfrazada de fantasma. Propuse que nos fuésemos enseguida.

Dos días después llegó Virginia con los restos, y al siguiente celebramos un hermoso funeral con los amigos más cercanos en la iglesia de San José. Esos días y las dos o tres semanas siguientes fueron los peores momentos. No teníamos nada que decirnos. El divorcio creo que nos liberó, al menos al uno del otro. Nunca hubo gloria en aquel matrimonio, ni siquiera al principio. Hace un año que no sé nada de ella. Rompió con todas sus amistades en Sevilla y se mudó de ciudad. Nadie que yo conozca, que a su vez conozca bien a alguien que sea su amiga, ha podido decirme dónde vive. Fue una desaparición en toda regla. Nos divorciamos, tuve que darle buena parte de lo que tenía, porque lo tenía yo, ella no tenía nada, a cuenta de habernos casado en régimen de gananciales, y desde entonces fue como si se esfumase de la faz de la tierra. Pero, hasta el día en que me dijo que me dejaba, vivimos jornadas de un gran vacío. El peor día creo que fue la tarde, al mes de morir Emma, en que volvió a sonar el teléfono fijo, respondió Virginia y una mujer le dijo: «¿Está Emma Lasso?» Llamaban de la ONG África Directo, donde al parecer llevaban días tratando de localizarla.

LOS PERIÓDICOS NO SE LEEN POR ENCIMA

Aquel sábado llovió. No, no llovió, hizo buen día. Llovió el día anterior más bien. El verano se estaba acabando, o ya se había acabado en realidad, porque el verano se acaba siempre de repente, sin que una se dé cuenta. Se es consciente de ello solo cuando ya quedó atrás. El verano no va diciendo adiós, no avisa, digamos, de que llega a su fin y lanza besos con la punta de los dedos mientras el sol pone cara triste. De pronto, una se dice: «Caray, el otro día se acabó el verano y no lo vi.» El viernes, entonces, llovió bastante, y el sábado regresó el sol. Yo estaba leyendo una novelita detrás del mostrador. Creo que era un libro de Simenon. No, no era de Simenon, casi estoy segura de que era *La Chambre des morts*, de Franck Thilliez. En esa época me había dado muy fuerte por sus novelas. En mitad de la lectura entró un joven alto, moreno, muy guapo, que compró *Le Monde* y preguntó si tenía *El País*. Era la primera vez que lo veía. «¿*El País*, España?», pregunté para asegurarme de que sabía lo que pedía. Estoy cansada de atender a gente que no tiene ni idea de lo que busca. «Sí, claro», dijo. Hablaba con convicción, y con entusiasmo, quizá por la edad, como si aún no hubiese explicado sus ideas sobre la vida muchas veces sin que le hicieran demasiado caso. Se lo señalé en el portaperiódicos giratorio de la prensa internacional y devolví la vista a mi novela.

Me cuesta dar conversación a desconocidos. En cuanto tomo confianza soy una de esas mujeres a las que les explotan ideas en la cabeza continuamente y deben darles forma con frases para alejar de ellas el ruido. Me encanta hablar, preguntar, responder; en fin, no le di la menor oportunidad al joven, porque era desconocido. Me apetecía más leer. La novela me tenía atrapada por la corbata, si usase corbata. Cuando me pareció que había demasiado silencio en el quiosco, y que el chaval tardaba demasiado en acercarse a pagar, levanté la vista y ¿qué vi?, lo vi ojeando un periódico británico. Maldita sea, pensé. Creo que era el *Times*. Tal vez no era el *Times*. Tal vez ni siquiera era un periódico británico. Pero da igual. Se me calentó la sangre. «Chico, los periódicos no se leen por encima; se compran, y después si quieres los lees por encima, o como te dé la gana», le llamé la atención. No pretendí hablarle de malos modos, aunque pudo parecérselo. Yo soy así, muy directa, y quizá demasiado efusiva. «Tienes razón, lo siento», reconoció, y dejó el periódico en su sitio. Me sonrió. Casi me hizo sentirme mezquina, una de esas mujeres predestinadas a convertirse en una vieja cascarrabias. Pero solo fue un casi, y un casi se queda a menudo en casi nada, y al poco en nada.

«¿Qué lees?», me preguntó al acercarse al mostrador, sacando un puñado de monedas del bolsillo. La gente con muchas monedas en el bolsillo siempre me da un poco de pena, no lo puedo evitar. Mi teoría es que si tienes mucho dinero, llevas billetes, que son más ligeros. Si eres muy rico, ni siquiera llevas billetes, el dinero te sobrevuela como un fantasma. La riqueza es ligera, mientras que la pobreza pesa, porque todo se reduce a fastidiosas y plúmbeas monedas. Así que pensé que aquel muchacho era guapo, espabilado y pobre como una rata.

Cerré el libro, como dando un portazo, y le mostré la cubierta para economizar palabras. «Ah, es buenísima», afirmó con emoción. «¿La has leído?», pregunté escéptica, vagamente interesada. «El año pasado. Y *Deuils de miel* todavía es más buena. ¿La conoces?» Negué con la cabeza. A ver si iba a ser un listillo. Le pregunté si vivía en el barrio, porque su cara no me sonaba. A veces encuentras caras así, perfectamente desconocidas, familiares en su forma de resultar forasteras.

Lyon está lleno de muchachos guapos, y a partir de cierto número a mí me parecen todos iguales. «Soy nuevo. Mis tres compañeros de piso y yo acabamos de mudarnos aquí. Vivimos justo enfrente», y señaló a través de la puerta al edificio donde estaba la tienda de Jacques Loury. «En el primero», precisó. Qué interesante, pensé en voz alta. «¿Conoces la historia de ese piso?», me preguntó, pareciendo más listo que yo. «Que si la conozco, dices. La conozco mucho mejor que cualquiera que vaya a vivir nunca ahí», le advertí. Antes de que Philippe Lindon se ahorcase era ya un vecino célebre. Fumaba cuatro paquetes de Gauloises al día, y tosía cada treinta segundos. Para mí aquella tos era tan famosa como la *Novena sinfonía* o la Torre Eiffel. Algunos días, cuando se asomaba a fumar a la ventana del salón, y había bastante silencio en la calle, podía oírlo desde el interior del quiosco. «Durante años, lo vi todos los días. Sus padres fueron cantantes de ópera, y Philippe durante mucho tiempo se dedicó a la composición. Creo que no estaba bien de la cabeza. Yo vi cómo unos días después de que encontrasen su cadáver sacaban su piano de cola por la ventana del salón. Menudo espectáculo. Todo lo que ocurre a cierta altura del suelo se vuelve agradable a la vista. Fue como retirar otro cadáver. Pero hacía tiempo que ya no componía. Estaba enfermo. Decían que era esquizofrénico o yo qué sé», le conté.

Me parecía que estaba hablando demasiado con aquel desconocido. «¿Y tú cómo te llamas?», pregunté. «Paul Madiot», dijo, y me explicó que estudiaba en la Escuela Nacional de Bellas Artes, que antes vivía en la rue Roger Salengro, pero que se había mudado con unos estudiantes extranjeros. Quiso saber más de Lindon. Le conté que se sentaba a menudo en la terraza del Boston Tavern, en la place des Terreaux. Recibía una pensión que, seguramente, se gastaba en comer y fumar. No tenía hermanos, solo primos y tíos. Para fumar como él había que cuidarse, evitar los hobbies, renegar de los paseos, llevar una vida sedentaria. No hablaba demasiado. Algunos días bajaba al quiosco y compraba *Cahiers du Cinéma*. Yo abro muy temprano el quiosco, y cuando vivía, es decir, cuando vivía él, lo veía en la ventana, tosiendo, cuando yo llegaba a las seis de la mañana. Me saludaba con la mano, como desde un barco que se va. Un día que estaba yo delante, la señora Garcia, la de la panadería, le preguntó, por darle conversación, por qué fumaba tanto, y Lindon subió y bajó los hombros y dijo: «Porque se me da bien.» Entre sus dedos, los cigarrillos se volvían menos nocivos de lo que son. Aquella constancia suya, encendiéndolos, fumándolos y pisándolos, por momentos significaba una declaración de amor. «Los cigarrillos son malos, por eso son buenos», le oí decir un día. «A lo mejor se suicidó para no tener que morir de un cáncer de pulmón. Eso sí que sería una derrota», le dije a Paul, que al fin se decidió a pagarme los periódicos y se marchó.

El sábado siguiente, o no, quizás no fue el sábado sino el domingo siguiente, Paul regresó con una amiga española, que me presentó como Emma, una de sus compañeras de piso, y cuando estaban haciendo girar los portaperiódicos y decidiendo qué diario llevarse, entró en el quiosco un chico monísimo, que no vivía con ellos, dijeron, pero que era su amigo. Se llamaba Didier Hinault. ¡Eran una pandilla de malditos guapos!

Yo siempre asocio Hinault a Bernard, el ciclista, como si todos los Hinault fuesen parientes suyos. Pero no, su padre era el Hinault de Unión por un Movimiento Popular. Dominique Hinault. Pasó mucho tiempo hasta que un día por fin lo conocí. Ya habían muerto los chicos, su hijo incluido, y una mañana, muy temprano, apareció en el quiosco. Fue hace seis meses. Yo había sobrevivido a un infarto de puro milagro. Quizá puedo contarle porque me encontraba en el quiosco cuando me desplomé y a los pocos segundos Loury entró a buscar *Libération*. Después de aquello aprendí a vivir ligera de equipaje y a ser más directa. No tenía familia ya, y me sentí mejor regalando mis posesiones más importantes a mis mejores amigos, como acabé haciendo

cuando creí que había llegado el momento con mi coche, que había heredado de mi padre, y con algún que otro objeto más solo con valor sentimental.

Para entonces, cuando entró en el quiosco, y yo era una mujer nueva, y más vieja, Hinault había presentado una sonada dimisión, en protesta por los escándalos de su jefe Nicolas Sarkozy. «Tenía que haber venido antes», me reconoció. «Mi hijo me hablaba de vez en cuando de usted», añadió. «Sé que los ayudó.» Estuvimos charlando un rato, y antes de marcharse se compró cuatro o cinco periódicos y me dejó su tarjeta, «por si un día puedo hacer algo por usted». Todavía la tengo en la cartera, aunque no sé para qué necesitaría yo recurrir al señor Hinault. Qué favor podría pedirle, me pregunto a veces, y no se me ocurre nada.

Al mes y medio de mudarse, a aquellos chavales los conocía y quería medio barrio. Tardé solo tres semanas en ir a cenar a su casa. Lo primero que me enseñaron fue la lámpara en la que se había ahorcado Lindon. Era una preciosidad. Ojalá colgase en mi casa. Se tomaban a broma aquella circunstancia. Eran demasiado jóvenes, así que cómo no hacerlo. Luca, quizá el chico más organizado que haya visto nunca, cocinó un plato de pasta con el que, si me pongo, todavía sueño. Cenamos espaguetis. Luca, que poseía una curiosidad insaciable, me preguntó si sabía de dónde venía exactamente mi apellido, Dubois. «La primera Dubois de la que oí hablar fue Blanche Dubois, la protagonista junto a su cuñado Stanley Kowalski de *Un tranvía llamado Deseo*. Era una dama del sur de los Estados Unidos con delirios de grandeza, ¿no?»», dijo.

Yo había oído a mi padre contar que los primeros Dubois eran originarios de España, pero nunca me interesé por esa circunstancia. Mi padre, en todo caso, era estadounidense, y mi madre parisina, que a veces parece una cosa distinta a ser francesa, porque tienes que ser demasiado francesa, no basta con serlo a secas. Luca quiso saber más de mi vida, y como ya nadie era desconocido para nadie, me puse a hablar y a hablar, y les conté la historia de mi padre, un soldado que participó en el desembarco de Normandía y que formó parte del mismo regimiento que J. D. Salinger, el duodécimo de Infantería, en la segunda oleada de la playa de Utah, el 6 de junio. «En esos días, de los 3.100 soldados que formaban aquel regimiento, 2.500 causaron baja. Lo peor, según mi padre, no fue el desembarco en sí, sino los setos que rodeaban los *bocages*, tan típicos de Normandía», les conté. Después de eso él y Salinger volvieron a sobrevivir juntos, ya en la cuarta división, a la batalla en el bosque de Hürtgen, en la frontera belga-suiza, donde los nazis infligieron una terrible derrota a los norteamericanos. Mi padre decía que salir vivos de ahí sí que fue un milagro. La cuarta división tuvo un doscientos por ciento de bajas. Morían tantos soldados de reemplazo como bajas se cubrían. «Y si alguno de vosotros se lo está preguntando, sí, es cierto que Salinger llevaba consigo los primeros capítulos de *El guardián entre el centeno*. Mi padre me aseguraba que lo vio muchas veces tomando notas.»

Fue una cena maravillosa. Cuántos recuerdos. Amaba a aquellos chicos como si fuesen mis hijos. Yo no los tuve, y cuando los conocí a ellos estaba a punto de cumplir los sesenta años. Soy una mujer viuda, pero hace tanto tiempo que por entonces ya no recordaba que lo era. Mi marido murió al año de casarnos, antes incluso de morir mi padre y unos años después mi madre. Contrajo una hepatitis y, después de quince días ingresado en el hospital, falleció. Su recuerdo, al lado del de mis padres, se fue diluyendo, hasta ser solo el día de la boda, y antes el día que nos conocimos, y el que me pidió una cita, que en todo caso empezaban a ser solo fechas. A la muerte de mi madre, traspasé la galería de arte, liquidé lo que correspondía a sus dos empleados, y me tomé un tiempo para decidir hacia dónde quería dirigir mi vida, hasta que se me ocurrió vender periódicos y revistas. Al final, decidió el azar. Obviamente, yo nunca quise ser quiosquera. Por ejemplo, Maryse Garcia, la panadera, decidió a los cinco años (¡a los cinco años!) que se

convertiría en lo mismo que sus padres, que a su vez habían continuado con la vocación de panaderos que les habían transmitido los suyos. Cuando formas parte de una saga, aunque sea de panaderos o de enterradores, tu ambición solo puede ir en una dirección. Yo no creo en las sagas, supongo. No fui a la universidad. En el 71 cumplí la mayoría de edad y me revelé contra esa institución, lo que me obligó a desempeñar toda clase de trabajos. Por supuesto, al principio me empleé en el negocio familiar, que nunca me gustó. Era mala para el negocio y este era malo para mí. Nos aborrecíamos mutuamente. Ni siquiera podría decirse que fuese una consumidora de periódicos, aunque sí los leía en los cafés. Pero entonces, a los pocos meses de la muerte de mi madre, cuando ya había traspasado la galería por una muy buena cantidad, pasé ante un local de la rue Romarin con un cartel que decía «Se alquila». Eran una calle bonita y un local vistoso. Me quedé un rato ante él, pensando qué podría contener. Camino de casa, sobre la marcha, se me ocurrió que sería el sitio perfecto para un quiosco de prensa, un buen quiosco de prensa, nacional e internacional, con todas las revistas, que atrajese a gente de todos los estratos sociales. Y así empecé. Hasta que un día apareció Paul Madiot, y en los siguientes todos sus compañeros.

Nos hicimos tan amigos que en mi quiosco había una llave de su piso permanentemente, porque de vez en cuando alguno de ellos se olvidaba las suyas, o las perdía, y algunos días no tenía quien le abriese. Todavía la guardo. La llevo en el cuello, en una cadena, junto con una cruz de oro de mi padre. Es una llave muerta, que no abre ninguna puerta, salvo la del recuerdo. Así nunca me olvido de ellos. El edificio tuvo que ser derribado y se levantó de nuevo, pues estaban dañadas sus partes estructurales. Ahora, en el piso de los chicos vive un matrimonio con su hija pequeña, y la puerta tendrá una cerradura nueva. No los conozco más que de vista. No compran periódicos, o no los compran en mi quiosco, para ser más exactos. Por los vecinos de al lado, con los que sí me trato, sé que la mujer es consultora y su marido dueño de una agencia inmobiliaria. Ese matrimonio y su hija pequeña fueron los últimos en ocupar el edificio. Ahora mismo no hay ninguna vivienda vacía. Hasta se alquiló el piso en el que tenía su consulta el doctor Favreau, el neurólogo.

La última vez que visité el piso, con los chicos, fue un viernes, cuando organizaban sus famosas fiestas. Fue el viernes anterior a que muriesen. Miento, fue dos semanas antes. Me acuerdo bien porque el viernes anterior a la explosión vino Gianna a visitar a su hermano Luca desde Estados Unidos y el resto de los chicos se marchó de excursión. No sé en qué ciudad vivía Gianna, Boston, Nueva York, a lo mejor no era ninguna de esas, sino Washington. El caso es que hizo coincidir sus vacaciones para viajar a Europa y estar con Luca en el día de su cumpleaños, el 1 de mayo.

Dos semanas antes de la explosión, pues, acudí a cenar con ellos. Esa noche cocinó Anouk, la más alocada de todos, con su ropa de mil colores, y sus rastas, y reivindicando su origen rural, y hablando de sus padres, que tenían una explotación agraria enorme. Cenamos bien, pero no sé qué cenamos. Me divertí y me distraje tanto que lo olvidé. Ilka tocó un poco su guitarra, aunque casi tuvimos que rogárselo de rodillas. No valió de nada que también se lo pidiésemos a Emma, que había estudiado música durante años, y había llegado a tener un piano en casa, y también sabía, o quizás supo y ya no, tocar la guitarra. Con el tiempo, sin embargo, había aborrecido hacer música y se limitaba a escucharla. Ilka empezó con unos acordes de «Hotel California», que aplaudimos, y como si de pronto se animase, se puso a tocar «Highway to Hell», y todos se volvieron locos, dando saltos y haciendo que tocaban guitarras imaginarias. Después de eso Emma le pidió que, por favor, por favor, por favor, no dejase aún la guitarra en su sitio y tocase «Smells Like Teen Spirit», de Nirvana. Pensábamos que iba a decir que no, que ya estaba bien, que nos daba una mano y reclamábamos el brazo entero, pero al fin consintió en ese capricho. Fue la última canción.

Se acabó, seguramente se acabó para siempre, ya que estoy casi segura de que fue la última vez que tuvo en sus manos el instrumento.

Pasó a los pocos días algo curioso con esa guitarra. Yo conseguí reabrir el quiosco cinco días después de la explosión. Tuve que cambiar la persiana. Intenté que me la arreglasen a toda costa, porque Paul había hecho un dibujo en ella, pero estaba demasiado dañada. El día de la reapertura, que lo tuvo todo de triste y raro, entró a buscar *Le Monde* Juliette, la hija de Camille y Ricard, el matrimonio que vive justo encima del quiosco, en el primero. Juliette trabaja en la Biblioteca Municipal, en el boulevard Marius Vivier Merle. Es la persona que me recomienda casi todos los libros que leo. Ella misma me los trae de su biblioteca. Me contó que sus padres, cuando la explosión, se encontraban en Niza, disfrutando de unos días de descanso. Ese viernes no pudo pasarse hasta las nueve y media de la noche a regar las plantas de su padre. Algún día diré qué opino de la gente que espera a su jubilación para hacer cosas tan absolutamente normales y casi tontas como tener plantas en casa. ¡Pero qué clase de vida llevaron hasta ese día!

A las diez, cuando acabó de regar, y después de recoger el correo en el buzón, Juliette se marchó a su casa. Más o menos una hora después, explotó el edificio de enfrente. El sábado no se atrevió a regresar, y sus padres, además, la disuadieron, pero el domingo sí. Me contó que los destrozos se concentraban en el salón. La onda expansiva había cambiado los muebles de sitio, arrancado las lámparas, roto aquello que era de cristal o cerámica, y convertido el suelo en un gran caos donde se mezclaban libros, discos, cuadros, cojines, cuberterías, películas, revistas. No había un solo objeto en su sitio. Incluso una silla del salón había aparecido en el dormitorio de invitados, hecho que me trasladó con gran perplejidad, porque significaba que la silla había salido del salón, girado a la derecha, recorrido un metro y entrado en el dormitorio. Casi merecía la pena escribir una novela detectivesca con semejante enigma. Esa, con todo, no fue la imagen que más la impresionó. Al adentrarse en el salón, con miedo a lo que se pudiese encontrar, se quedó petrificada cuando descubrió una guitarra eléctrica clavada en la televisión, como la flecha de un indio. Era la guitarra de Ilka.

A veces en la vida todo ocurre o deja de hacerlo por muy poco, ese poco puede ser un minuto, unos metros, un cambio de idea repentino. Y una insignificancia semejante te salva o te mata. Solo poco después de que Juliette hubiese regado las plantas y abandonado la casa, yo misma estuve a punto de acudir a la rue Romarin. Vivo en place Sathonay, encima de la farmacia, a cinco minutos del quiosco, en el que me había olvidado el libro que estaba leyendo esos días. Se trataba de *La reina en el palacio de las corrientes de aire*, de Stieg Larsson. Me tenía atrapadísima, no podía dejarlo. ¿Sabes cuando una cosa importante pasa a un segundo plano porque te interesa algo que no tiene relevancia? Había descubierto a Larsson un poco tarde, pero en veinte días devoré la trilogía. Estaba a punto de irme a la cama. Ya me había cepillado los dientes, fregado los platos de la cena y, desde luego, puesto el pijama, cuando me di cuenta de que me había olvidado el libro en el quiosco. Qué disgusto. Yo no puedo dormir si antes no leo media hora. Son quince páginas, dependiendo del cuerpo de letra, que actúan como somnífero. Las leo y entonces disfruto de un sueño plácido y de un tirón. Necesito que sea así, porque me levanto a las cinco de la mañana. No me faltó nada, nada, para salir hacia el quiosco. Llegué a calzarme unas zapatillas de deporte, porque hubiese ido en pijama, pero al final me arrepentí. Ya tenía experiencia suficiente para saber que esos cinco minutos que hay de distancia entre un punto y otro en la práctica se convierten en veinte. Hay que prepararse, salir de casa, llamar al ascensor, esperar, salir a la calle, respetar los semáforos, llegar, subir la persiana, encender luces, encontrar el libro, bajar la persiana, otra vez la calle, los semáforos, el ascensor, desvestirse. Son las impurezas de la vida,

que carecen de todo valor, pero que arrastras contigo y lo ralentizan todo hasta el hastío. No, me dije, no voy a ningún sitio. Me metería en la cama y leería un cuento. Fue lo que hice. Cogí un libro de Raymond Carver, o quizás uno de Hemingway, no puedo recordarlo, y leí un cuento al azar, uno de quince páginas.

Mi sueño es profundísimo, es como si cayese al centro de la tierra, o al fondo del océano Atlántico, adonde no llegan los ruidos humanos ni la claridad. Nada me despierta, ni siquiera una explosión a unos pocos cientos de metros de mi casa. A las cinco de la mañana me despierto yo sola, de modo natural, sin ayuda. Pero a las cinco de la mañana, no antes. Nada que suceda a mi alrededor a las once, las doce, las dos o las cuatro me afecta. Llevo treinta y cinco años levantándome a la misma hora, un día, y otro, y otro, y otro. Todos. Los domingos no tendría que madrugar tanto, pero aun así me despierto sola, sin ruidos, a las cinco. Eso no cambia. Cuando adquiere un hábito, el cuerpo humano se comporta como una máquina. Yo programo tres despertadores cada día, por si acaso, pero nunca permito que suenen. Me despierto dos minutos antes y los apago. Solo sonaron una vez, y para eso no consiguieron despertarme. Fue la única mañana que no pude abrir el quiosco porque me puse enferma, con cuarenta grados de fiebre. Yo soy una mujer de hierro, fortaleza que supongo heredé de mi padre, que recibió tres balas y ninguna lo mató. Una en el desembarco de Normandía y una en los bosques de Hürtgen. La tercera se la metieron después de la guerra, en un altercado, y no le hizo nada, ni siquiera se la quitaron.

Cuando aquel 7 de mayo saltó por los aires el edificio debía de hacer diez minutos que me había quedado dormida. No me enteré de nada, y a las cinco de la mañana me levanté como si nada. Me preparé un zumo de cuatro naranjas, una tostada con aceite y después café, mucho café. Me puse a pedalear durante veinte minutos en mi bicicleta estática y encendí la televisión. Me paso los días entre periódicos y revistas, pero las primeras informaciones de la mañana me llegan a través de la televisión, mientras pedaleo. Nada más encenderla, y poner France 2, vi un plano de la persiana metálica de mi quiosco, destrozada, y a su alrededor un gran caos de escombros, entre una nube de polvo que parecía permanente, como esos mantos de contaminación que cubren las ciudades con mucha industria. Dejé de pedalear y me bajé de la bicicleta como una sonámbula. No podía ser, me dije. Qué significaba aquello. El presentador del informativo estaba hablando de una explosión en el centro de Lyon, en la rue Romarin. ¡Qué horror! El plano fue girando de un lado de la calle al otro, y entonces aprecié el desastre en toda su dimensión: el edificio de enfrente había saltado por los aires. Era un fantasma sin sábana. No se dejaba mirar fácilmente, quizá porque aprender a lidiar con espectros requiere aprendizaje. No había fachada. Hablaban de víctimas, pero no de cuántas, y tampoco de quiénes. También decían que habían rescatado al menos a un superviviente de entre los escombros. Lo peor estaba en la primera planta. El presentador informó de que la explosión había tenido lugar en torno a las once de la noche, por causas que todavía se desconocían.

Qué se suponía que tenía que hacer. Me quedé paralizada durante un buen rato. Era obvio que ese día no podría abrir el quiosco, de hecho no tuve periódicos que vender porque los repartidores no pudieron entregarlos. Pero ¿iba a permanecer en casa? Me devoraban los nervios. Tomé la determinación de acudir al quiosco, o hasta donde me permitiesen pasar. No me duché y me vestí todo lo rápido que pude. Tal y como cabía esperar, cuando alcancé la rue Romarin, a las seis menos cuarto de la mañana, me impidieron seguir. La desesperación no te deja a veces discernir entre las cosas inteligentes y las estúpidas, estás sola con lo que se te ocurre en ese momento, casi siempre idioteces, y a mí se me ocurrió llamar por teléfono a los chicos. Pero sus móviles ni siquiera daban línea. Yo creo que tenía claro que habían muerto, y que seguramente

habría más víctimas, porque los viernes era el día que organizaban fiesta por la noche, pero ¿sabes cuando debes imaginar escenarios en los que quepa una mínima esperanza y solo acabas por engañarte a ti misma, hasta no saber ya qué tiene sentido y qué no? Me situé en ese borde por mera desesperación, por amor a los chicos, que con el tiempo se habían convertido en lo más parecido que tenía a una familia.

Me figuré que si las autoridades no facilitaban el número de víctimas era porque debía de tratarse de muchas y aún no se habían recuperado todas. Una masacre. Me fui de nuevo a casa y permanecí pegada a la radio y la televisión. Al fin, a media mañana, entendí que los servicios de rescate habían recuperado cinco cadáveres y un superviviente de la primera planta, además de muchos restos de lo que podían ser dos o más cuerpos; en la segunda no había nadie dentro en el momento de la explosión, y en la tercera y cuarta no se registraron heridos de gravedad. En los edificios cercanos algunos vecinos habían sufrido cortes por la rotura de ventanas. Fue un milagro que en el momento de la detonación no hubiese nadie en las inmediaciones de la calle.

Por la noche, anunciaron los nombres de las víctimas: Emma, Luca, Ilka, Anouk y Didier. Era todavía peor de lo que me había figurado. Se había salvado Paul, aunque no precisaban su estado. También se daba por muertos a Adel y Calise. Rompí a llorar como si fuesen mis hijos. Es que eran mis hijos. Llevaba media vida sola, pero nunca me había sentido así hasta esa noche. Ser solitaria y estar sola son quizá las ideas más opuestas que existen. Me eché en el sofá y me cubrí con una manta abrazada al marco de una fotografía en la que estábamos los siete, los chicos y yo, en las puertas del quiosco, unas semanas después de las vacaciones de Semana Santa. Yo estaba justo en el medio, y todos habíamos salido exageradamente sonrientes, inmunes a las incertezas del futuro, y guapos, sobre todo guapos. Transmitíamos tanta alegría que en ese momento, cuando tomé el portarretratos y me lo llevé al sofá, sentí que aquel día de abril, reunidos a las puertas del quiosco, mientras Jacques Loury salía de su tienda para hacernos la fotografía, solo era una ficción. Pero con el tiempo una descubre que las ficciones, las que genera la comunidad y también las que construye uno mismo, ayudan a vivir.

Por desesperación, el domingo a media mañana tomé un autobús al Hospital de la Croix-Rousse. No sabía si Paul estaría ingresado allí, solo me pareció lógico, porque era el más próximo. Tuve suerte y no necesité hacer ninguna averiguación, porque a unos pocos metros de la entrada principal vi fumando a Yvonne, la madre de Paul. Me la había presentado su propio hijo. Su estilo era inconfundible, por su elegancia, que a las puertas de un hospital sobresalía más todavía, y por su peinado con corte *pixie*, al estilo de la musa de la Nouvelle Vague, Jean Seberg. Yo ni siquiera tengo un estilo, y mi pelo es largo, oscuro, pero ella también me reconoció enseguida apenas le hablé. Fumó dos cigarrillos prácticamente seguidos. Tal vez fueron tres. Me contó que a Paul le habían salvado el brazo izquierdo. «En las primeras horas temimos que hubiese que amputar», dijo con una franqueza que me sobrecogió. El brazo izquierdo de Paul equivalía a la cabeza en una persona como yo. Esa tarde, o al día siguiente, le practicarían una segunda intervención. «Tiene daños muy importantes en varios nervios del brazo, pero vamos a ver», añadió, sin aclarar si había o no que albergar esperanzas. No me atreví a preguntar nada. Hablamos un poco de los otros chicos, hasta que descubrió que iba a fumarse su último cigarrillo e hizo una bola con el paquete de tabaco, y después me dijo que tenía que entrar. Le pedí que, en el momento en que él se encontrase consciente, y tranquilo, le diese un fuerte abrazo de mi parte.

Los días posteriores se me hicieron rarísimos, primero porque yo no estaba acostumbrada ya a una tristeza así, en la que algo que quieres te es arrebatado de modo violento. Recuerdo que cuando murieron mi padre y mi madre la tristeza fue limpia, lisa, sin la brutalidad de lo

inesperado. Y también con mi marido. Sabía que iban a morir, y estaba preparada. Mi padre murió a los sesenta y siete años, después de participar en una guerra y ver cosas horribles en los campos de concentración nazis, cuando fueron liberados, que a mí nunca quiso contarme. Y, pese a todo, supo empezar de nuevo, reconstruirse, inventar una o dos vidas nuevas, después de elegir Francia como el escenario de esas vidas. Solo una vez, cuando ya se había casado con mi madre y había nacido yo, aceptó volver a New Jersey para hacerse cargo de las cosas de su madre. Sus dos hermanos, miembros de la marina, habían fallecido en la campaña del Pacífico. Mi madre y yo lo acompañamos y pudimos conocer las calles donde creció, sus colegios, las viviendas en las que su familia fue encontrando cobijo en cada época. No resultó difícil vender la casa de su madre, con la que se quedó un matrimonio vecino, y cuando se desprendió de pertenencias sin valor, salvo algunas cartas, y ya no había nada en New Jersey que lo atase, pasamos seis días maravillosos en Nueva York. Yo tenía cinco años. No, tenía ocho, por eso recuerdo tantas cosas de aquel viaje. Regresamos en barco, en otra aventura única, y durante una época seguimos viviendo en París. Mi madre trabajaba de vigilante de sala en el Louvre, y mi padre en una pequeña fábrica de puertas. Cuando cumplí once años dejamos París para siempre y nos vinimos a Lyon, persiguiendo el sueño de abrir un negocio de marcos y molduras de obras de arte que con el tiempo se convirtiese también en galería.

Me seguí levantando a las cinco de la mañana, como si fuese a hacer lo de siempre y a encontrarme con las personas de todos los días, pero cuando era consciente de la realidad, y constataba que ni siquiera podía dirigirme al quiosco y nunca me encontraría con las personas que más quería, todo se teñía de marrón. Es el peor color que hay. Infinitamente peor que el negro, que al menos sirve para vestir. Pero ¿una camisa marrón, un traje marrón, un día marrón? ¿De dónde saqué los ánimos? No los saqué porque no los tenía, pero descubrí que también se vive sin ánimos, y que, de todas formas, siempre habrá alguien que tenga menos ánimos que tú. En la vida, una se caía y se levantaba, se caía y se levantaba, como una forma de inercia. El martes por la tarde, en la place du Change, escapando quizás de los sitios que me recordaban a los chicos, distinguí a la madre de Emma, Virginia, en compañía de la madre de Luca. A Silvina la había visto solo una vez, durante unos minutos, no hacía mucho. Tenía un cabello tan oscuro, y una piel tan morena, y unos ojos azules que heredó Luca, y una sonrisa tan permanente que me fue imposible olvidarlos.

No había nada de que alegrarse, pero a veces coincidir en la tristeza con caras conocidas, y casi olvidadas, como debía de ser yo para ellas, produce un inesperado consuelo. Nos abrazamos y no fuimos conscientes de que llorábamos hasta que las tres lo hicimos al mismo tiempo. Nos refugiamos en un banco, de espaldas al río Saona. Recuerdo bien el día que conocí a Silvina. Fue durante aquel febrero. Más bien fue en marzo, sin duda, cuando acudió a visitar a Luca. Se trató de la primera y única visita. Luca la llevó al quiosco. Entonces me pareció una mujer jovial, divertidísima, que se reía sin querer. Me llamó la atención su juventud. Tenía una hija cuatro años mayor que Luca, y aun así me pareció una madre jovencísima. Pero de pronto, dos meses después, le habían caído veinte años encima.

Una madre puede verlo y resistirlo todo menos la muerte de un hijo. Es un atentado contra la razón y contra la vida. Bajo aquellos árboles, Silvina era una sombra de mujer. Apenas hablaba, y no asentía ni negaba con la cabeza, era un busto de bronce. «No sé qué voy a hacer ahora..., morirme», dijo, aventurando una salida que en su voz sonó casi lógica.

Creo que al principio no acabó de reconocermelo. Me aceptó como alguien vagamente próximo, porque le hablé con familiaridad. «Soy Hannah, la quiosquera», dije cuando intuí su extrañeza.

«Ohh, el quiosco», exclamó al fin, pareciendo casi alegrarse, pero no era alegría. O era una alegría muerta. Luca y yo habíamos llegado a un acuerdo en febrero para que dos sábados al mes atendiese el quiosco, entre las once y la una, y que yo pudiese acudir a las clases de pilates a las que me había apuntado recientemente. Otros dos sábados me sustituía Emma. En realidad, mi idea era contratar a alguien, pero cuando lo comenté durante una cena que organicé en mi casa, ambos se mostraron interesados en ganar algo de dinero. Al poco, Emma tuvo que renunciar, porque empezó a trabajar en Le Bal des Ardents.

Silvina y Virginia contaban con que aquel día las autoridades las autorizarían a llevarse por fin los cuerpos de sus hijos a casa. «Es como tener una herida abierta que no deja de sangrar», dijo Silvina, que no había querido acudir al Instituto Forense a reconocer a Luca. Tenía miedo de recordar a su hijo así, muerto, desfigurado. Esa fue la última vez que la vi. Menos casualmente, un año y medio después volví a encontrarme con Virginia, cuando regresó a Lyon. Ya se había divorciado y era una mujer rehecha a medias. Quizás ya era mucho. A medias es poco, pero una madre sin hija se aboca a vivir las cosas por la mitad, porque le faltará siempre la otra parte. Estaba de vuelta en la ciudad invitada por el Ayuntamiento, que tras la reconstrucción del inmueble iba a homenajear a los chicos descubriendo una placa al pie del edificio.

El miércoles, cuando las familias recibieron los cuerpos de sus hijos y emprendieron el regreso, a media tarde sonó el timbre de mi casa. Yo contaba con reabrir el quiosco el jueves. Había hecho instalar una persiana y un toldo nuevos. La normalidad se toma tiempo en recuperarse. Para que algo sea otra vez normal, y tan rutinario que el futuro se parezca al pasado, o se mezclen, que es el secreto de la tranquilidad, el esfuerzo debe ser mayúsculo. Me levantaba de la cama para hacer cosas que no había hecho antes, como dar paseos sin ninguna intención, ni siquiera la de pasear, pero me arrastraba a ello una espantosa ansiedad, que se aquietaba solo si a su alrededor el tiempo, y yo de paso, parecíamos movernos.

Abrí y me encontré con un hombre y una mujer vagamente sonrientes, y sin embargo severos, ambos con el pelo corto, y delgados a la vez que fuertes. Ella vestía un pantalón vaquero y una camisa azul, sin remangar, y llevaba las gafas de sol enganchadas en el escote, y él un vaquero más claro, zapatillas de deporte y una camisa de otro tono de azul, remangada por encima de los codos. Tenía los brazos peludos, como esas paredes cubiertas de musgo en las que no da el sol.

Pertenecían a la policía judicial. Se presentaron por su nombre, que ya no recuerdo. ¿Pierre y Béatrice? ¿A lo mejor Clément y Astrid? No importa. Fueron tan educados que sus nombres se volvieron innecesarios, se diluyeron en sus atenciones, y en lo bien que olían ambos. Querían hablar conmigo, me explicaron, y que yo me encontrase lo más cómoda posible. «Podemos venir en otro momento, si lo prefiere», dijo el hombre. «Ni hablar, ya que se han tomado la molestia de venir ahora», dije, y me aparté para dejarlos pasar.

No soy ni ordenada ni desordenada en un grado considerable. En mi casa se alternan el orden y el desorden, quizás como en la mayoría de las casas normales, si las hay. Digamos que son dos estados que se turnan para gobernar. No puede existir solo uno de ellos. Sería una vida caótica o, al contrario, organizada hasta un punto insoportable. Me tranquilizó que, al hacerlos tomar asiento en el sofá del salón, se hubiese dado la casualidad, porque solo fue eso, de que por la mañana, antes de salir de casa, hubiese colocado algunas cosas en su sitio y pasado el aspirador. Les ofrecí tomar algo: café, Coca-Cola, agua con gas, cerveza. Me dieron las gracias y rehusaron. «¿Y un cigarrillo de marihuana?», bromeé. Se rieron, pese a estar de servicio.

La mujer asumió la voz cantante. No querían hacerme perder demasiado tiempo. «Sabemos que tiene intención de abrir mañana su quiosco», dijo, a lo que yo asentí. Querían saber si en las

fechas anteriores a la explosión había advertido en Adel y Calise algún tipo de comportamiento que se saliese de lo común. Tal vez los hubiese visto acompañados de alguien a quien no reconocí, o atareados en algo que no fuese lo habitual, y en ese momento no le concedí importancia. «Ahora podría tenerla. Piense, por favor», me pidió, mientras intentaba acomodarse los pantalones, en un esfuerzo baldío por que no pareciese que mi sofá era incómodo y engullía a las personas y su ropa.

Me tomé algunos segundos para meditar sobre ello. ¿Podía haberlos visto en alguna situación llamativa o desusada? ¿Eran menos normales de lo que a simple vista hacían creer? ¿Quizás hacían pasar por circunstancias comunes situaciones extraordinarias? Me costaba ver nada atípico en las actividades corrientes. ¿Era raro aparcar el coche encima de la acera, durante unos minutos? ¿Y cargar algunas veces con las bolsas de la compra en la mano, como si fuesen camellos? ¿Qué había de excepcional en vestir camisa de manga larga en verano? ¿Y en usar siempre ropa oscura, como hacía Calise?

Expliqué a Clément y Astrid, si es que se llamaban así, que veía mucho más a Adel que a su mujer. Él era un hombre madrugador, aunque no tanto como yo, y a las ocho menos cuarto, de camino al trabajo, se detenía habitualmente a comprar el periódico. Se llevaba *Le Monde*. De vez en cuando también compraba *L'Équipe*. Ninguna de las dos cosas tenía nada de extraño. Era educado y afable, pero no hasta puntos demasiado obsequiosos, lo que podría parecer raro porque el mundo tiene cada vez peores modales. «No ojeaba un periódico si no iba a comprarlo», destaqué. Ese detalle, al que a lo mejor yo concedía más importancia de la que tenía, me servía para catalogar a la gente. Si les llamaba la atención por hacerlo, su reacción me daba la medida del tipo de personas que eran. Adel impartía clases en el Lycée Lumière, detrás del cementerio de la Guillotière. Habitualmente caminaba hasta el Hôtel de Ville y tomaba el autobús C 14, después se bajaba en Part-Dieu Vivier Merle y caminaba hasta Part-Dieu Villette, donde cogía el tranvía, línea 4, que lo dejaba casi enfrente del Lycée Lumière. Algunas tardes, al cerrar el quiosco, lo veía bajarse del 14. ¿Por qué sabía todo esto? No lo sabía, pero era el modo lógico de ir al Lycée Lumière, el que había. También se me ocurrió que quizá él mismo me hubiese dicho alguna vez que iba así.

Precisé que mis horarios de apertura eran de siete y media de la mañana a una y media, y de tres y media a cinco y media de la tarde. Aunque yo llegaba al quiosco un poco más tarde de las seis, pues antes de abrir debía ordenar la prensa y hacer los repartos entre algunos negocios del barrio, así como entre suscriptores.

Ciertos días, sin una pauta, al menos a mi entendimiento, Adel añadía al periódico revistas de viajes o conocimientos. Los fines de semana se llevaba la prensa con todos sus suplementos literarios. Se los reservaba. Tenía indicaciones, cuando no estaba, de guardárselos hasta que apareciese. Su mujer acudía con menos frecuencia, aunque era igual de considerada. Pero, por circunscribirme a las últimas fechas, dije que no había visto nada especial. El viernes de la explosión, Adel entró en el quiosco y se llevó *Le Monde*. Ese minuto fue todo lo que coincidimos. Fue nuestra despedida, por decirlo así. Tres días antes, me crucé con Calise en el Carrefour Express de la rue Paul Chenavard, detrás del Museo de Bellas Artes. Eran las seis de la tarde. Yo solo tenía que comprar queso. No, queso no, leche desnatada. Entré con prisa y salí con prisa, no sé por qué, porque no iba a ningún sitio. Es decir, había quedado con dos amigas, pero una hora después, e iba muy bien de tiempo. A mí siempre me parece que el mundo se acaba y que no puedo entretenerme. Calise llevaba un carro hasta arriba de artículos, pero eso era normal. En un supermercado todo es común. Si llevas un carrito vacío eso resulta igual de normal.

En un momento dado, el policía tosió un par de veces, tal vez para salir del atolladero al que los había conducido con mi información inocua. Para mí, observado a media distancia, el matrimonio de Adel y Calise era tan insulso como cualquier otro. Las vidas ajenas se vuelven realmente fascinantes si una se acerca tanto a ellas que casi participa de sus secretos. En el caso de mis vecinos, no se podían expresar sus existencias, desde donde yo los observaba, hasta el punto de pensar, de pronto, que algo interesaría a la policía. Para desgracia de aquellos dos agentes, además, yo no soy una persona fisgona. Nunca me entrometo en los asuntos ajenos.

Cuando me preguntaron si recordaba el momento en que habían llegado al barrio, primero respondí que no. No podía recordar algo así. Enseguida rectificué, sin embargo. Inexplicablemente, sí lo recordaba. Aseguré, como aseguro yo las cosas, que nunca son seguras, que habían llegado a la rue Romarin hacía unos ocho años, pero no, hacía más tiempo, claro, porque soy consciente de cobrarles la prensa en francos, así que necesariamente aparecieron por allí antes de que entrase en vigor el euro. No mucho antes. Tal vez dos o tres años. En 1998, cuando Francia organizó y ganó el Mundial de fútbol, que fue la otra referencia que se me ocurrió tomar, ellos no habían aparecido todavía, así que tuvieron que hacerlo entre ese año y 2002. ¿Tenían amigos? Se llevaban bien con el vecindario, fue lo único que pude afirmar con rotundidad. Después de todo, eran franceses. Por supuesto, habían nacido y crecido en Marruecos. Uno empieza a comportarse como un francés a los cinco años, así que tuvieron que apresurarse. Adel me contó alguna vez que había conocido a su mujer en Marsella.

De pronto, recordé que sí, que tenían amigos, pues una vez que salí a cenar con unas amigas, dio la casualidad de que en la mesa de al lado había un grupo de franceses, de los que se apellidan Fontaine, Martin, Thomas, Robert o Moreau, y entre ellos se encontraba Adel, al que saludé. Si lo que me preguntaban era si tenían contacto con individuos de origen marroquí, no podía afirmarlo. Mucho me temía que nunca había visto a un francés de origen marroquí tan bien mezclado con franceses de pura cepa.

Quisieron saber algo de su hijo Ali. Les parecía raro que no viviese en Lyon con sus padres. Y francamente lo era. Acaso de eso era de lo único que yo podía decir con seguridad verdadera que era demasiado extraño, señalé. Ali estudiaba Derecho, estaba siempre rodeado de chicos y chicas de su edad, sacaba buenas notas y practicaba deporte. No salía de casa de Paul Madiot, Emma y el resto de los muchachos. Formaba parte de un club de atletismo, y prometía mucho como mediofondista. Era altísimo y delgado. Pero, sin saber por qué, un día desapareció. Fue Anouk, que era la que mejor se llevaba con él, quien me dijo que se había ido a vivir con sus abuelos a Marruecos. Nunca me meto donde no me llaman, y en aquella ocasión menos. Evité preguntar a Adel. Me limité a interesarme por su hijo de refilón. Me dijo que estaba muy bien, completando sus estudios en Tetuán, y que quizás viniese a final de año a pasar las vacaciones de Navidad a Lyon.

Insistí en ofrecer algo de beber o comer a los policías. Me encanta recibir visitas y colmarlas de atenciones. La hospitalidad fue la gran lección que recibí de los chicos. Muy cortésmente, volvieron a rehusar la invitación. Había transcurrido más de una hora. Cada uno en su libreta, no habían dejado de tomar notas de lo que yo iba contando. Mi impresión fue la de prestar un servicio un poco inútil. Me disculpé por ello. Me entregaron una tarjeta para que los llamase si recordaba algo nuevo. Los policías creen hasta el último minuto en las bombillas encendidas. Cuando se marcharon, me quedé pensando en mi flaco servicio, y meditando en si podía saber algo más de Adel o Calise. Pensé más y volví a pensar, y no me vino nada a la cabeza.

A los pocos días de aquella visita, sin venir a cuento, justo estaba fregando cuando se me

iluminó, efectivamente, la bombilla por dentro. A mí las mejores ideas se me ocurren siempre fregando tazas o platos. ¡Cómo no me había dado cuenta! ¡Menuda tonta! Dejé lo que estaba haciendo y salí disparada hacia los cajones del mueble del salón, en busca de la tarjeta de la policía. Mis mejores olvidos también se producen fregando platos. Llamé. Excitadísima, le expliqué a Béatrice o Astrid, o como se llamase, que había al menos otro marroquí con el que Adel Slimani se relacionaba. Regentaba una tienda de reparación de ordenadores en la rue Ozanam. Mi portátil se había estropeado hacía año y medio y alguien me habló de aquel negocio. Al portátil habían dejado de funcionarle las teclas Q, W, E y R, y me lo entregó como nuevo en veinticuatro horas. No sé cómo se llamaba. ¿Yassine? A lo mejor Youssef. No podía recordar nada, salvo la Y. En todo caso, el día que fui a recoger el portátil, me encontré a Adel. Conversaban animadamente, más como dos amigos que como un técnico de ordenadores y su cliente. Nos sorprendimos tanto al vernos allí, en un sitio tan pequeño y recóndito, que nos saludamos efusivamente, como si en realidad hubiésemos coincidido en una isla desierta. Adel se fue un poco antes que yo, después de comprar un pen drive. Y eso era todo, dije a la policía.

Esto ocurrió tres días después de la tarde que me visitaron los policías. Pero antes, el jueves, cuando aún estaba lejos de recordar a Youssef, porque un recuerdo a punto de explotar vive a millones de kilómetros de una, leí *Le Monde* estupefacta, con todas aquellas revelaciones sobre los verdaderos Adel y Calise y lo que se ocultaba tras la explosión, a la que dedicaba tres páginas. Me atenía, como una reclusa, a las rutinas de siempre, tan decadentes y necesarias, y como si no hubiesen sido interrumpidas en los últimos treinta y cinco años. La mía era una existencia con rumbo fijo. Si un día olvidase qué tengo que hacer al levantarme, porque tal vez he perdido la chaveta, seguramente mi cuerpo seguiría el camino que desemboca en el quiosco y se detendría ante la puerta por instinto, tal y como haría un perro.

Me presenté en el quiosco a las seis de mañana. La panadería de la señora Garcia ya debía de llevar dos horas en marcha, si es que alguna vez se detenía. Reparé con alivio en que la rue Romarin estaba más limpia que nunca. No quedaban escombros y habían cubierto la fachada del edificio con grandes lonas de plástico que favorecían el paso de la luz, como los cristales opacos, pero a la vez impedían cotillear desde fuera. Imaginé que tal vez dentro aún seguían desarrollando sus pesquisas los investigadores. En los edificios aledaños también se había restaurado la normalidad, y volvían a tener cristales todas las ventanas. La vida, o lo que queda de ella después de cada desastre, siempre se abre paso. En cambio, era un misterio qué sucedería con la tienda de Jacques Loury, muy afectada por la explosión, y que le ocasionó importantísimas pérdidas. El martes siguiente, cuando lo encontré en la place Tolozan, me contó que aguardaba noticias. Su tiempo se había convertido en un juego de esperas. «A veces me sorprendo contando hasta sesenta, calculando los segundos», aseguró. Los arquitectos municipales debían acreditar o no la seguridad de la estructura para autorizar la entrada en la tienda y retirar todo el género. Su idea, para entonces, pasaba ya por buscar un bajo próximo, que no exigiese demasiada inversión, e instalarse de alquiler a la espera de qué decisiones tomaban las autoridades respecto al edificio.

Hice las entregas a suscriptores y negocios, y al fin a media mañana empecé a disponer de tranquilidad. Entonces revisé los periódicos. Era otra rutina. Me quedé de piedra al leer que Adel y Calise acumulaban en casa una gran cantidad de peróxido de acetona (TATP), un tipo de explosivo que se fabrica mezclando acetona, agua oxigenada y ácido sulfúrico. «La facilidad para conseguir estos ingredientes, disponibles en comercios tradicionales como droguerías o tiendas de bricolaje, contrasta con la dificultad para mezclarlos, un proceso muy peligroso, ya que se trata de materiales altamente volubles que pueden explotar al menor cambio de temperatura, fricción o

impacto», explicaba el periódico. Eso precisamente era lo que había sucedido aquel viernes por la noche. La policía manejó varias hipótesis durante las horas posteriores a la voladura, porque entre otras cosas se habían encontrado restos de bombonas de butano. Ya el sábado, sin embargo, se detectó la presencia de los componentes del peróxido de acetona. Aunque las pesquisas continuaban, todo indicaba que la explosión se produjo por causas fortuitas. Faltaba por descubrir por qué Adel y su esposa acumulaban semejante material y en tal cantidad. Por una parte, quería saberlo, y por otra, en cambio, solo tenía interés en olvidarlo todo y dejar de sentirme tan afligida.

Me había quedado desamparada y desvalida sin los chicos, y tan sumida en la perplejidad de las personas mayores que un día dejan de comprender qué le pasa al mundo, que muchos ratos me veía como una extranjera en mi propio cuerpo. No ahuyentaba de mi cabeza el modo en que habían muerto mis amigos, mientras creían seguramente atravesar el mejor momento de sus vidas, o al menos el mejor momento del día, hasta el extremo absurdo de que si alguien les hubiera preguntado habrían respondido que no podían ser más felices y que no le pedían nada más a la vida. Es como si no supiésemos vivir, o nos las apañásemos especialmente bien para hacerlo sobre nuestros peores errores, que ni siquiera conocemos. Siempre hay un segundo, cuando el mundo te espanta, porque alguien a quien amas fallece, o enferma, o simplemente caes enfermo tú, en el que adquieres conciencia de la fragilidad de la vida, incluso de su extrema transitoriedad, y vislumbras que las cosas trascendentales son otras diferentes a las que regularmente persigues. Y sientes una diáfana vocación por cambiar, y vivir más intensamente cada una de las pequeñas partes que forman una hora, un día, una semana, y sentirte compensada por no tener fiebre, o neumonía, o algo mucho peor, aunque no se cumpla una ilusión, o no consigas comprar las cosas que quieres, o viajar a los lugares fascinantes donde aún no has estado. A la vuelta de los días, sin embargo, te restableces, y la diabólica velocidad del mundo vuelve a embelesarte. Te olvidas de todo, en especial de la idea de disfrutar de otra manera de la vida. La propia realidad te desposee de la aflicción, supongo, y del duelo y de tus remordimientos por vivir como vivías, y cuando lo adviertes estás girando nuevamente, como si el desconsuelo por la muerte de tus amigos hubiese pasado en balde. Y eso es sencillamente terrible, terrible, terrible.

TODOS COMETEN EL GRAN ERROR DE SU VIDA

Fue justo un año después de la muerte de Luca. En los periódicos se publicaron algunas noticias sobre el aniversario de todo aquello. Para recordar, decían. Como si nosotros hubiésemos olvidado. Hubo una cadena de televisión italiana, propiedad de Silvio Berlusconi, que se atrevió a llamar a casa una mañana, y respondió mi padre. Era una mujer, según él, con voz rozagante. Mi padre empleaba de vez en cuando palabras así, como rozagante, del todo desacostumbradas, y después de un uso jamás las repetía. Supongo que era otra de las razones por las que lo amaba como lo amaba. Aquella mujer tendría veinticinco años, calculó, y demasiado desparpajo. Mi padre le dijo de todo, que si no había ya vergüenza, que si no era capaz de respetar el dolor ajeno, que nunca más volviera a llamar a aquella casa o él no descansaría hasta encontrarla y arrancarle las tripas y jugar con ellas a la comba. Mi padre tenía la sangre caliente, y he ahí otro motivo para quererlo aún más. Era un señor napolitano que no había matado una mosca pero que sabía cómo parecer un asesino implacable de moscas. Yo no diría que fuera violento, pero conseguía que le tuvieses miedo con echarte solo una mirada. Creo que mi madre estaba en la cocina y escuchó aquella conversación, y pensó que nunca encontraría la paz. En su cabeza bullía todo el tiempo una horrible guerra casera.

Ese día era lunes. Mi padre tenía turno de tarde. Trabajaba en la Fiat, en la fábrica de Cassino. Empezó a trabajar allí en 1979. Es una planta muy automatizada. Un año antes de que contrataran a mi padre ya instalaron el sistema RoboGate, que se utilizaba para la fabricación de carrocerías. Producía 800 carrocerías al día. El primer modelo que se produjo íntegramente con los robots fue un Fiat Ritmo. Ese fue también el primer coche que se compró mi padre. No se deshizo de él hasta 1993. Yo lo recuerdo vagamente. Siempre decía que fue el mejor coche que tuvo, pero porque le encantaba exagerar. Si no exageraba dos o tres veces al día no exageraba nada, y entonces se sentía bajo de ánimo y en casa nos daba la impresión de que estaba enfermo. Enfermo por falta de exageración.

Los días que trabajaba por la tarde comía muy pronto, a eso de las doce, y entraba a las dos. En coche, tardaba veinte minutos en llegar a la fábrica. Mi madre almorzaba más tarde, cuando almorzaba. El apetito fue algo que dejó de tener después de la muerte de Luca. Desapareció. Comía porque le decían que comiese, o porque se sentía demasiado débil, o porque la gente que había a su lado se ponía a comer, o porque le daba pena tirar la comida. Pero comer por hambre, por placer, eso no. Nunca más acudió a un restaurante, por ejemplo. Y mi padre muy pocas veces, a una cena con compañeros del trabajo como mucho. Hubo dos bodas en la familia después de la muerte de mi hermano, y no acudieron a ninguna, y eso que se casaban una prima y una amiga íntima de mi madre. Entonces, ese lunes seguramente comió algo, poco, a eso de las dos o las tres.

Ella no comía, pero cocinaba. Tenía más tiempo, porque por aquellas fechas ya no trabajaba. Cogió una baja tras lo de Luca. En el bufete de abogados donde desempeñaba tareas de auxiliar administrativa al principio fueron muy comprensivos. Estuvo cinco meses de baja. Siempre lloraba. Mi padre me contaba que no paraba de llorar. Mi tía me decía lo mismo. Cuando yo la llamaba estaba llorando, o se ponía a llorar mientras hablábamos. No importaba si le estaba comentando, por ejemplo, cosas de mi trabajo en Nueva York, o de algo que había sucedido, o de Barack Obama o LeBron James. De pronto, me daba cuenta de que hablaba solo yo, y al callarme

oía un gimoteo leve, imperceptible. «¿Estás llorando, mamá?», le preguntaba. «No, hija», respondía, llorando. Había aprendido a hacerlo casi en silencio. Perfeccionó la técnica para no importunar a los demás, interrumpiéndolos, y que no la tomasen por una persona lastimera a la que había que estar todo el tiempo compadeciendo o, peor aún, intentando animar. Ella prefería que la dejaran con su tristeza a que, por alguna razón, intentasen hacerla sonreír, aunque eso era del todo imposible. Otras veces no lloraba, pero en mitad de un silencio decía «Ay, mi Luca», y toda la conversación se derrumbaba.

En los meses que no acudió al trabajo, quemaba la mayor parte del día en la cama; por supuesto, llorando. Después de mucho insistir, conseguimos que pidiese cita con una psiquiatra. Pero menuda pelea. No quería y no quería. Creo que cedió para no tener que oírnos decir que fuese, que fuese, que fuese. La psiquiatra le prescribió un tratamiento que nos pareció que daba algunos resultados al cabo de dos meses. Pero un día en que la llamé por teléfono al salir del trabajo, la oí llorar otra vez. Había dejado de tomar la medicación por su cuenta y riesgo, y no volvió a pisar la consulta. «No me entiende», aseguraba. Pasados los cinco meses consideró que retomar su empleo la mantendría más distraída, o al menos viva. Sus jefes incluso le organizaron una fiesta de bienvenida, durante la cual se echó a llorar. A las tres semanas, el presidente del despacho se vio con mi padre, porque las cosas no marchaban. Creían que mi madre no se encontraba bien, y su estado afectaba a su rendimiento. Le propusieron que cogiese de nuevo la baja laboral. Era eso o el despido.

El resultado de regresar a casa, y pasar en ella la mayor parte del día, fue que empezó a cocinar más. Cuando ese lunes mi padre se fue a la Fiat, ella se quedó viendo un rato la televisión, comió algo, y después se durmió en el sofá, mientras en el canal TCM emitían *Centauros del desierto*. Esto lo sé porque a media tarde me llamó por teléfono y me lo contó ella misma. En Nueva York eran seis horas menos, así que me cogió en la oficina. No podía conversar. Aun así la escuché. Me dijo que me quería. Ella no tenía costumbre de ser tan afectiva, así que me desconcertó. «Perdóname, cariño», me dijo. «¿Qué tengo que perdonarte, mamá?», pregunté, sin entender nada. «Te quiero mucho», volvió a decirme. Fue una conversación rara, y corta. Me era del todo imposible seguir hablando con ella. «Te llamo esta noche, cuando salga. Pon que lo haga cuando ahí sean las once y media, ¿vale?», le dije, porque había entrado una de mis jefas en el despacho. Y colgamos.

Hay unas horas de esa tarde que quedaron en el aire, imposibles de reconstruir. Nadie sabe qué hizo, salvo que llamó a mi padre al móvil, pero él no contestó. En la fábrica, al llegar, él dejaba el teléfono en su taquilla y lo recogía al marcharse. Cuando finalizó su turno, vio la llamada perdida. Se la devolvió enseguida, pero ya no le contestó. La llamó hasta cuatro veces, una de ellas cuando estaba llegando a casa, desde el coche, me contaría después. Supuso que se habría ido pronto a la cama. No era habitual, pero algunos días, a esas horas, podía estar en la cama, sí. Ella decía que acostarse, y cubrirse con el edredón, y pensar que iba a quedarse dormida durante ocho o nueve horas, era el mejor momento del día.

Mi padre tocó el claxon mientras guardaba el coche en el garaje. Era una tradición de hacía más de treinta años. Le gustaba que su regreso se viviese como un acontecimiento. Le encantaba volver del trabajo y reencontrarse con su familia. Yo creo que para mi padre justo en el instante de introducir la llave en la cerradura, empujar la puerta y decir «Ya estoy en casa» empezaba la verdadera aventura de vivir. Perseguía su destino no tanto fuera de casa como dentro. Lo que uno era capaz de hacer al regresar al hogar, y no al partir, daba la medida según él de la clase de persona que era. Nos amaba verdaderamente. Aquel bocinazo servía de aviso, significaba «Aquí

está papá». Cuando éramos pequeños, y después mientras vivimos de adolescentes en casa, Luca y yo oíamos el claxon y nos levantábamos entusiasmados, como si llegase el Papa. En el momento en que nosotros no estuvimos, porque nos marchamos a estudiar fuera, y en mi caso más tarde a trabajar, mi madre continuó oyendo el bocinazo y saliendo a recibir a mi padre a la puerta que conectaba el garaje con la vivienda. Incluso cuando cayó al abismo, con la muerte de Luca, y no tenía ganas de nada, por supuesto tampoco de alegrarse de que papá volviese a casa de la Fiat, siguió levantándose y haciendo como que el regreso era aún un acontecimiento.

Pero el lunes, cuando un día más mi padre tocó el claxon, y entró con su Alfa Romeo verde en el garaje, y cerró la puerta, y accedió a la casa, no vio a mamá esperándolo. Tampoco la oyó gritar: «¡Estoy arriba, en el dormitorio!» En la cocina lo encontró todo tan impecable, guardado en su sitio, que no supo qué pensar. Aquel era un orden propio de la cocina, pero al mediodía, cuando al grado máximo de suciedad lo sucedía una limpieza total. No había nada sobre la mesa que se pudiese llamar cena, y el suelo estaba barrido y fregado. «¡Silvina!», llamó. Y Silvina no respondió. Se dirigió entonces al dormitorio. Aunque estuviese durmiendo, se inclinaría con cuidado sobre ella y le daría un beso. Eso no iba a despertarla. Pero no había nadie en la habitación. Mi madre no había deshecho la cama, ni retirado los cojines. Los cojines simbolizaban la derrota de mi padre contra la cama. Los odiaba. Él procedía de una generación todavía demasiado machista, que había aprendido a hacerse la cama y creía que eso era una contribución importante de su parte al imparable movimiento hacia los nuevos tiempos. Pero, después de hacer la cama, tener además que ordenar sobre ella los cojines le parecía demasiado. Dejarlos en la butaca, o en el suelo, adonde los arrojaba cada noche al irse a dormir, expresaba su negativa a una claudicación total.

Empezó a buscarla en aquellas estancias de la casa en las que le parecería extraño encontrarla, como nuestras habitaciones o la despensa. Cuando ya nada quedaba por escudriñar, y la angustia empezaba a hacerle mella, pensó si tal vez se le había pasado por alto algún rincón y a lo mejor estaba allí desmayada. Volvió a su dormitorio. ¿Y si se había caído al otro lado de la cama, el que no se veía desde la puerta? Allí tampoco estaba. Entonces, al salir, reparó en la puerta casi abierta del baño, que se había conformado con mirar sin entrar. En realidad, desde el umbral del dormitorio se tenía una visión casi completa, exceptuando la bañera. Allí estaba mi madre tendida, casi apacible. El agua la cubría hasta los pechos, y estaba teñida de un rojo intenso, como de salsa de tomate casera.

La sacó de la bañera y la tumbó sobre la alfombra del baño. Todavía sangraba, pero muy poco ya, como cuando deja de llover y sale el sol, y solo caen gotas de la cornisa. Se había hecho cortes en los dos brazos, a lo largo, que al parecer es como hay que seccionar para asegurarte de que te vas a morir bien. Le pareció que ya estaba muerta, pero no podía saberlo a ciencia cierta. Le tocó la cara y estaba blandita, y al tomarle el pulso creyó notar algo, me contó esa noche, con su sequedad napolitana convertida en delicadeza. Calculó que sería más rápido subir a mi madre a su coche y dirigirse al Hospital de Santa Scolastica que esperar a una ambulancia. Quizás fue un error, o quizás no hubiese nada que hacer. Intentaron reanimarla, pero había perdido demasiada sangre.

Ese día, con mi madre muerta, se cerró también la muerte de Luca, o eso pensé yo. Hay precios que nunca acaban de pagarse. Una vez que se empieza no hay descanso, y te pasas la vida poniendo todo de tu parte para superar el dolor, hasta que al final el dolor te supera a ti. Creo que una nunca se suicida sola; acaba arrastrando a más gente. Mi madre se suicidó y, sin querer, me

suicidó un poco a mí, que a continuación cometí el peor error de mi vida, que fue abandonar Nueva York y regresar a Italia.

Yo tenía desde 2008 la sensación de estar viviendo el mejor momento de mi carrera. Todos los días eran el día perfecto. Me ocurrían siempre cosas buenas, hasta el punto de que a veces me asustaba. ¿En qué momento la vida compensaría el exceso de felicidad?, me preguntaba. Incluso después de la muerte de Luca, que nos golpeó de manera tan descarnada, a mí siguieron pasándome cosas extraordinarias y disfruté de ellas. Yo era la hermana mayor, y vivía lejos de casa desde los dieciocho años. Maduré pronto. Luca iba por el mismo camino. Me fui a Bolonia a estudiar Relaciones Internacionales y Asuntos Diplomáticos con una beca. Cuando estaba acabando, en unos cursos a los que acudió Domenico Lambertucci me presenté al embajador italiano ante las Naciones Unidas en aquel momento. Tenía fama de mujeriego, aunque eso lo averigüé más tarde. Me preguntó por mis expectativas profesionales, y me habló del hermoso trabajo que se desarrollaba en la ONU, aunque algunos días resultaba un poco frustrante. Me invitó a cenar esa noche, y por suerte no pude. Tres meses después me llamó por teléfono.

Yo estaba de vuelta en Cassino, recién licenciada. Tenía que tomar decisiones y volví a casa para meditar sobre ellas. Era noviembre. Recuerdo que ese día Luca se examinaba para sacarse el carné de conducir. Por consejo de mi padre se había puesto un traje y una corbata. «Si el examinador duda, verá en tu traje un signo de respeto, una señal de que te tomas muy en serio el examen, y por extensión a él, y te aprobará», le había dicho. Luca suspendió, pero cuando llegó a casa abrimos una botella de vino para animarlo. Entonces sonó mi teléfono y era Domenico Lambertucci. En la delegación italiana se había producido una vacante, y me la estaba ofreciendo. Tendría que incorporarme en enero. Nunca como esos días me pareció que la esencia de la vida era la velocidad, y que el peor error de la juventud era quedarte quieta, diciéndote: «Uf, qué rápido va todo.» El otro error era tener miedo.

En enero estaba en Nueva York, compartiendo un apartamento en Queens con una chica de la delegación alemana a la que su anterior compañera acababa de dejar plantada. Me costó dos meses aclimatarme a la ciudad, a su ritmo, al trabajo, al frío insoportable, y entonces Lambertucci murió de un infarto dentro de un ascensor, en un edificio de Lexington Avenue con la calle 26, enfrente de las instalaciones de la Guardia Nacional, donde nadie supo a ciencia cierta qué se le perdía. Se sospechó que iba a encontrarse con una mujer que no era su esposa. Sucedió a menudo. Su sustituto no solo contó conmigo, sino que al final del año, cuando expiraba mi contrato, propuso una mejora de mis condiciones. Me cambié de apartamento, a uno pequeñísimo pero en el que viviría sola, en Manhattan, en la Segunda Avenida con la calle 83, en el Upper East Side. En el verano de 2009 decidí no ir de vacaciones a Italia y pagué el viaje de Luca a Nueva York, donde también le costé un curso de verano sobre análisis matemáticos en el Queens College. Pasó dos meses conmigo. Nos las arreglamos para vivir incómodamente y felices. A finales de agosto regresó. Tenía que empezar a organizar su marcha a Lyon. Era ya incorregible, y en Nueva York consiguió enamorarse de una chica de Nueva Orleans, que trabajaba en el Vinnie's Pizza de abajo y además bailaba en una discoteca para pagarse los estudios, y de una compañera de la embajada de Polonia a quien conoció en una fiesta a la que lo llevé de acompañante.

Estuvimos nueve meses sin vernos. Todas las semanas encontrábamos un momento para hablar por Skype. Fue así como también conocí a Emma, Paul, Ilka, Anouk y Didier. Algunos días, cuando lo llamaba y no había llegado todavía a casa, mantenía largas conversaciones con ellos. En una ocasión, después de insistir varias veces, conseguí que descolgase Ilka. Estaba sola. Al fondo, detrás de ella, se veía su guitarra y uno de los cuadros de Paul que llenaban las paredes.

Me encantaba su humor, siempre tan cáustico. Nos pusimos a hablar de nosotras, yo le conté que había empezado a salir con un restaurador del Museo Metropolitano de Nueva York especializado en arte egipcio. También escribía relatos. Era alumno del taller de escritura creativa de la New York University. Acababa de firmar un contrato con una pequeña editorial para publicar su primer libro a mediados del año próximo. Ilka me confesó que había tenido una experiencia patética con un compañero de la carrera en Berlín que se decía poeta. Fuimos saltando de chico en chico hasta que acabamos en Luca. «¿Tu hermano te contó que en la primera fiesta que organizamos en el piso nos enrollamos?», me preguntó. «¡Nooooo!», respondí sorprendida. «¡Pero nunca hay que hacer eso!», añadí, como si yo supiese mucho más de la vida que ellos por haber nacido solo unos años antes. «Es verdad, no hay que hacerlo. Pero no cuenta como error garrafal porque estábamos borrachos, y porque al día siguiente nos reímos y dijimos que nunca más lo haríamos, o acabaríamos acostándonos todos con todos. No se lo contamos a nadie. Cuando nos fuimos a vivir juntos Emma se pasó los dos primeros meses advirtiéndome que nunca, por nada del mundo, por mucho que nos emborrachásemos, nunca debíamos enrollarnos entre nosotros. Decía que, si teníamos eso claro, todo iría bien. Pero que teníamos que tenerlo claro», me explicó. Al poco llegó a casa Luca y cambiamos de tema.

En diciembre dejé la ONU, y un poco antes también dejé al conservador de arte egipcio. En casi dos años había hecho multitud de contactos, y un día recibí una propuesta para incorporarme al departamento de relaciones internacionales de American Express. Era una nueva oportunidad para seguir acumulando días perfectos en aquella ciudad, a la que me había adaptado como si nunca hubiese conocido otro lugar. La necesitaba, y me gustaba pensar que yo era una minúscula pieza de su complejo mecanismo y, como todo lo minúsculo, muy importante, así que de algún modo la ciudad también me necesitaba a mí.

En mayo de 2010 pude tomarme unos días de descanso. La segunda quincena de abril mi empresa me había enviado a Tokio. En solo unos meses había visitado por trabajo, lo que para mí tenía mucho que ver con el placer, decenas de ciudades estadounidenses, de este a oeste y de norte a sur. A menudo creía que tenía unos días para estar tranquila en Nueva York, y de pronto, en cuatro horas, debía tomar un avión a Chicago, a Phoenix, a Atlanta, a San Francisco, a Tampa, a Houston... Había llegado a pegar un papel en el interior del armario con la lista de todo aquello que tenía que incluir en la maleta para salir pitando hacia el aeropuerto: una falda, un traje, dos camisetas, medias, dos pares de zapatos, un jersey, sujetadores, bragas, un vestido, así como una bolsa con cepillo y pasta de dientes, desodorante, medicinas, tampones, crema facial, maquillaje, y en un maletín aparte mi ordenador personal, un cuaderno, dos tarjetas de crédito, bolígrafos y llaves de casa. Esa lista me ayudaba a hacer la maleta en modo automático, sin tener que pensar en el lugar al que iba, qué iba a hacer y si me olvidaría de algo importante.

Distinto era cuando me desplazaba fuera del país, por más tiempo. Esos viajes también llegaron. Pekín, Moscú, México DF, Ciudad del Cabo, Tel Aviv y Toronto. Desde Tokio viajé a Roma, y de ahí a Cassino, donde pasé tres días con mis padres antes de trasladarme a Lyon para celebrar con mi hermano su cumpleaños. Mi madre era una mujer completamente distinta a aquella en la que se convertiría solo unos días después. Era lo que se podía denominar una persona de acción, lo que explicaba que también yo acabase siéndolo. El día anterior a mi partida se pasó media tarde cocinando un pastel para Luca. Nunca me molestó que en el fondo mi hermano fuese su preferido. Era el más pequeño, el débil, el tímido, y al final el más inteligente. Me ha acompañado siempre la virtud de no sentir envidia por los demás. Me ahorra malos tragos.

Sobrellevé la debilidad que ella tenía por Luca en parte porque en secreto sabía que, para compensar, yo era la debilidad de mi padre.

En total, pasé cinco días, mis últimos cinco días con mi hermano Luca. Sus amigos insistieron en que por nada del mundo me fuese a un hotel. Ilka se ofreció a pasar esas noches en casa de una amiga, pero Luca dijo que nadie se movería de la rue Romarin, y del mismo modo que nos habíamos organizado para convivir incómodamente en mi apartamento de Nueva York casi un año antes, lo hicimos para dormir en su cama.

En casa, mi padre había conseguido inculcarnos su pasión por el ciclismo. Nuestras primaveras y veranos llegaban y se iban con las retransmisiones del Giro y unas semanas después el Tour de fondo. Tal vez en un intento de fijar en el recuerdo una parte de aquella infancia, que inevitablemente se iba diluyendo poco a poco, le propuse a Luca alquilar un coche e irnos a visitar el Alpe d'Huez el fin de semana. Podríamos dormir en la estación de esquí. Si nos sentíamos capaces, nos haríamos con unas bicicletas para subir el puerto, emulando a Pantani, nuestro gran héroe. Esto lo dije por decir, como es obvio. Simplemente, sonaba bien.

Nos fuimos el viernes, y el sábado, coincidiendo con su cumpleaños, alcanzamos la cumbre del Alpe d'Huez lógicamente en coche. En lo alto, donde pese a la tarde soleada la temperatura resultaba todavía un poco fría, sacamos la tarta que había preparado mi madre y soplamos las velas. Lo recuerdo ahora, desde esta Roma a la que he tenido que acostumbrarme, y puedo ver aún cómo las apaga, mientras canto cumpleaños feliz. Un año después descubrí que ese no había sido el mejor momento de aquel viaje. A veces lleva demasiado tiempo saber cuándo exactamente fuiste más feliz. Antes de alcanzar la cumbre, nos habíamos detenido a mitad de ascensión. En parte, nos daba pena llegar al final. Paramos en la curva siete, en el octavo kilómetro de la ascensión, también porque Luca había tramado un hermosísimo plan. «Vamos a immortalizarnos», anunció. El paisaje se había vuelto hostil, con mucha menos vegetación que en la base del puerto. Luca se dirigió al maletero del coche y sacó un espray de pintura blanca. A la salida de la curva escribió nuestros nombres a todo lo ancho de la carretera, en una letra enorme. GIANNA Y LUCA. Éramos tan felices cuando nos dejamos llevar por aquel acto infantil que a veces me digo que no puede ser cierto que seis días después Luca muriese. Nunca volví a acordarme de aquella pintada. Ese año el Tour no pasó por el Alpe d'Huez, como tampoco lo había hecho el anterior. Pero sí en 2011. Ya había muerto mamá, y yo estaba a punto de tomar la peor decisión de mi vida, cuando un día de julio se me ocurrió mirar el calendario del Tour de Francia. Cuál no fue mi sorpresa cuando vi que ese día la etapa comenzaba en Modane, en la región de Ródano-Alpes, y concluía en la cima del Alpe d'Huez. Era una etapa corta, de poco más de cien kilómetros, algo muy raro en la carrera francesa. Yo estaba en mi despacho, en el 200 de Vesey Street, en el corazón del Lower Manhattan, con vistas al Hudson, y eran las diez de la mañana. Eso significaba que en Francia serían las cuatro. Accedí a través de internet a la retransmisión, y justo en ese momento comenzaba la ascensión final, circunstancia que Ryder Hesjedal y Pierre Rolland aprovecharon para escaparse. A continuación, lo hizo también Alberto Contador, que les dio alcance y al poco atacó, ascendiendo en solitario. A cinco kilómetros de la meta, creí volverme loca de contenta cuando distinguí durante poco más de un segundo la pintada en el asfalto que había hecho mi hermano el año anterior. La cámara de la moto que seguía la cabeza de carrera me permitió leer perfectamente GIANNA Y LUCA. ¡No podía ser! Me parece que esa fue la primera vez, desde su muerte, que no me sentí infinitamente triste al pensar en mi hermano sino dichosa. Fue un momento extrañísimo, pintoresco, y muy emocional, conmigo diluida en la inmensidad de Manhattan, y el recuerdo de mi hermano y yo juntos de pronto recuperado gracias a una etapa del Tour.

El domingo regresamos a Lyon. Cené con los chicos y al día siguiente, antes de partir hacia Cassino, me llevé un cuadro de Paul Madiot. Pretendía regalármelo, pero me negué, y él se negó a que yo me negase, y al final me fui dejándole a mi hermano trescientos euros que debía entregar a Paul cuando yo estuviese en Estados Unidos. En Cassino permanecí dos días antes de volar a Nueva York para incorporarme al trabajo casi inmediatamente. El miércoles contacté con Luca por Skype. Hablamos de mi viaje, de cómo había encontrado todo a mi regreso. También me preguntó si había recibido las fotos. No sabía a qué fotos se refería. «Fotos que nos hicimos en Lyon, con los chicos, y las que nos sacaron aquellos ciclistas holandeses en la cima del Alpe d'Huez, con la tarta, soplando las velas», me recordó. Esta es una historia que todavía me perturba hoy, porque jamás llegué a recibir las fotos. No sé qué pudo pasar. Tal vez alguien me robó el sobre del buzón, o quizá Luca escribió mal la dirección, o el cartero lo entregó donde no correspondía. Qué hermoso sería, me sorprende pensando a veces, recibir un día las fotos. En la prensa aparece de vez en cuando una noticia sobre un cartero que entrega una carta en destino décadas después de que fuese enviada. Recuerdo que hace dos o tres años el cantante folk Steve Tilston recibió una carta que John Lennon le había escrito en 1971. Al parecer, Lennon la dirigió a la revista *ZigZag*, que por esos días había entrevistado al jovencísimo Tilston. Lennon pidió a sus responsables que se la hiciesen llegar, pero la revista quebró y la carta se perdió, hasta que un día acabó en manos de un coleccionista, que se puso en contacto con Tilston. A esto me refiero, es posible que alguien tenga en estos momentos la carta de mi hermano con nuestras fotos en su casa. Me gusta pensar que un día, alguien, pongamos que su hija, se fija en ella y le propone a su padre localizar a la destinataria cueste lo que cueste.

Aquel miércoles, mientras hablaba con mi hermano apareció Emma por detrás. Se acercó a la pantalla del ordenador y puso los labios sobre ella. Se fue a la cama después del beso. Me dio tiempo también de saludar a Paul, que anunció que el viernes darían otra de sus fabulosas fiestas. Sería una de las últimas del curso, y querían que fuera la más divertida. No tardamos en despedirnos. Luca me envió un beso con la punta de los dedos, y yo lancé otro simplemente al aire, para que lo atrapase. Cuando lo cuento siento que me hago pequeña. Solo faltaban cuarenta y ocho horas para que muriesen todos.

El sábado a mediodía, es decir, a primera hora de la mañana en Nueva York, me llamó mi padre. Yo estaba jugando un partido de tenis con una de mis compañeras de trabajo. Cuando me duché y cogí el teléfono, vi su llamada y la devolví enseguida. «Cariño, ayer hubo una explosión en el piso de Luca, y estamos de camino», me dijo, como si no quisiera preocuparme, con su facilidad para tratar por teléfono solo asuntos prácticos. Al contrario que mi madre y yo, que podíamos hablar durante horas y al colgar no teníamos ni idea de qué habíamos dicho, con mi padre el teléfono solo servía para transmitir recados, mensajes útiles. Nunca hablaba por hablar. Incluso si estábamos cara a cara, sus frases estaban siempre cargadas de un sentido eminentemente práctico. Era como si creyese que una frase era un asunto muy serio, con el que no se podía enredar, y que cuando se pronunciaba debía producir un efecto.

«¿Una explosión de qué tipo?», pregunté, sin hacerme una idea, y sin asumir que revistiese la gravedad que al final tuvo. «No sabemos, pero hay varios muertos.» Cuando oí «varios muertos» entré en pánico. «¿Murió Luca?», pregunté, necesitada de ir derechamente a las cosas, a lo importante, a descartar lo peor que se me vino a la cabeza. Escuché la radio del Alfa Romeo cuando mi padre se quedó callado. Me pareció entender a un locutor de deportes diciendo algo sobre la Juventus. Mezclado con la radio, aprecié algo que solo podía tratarse del llanto desconsolado de mi madre. «¿¡Murió Luca, papá!?» No llegué a entender su respuesta, si

finalmente la hubo, porque su teléfono perdió la cobertura y a los pocos segundos se cortó la llamada. Estaba tan nerviosa, tenía tanto miedo a que mi padre hubiese dicho que Luca había muerto, que llamé dos veces a otro teléfono por error. Cuando por fin descolgó mi padre, me contó que una persona de la embajada italiana les había dicho que mientras no se acreditase la identidad de las víctimas resultaba aventurado dar sus nombres, pero cabía esperar que Luca estuviese entre los cinco cadáveres que habían recuperado del piso. Había un solo superviviente, Paul Madiot.

Llegaron a media tarde a Lyon. Mi padre se había empeñado en ir en su propio coche. Creía que así lo mantenía todo bajo control y era él quien tomaba la decisión de detenerse o continuar el camino, mientras que en los aviones o los trenes eran habituales las cancelaciones, decía, y nunca sabías quién se encontraba al mando, o si estaba bien o mal de la cabeza, o si había descansado o arrastraba sueño. Me llamó en cuanto constató él mismo que Luca era uno de los chicos fallecidos. En ese momento empezó a resquebrajarse la familia, aunque más bien se rompió como un palo seco, crac, y lo que pasó después fue un largo y desesperado intento por unirla con pegamentos que solo creaban la ficción de fijar. Habíamos sido felices juntos, también con momentos para el decaimiento y el hastío, durante veintisiete años. Y ahí se acabó.

Yo no viajé inmediatamente. Me disuadió mi padre. La repatriación del cadáver se demoraría varios días, así que regresé el miércoles, y al día siguiente celebramos el funeral. Enterramos a Luca con nuestros abuelos maternos. Me quedé en Cassino para acompañar durante casi una semana a mi madre. Era un fantasma. No hablaba, no comía, no gesticulaba, solo gastaba pañuelos de papel. Se le puso la nariz roja, de esa clase de rojo que hace pensar que no es nuevo, sino de toda la vida.

Después del entierro no me quedó más remedio que regresar a Nueva York. Me reclamaba el trabajo, que a la postre me salvó de la locura. Poco después de la muerte de Luca, un día recibí una llamada por Skype. Eran las nueve de la noche, así que hacía rato que había llegado a mi apartamento. Me había refugiado en las series de la HBO. Me estremecí cuando vi a Paul Madiot en la pantalla. Me alegré mucho, aunque enseguida la alegría se tiñó de dolor. Nos esforzamos en hacer como que la vida seguía, que nos estábamos levantando del golpe que nos había enviado al suelo. Me contó que le habían dado el alta y estaba en Burdeos, en casa de sus padres. «Quise llamarte antes, pero en el último momento, cuando tenía que darle al botón, algo me decía no tengas prisa, hay tiempo, piensa mejor qué vas a decir.» Me pareció lo más normal del mundo. «Yo también pensaba en llamarte, pero siempre veía una excusa perfecta en que estabas ingresado en el hospital para no hacerlo», admití.

No hablamos demasiado del día de la explosión. Tal vez él no quería recordar, y yo no estaba por la labor de saber. Hay muchos días así, en los que piensas que la ignorancia provee y te hace avanzar. Conocer los detalles me produciría un alivio que duraría unos minutos y que, cuando se agotase, se convertiría en desconsuelo, y este se prolongaría no minutos sino meses, años. Conversamos de nuestros propósitos para los próximos meses. Yo, por ejemplo, le conté algunos de los viajes que tenía previstos, y él me manifestó que en adelante iba a encarar sus estudios desde otra perspectiva, más enfocada a la enseñanza que a la creación, porque la explosión le había causado daños muy graves en la mano izquierda, en la que había perdido movilidad y destreza. «Estoy buscando ilusiones nuevas», dijo, esforzándose para que la frase pareciera una expectativa más que un desengaño.

Menos aún que del día del accidente, y de lo que pasó antes y después, hablamos de la sorprendente operación policial que había acabado con algunos detenidos en París precisamente en esas fechas. La distancia emocional que intentaba imponerme para atravesar lo antes posible el

desierto del duelo me empujaba a creer que los vínculos entre aquellas detenciones y la muerte de mi hermano y sus compañeros eran fruto de la casualidad, incluso de un malentendido. Yo no experimentaba sed de venganza, y Paul necesitaba que el futuro le enviase postales. Nuestro estado perfecto bien habría sido la ignorancia total, viviendo en la convicción de que el pasado no había pasado, o había pasado hacía tanto que solo era un color amarillo en las esquinas de las hojas del tiempo.

Nuestra conversación languidecía, ya a punto de decaer, y apenas buscaba la frase perfecta, o cómoda, para llegar a su fin, cuando Paul intercaló un silencio denso entre sus últimas palabras y mi nombre. «Gianna», dijo a la vuelta del hueco. Pronunció «Gianna» de esa manera protocolaria y a veces distante en que se escribe al comienzo de una carta, y a lo mejor se le añade un «querida» o «estimada». No dije nada. Podría haber dicho: «¿Qué, Paul?», pero esperé. Ojalá al final no fuese más que un «Gianna, tengo que despedirme», aunque sospechaba que no se parecería a eso. «Tu madre estuvo aquí. Vino a verme. Me pidió que no te dijese que había venido a verme», dijo. «¿Ah, sí?», reaccioné, incrédula. «Te lo cuento porque... eres su hija, y si fuese al revés yo querría saber que mi madre no se encuentra bien.» Me contó entonces que ella, en solitario, había viajado en tren hasta Burdeos. Telefonó a Paul para preguntarle qué tal estaba, y si podía visitarlo. Inesperadamente calculadora, lo tenía todo preparado, maleta, billete, hotel, porque al día siguiente estaba en Burdeos. A Paul le pareció muy nerviosa, angustiada, como si el accidente hubiese sido el día antes y no hacía ya dos meses. «Quería saber cómo fueron los últimos días de Luca, qué hizo, adónde fue, con quién estuvo. Me contó que habló con él por última vez el día de su cumpleaños, cuando fuisteis al Alpe d'Huez.» Paul me confesó que lo que menos necesitaba, al menos entonces, era recordar detalles de aquellos momentos. «Pero ella quería precisamente detalles. Me preguntó si Luca consumía drogas habitualmente. Le dije que por supuesto que no, que Luca no era de esos, que ninguno en el piso lo éramos, pero entonces me mostró el informe de la autopsia, que recogía que en el análisis toxicológico se habían detectado restos de cocaína. Y es verdad, esa noche, para celebrar su cumpleaños, consumimos un poco de coca. Fue la primera vez que vi a Luca meterse una raya. En cuanto a nosotros, éramos estudiantes, no teníamos sino el dinero justo para sobrevivir a la vida universitaria. Un día, sí, podíamos hacer una excepción y comprar un gramo de coca o algo de marihuana. Pero nada más. Eso no significaba que tuviésemos problemas con las drogas. Así se lo expliqué a tu madre.»

Agradecí a Paul el esfuerzo que había hecho, y también su paciencia. Nos despedimos después de prometernos que mantendríamos el contacto, cosa que de vez en cuando todavía hacemos. En cuanto a mi madre, su absurdo viaje a Burdeos fue la manifestación, ya exagerada, del calvario en el que estaba entrando, y que se prolongó durante diez meses. Me pregunto si eligió el aniversario de la muerte de Luca o si se trató solo de una casualidad, decorada por los números redondos. Hubo una parte de mí, que todavía hoy se avergüenza un poco de sí misma, que cuando mi padre terminó de contarme cómo había muerto mi madre, pensó: «Al fin descansa.» Nos había hecho entender, con su sufrimiento, que según las condiciones la vida no tenía sentido, se volvía una molestia. Sobrellevarla así, como ella la sobrellevaba, iba contra la lógica. Todos descansamos.

Cuatro meses después de su muerte tomé la decisión de dejar Nueva York y volver a Italia. No fue porque no tuviese buenas amigas que me lo desaconsejasen. «No hagas eso», me repitieron una vez y otra vez. «No vengas, Gianna», me pidió mi padre, «me las ingenio bien, no te necesito.» Era posible que lo hiciese, pero él nunca había estado solo. Tal vez temí un final como el de mi madre. Era inconcebible, pero ¿también imposible? Yo nunca habría supuesto que la mujer más

risueña, vital, entusiasta, la mujer de acción de la familia, tal y como la conocíamos antes de la muerte de Luca, fuese a precipitarse al suicidio, así que no quise más sobrentendidos en mi vida.

Sabía que iba a dar un paso atrás. Me consagré al retroceso. Buscaba y no encontraba una sola ventaja en dejar atrás Nueva York, donde era feliz, tenía un trabajo maravilloso, dinero, ganas de vivir, para mudarme a Italia, de la que no me interesaba nada salvo mi padre. Había aprendido desde pequeña, cuando lo repetían una vez y otra mis abuelos, que la familia lo era todo, la primera y la última lealtad que se prestaba. Así que elegí una vida triste, sacrificando los días perfectos. Llegué a darme ánimos diciéndome que en Italia sería feliz de un modo que no deseaba y que nunca me había molestado en imaginar. Visto con tanta perspectiva, ahora me admira cómo asumí fríamente que iba a cometer el gran error de mi vida. Pero todo el mundo comete el gran error de su vida en algún momento. Yo al menos lo sabía, no caería en él por desconocimiento, por pura equivocación. Me encaminaba a él conscientemente, por amor. Quizás algún día encontraría redención para un error como aquel.

Me instalé en Roma, adonde conseguí que me trasladase American Express. En un golpe de suerte, ocupé la vivienda que una amiga, que iba a tener su segundo hijo y necesitaba más espacio, acababa de dejar libre. Si mi sueño hubiese sido vivir en Roma, aquella casa era perfecta, situada en la via della Gensola, con vistas a la Isola Tiberina. Estaba a una hora y media de casa de mi padre. Nos veíamos los sábados o los domingos. Hubo muchos días en que volvimos a experimentar la tranquilidad de la vida normal, o al menos su ficción. Mirábamos al futuro, o cuando menos a las siguientes cinco o seis horas, y no nos sentíamos demasiado perseguidos por nuestros fantasmas, que compartíamos. Vivíamos a la par que ellos, en la misma casa, casi pacíficamente. Nos hicimos a la idea de que solo eran muebles.

Medio año después de la muerte de mi madre, el Ayuntamiento de Lyon se puso en contacto con nosotros para que participásemos en un homenaje a Luca y sus amigos. Habían levantado el edificio de nuevo, como si eso equivaliese al fin de algo, o a una restitución de la normalidad. El mundo se había vuelto tan inhóspito e inseguro que escapaba a conceptos como «normalidad». Mi padre y yo declinamos participar en un acto público. No nos apetecía rebobinar ante desconocidos. Porque se acabaría así, pulsando el botón de *rewind*, mientras nos veían millones de personas a través de los televisores y regresábamos a los periódicos y a las radios, que nos recordarían que nuestros seres queridos ya no estaban. Nosotros ya vivíamos instalados en un *rewind* privado, yendo de delante atrás continuamente.

Siguieron pasando los meses. El tiempo te somete a sus propias curas. Cada vez enlazábamos más días normales seguidos. Me podía dar cuenta, de repente, de que había estado tres días sin pensar en ellos. No sé qué pasaba por la cabeza de mi padre, porque era de pocas palabras, pero lo veía distraído. Cuando yo llevaba casi un año en Roma, y empezaba a acostumbrarme al gran error de mi vida, mi padre recibió un homenaje en la fábrica, junto con dos compañeros más, con motivo de sus treinta y cinco años como empleado de la Fiat. Fueron sus mejores días desde la desaparición de Luca y de mi madre. Su entusiasmo, ajeno a los años que iba cumpliendo, hacía pensar que al fin todo lo malo había quedado atrás. Parecía que otra vez íbamos a engendrar ilusiones por las cosas simples, que, en realidad, son las ilusiones más difíciles de poner en práctica.

En ese clima, cuando se acercaba el último sábado de junio de 2012, se nos ocurrió volver a la playa, como en los viejos tiempos. Hasta que Luca y yo nos hicimos lo suficientemente mayores para preferir ir con nuestros amigos antes que con nuestros padres, los sábados y domingos del verano peregrinábamos en coche hasta las playas de Sperlonga. Yo viajé en tren desde Termini, y

él, como siempre, en su coche, desde Cassino. Íbamos a encontrarnos en la playa frente al Aurora Hotel, desde donde hay unas magníficas vistas a la torre Truglia. Yo llegué un poco antes de las once, así que me detuve a tomar un capuchino en la terraza del Cucino Io, el restaurante donde más tarde iríamos a comer. Me pareció, por unos segundos, que no existían razones para añorar Nueva York.

Me senté en una mesa próxima a la puerta. El camarero tosía con enorme énfasis, como si quisiese empujar las nubes, y al hablar con otros clientes trazaba dibujos imaginarios con las manos. Se reía de un modo extraño, invisible. Le sonaba una especie de «ja» en la garganta que no alcanzaba la boca. En el rato que lo observé, me llamó la atención que cuando hablaba de alguien se refería a esa persona no por su nombre, sino que decía «el tipo que se tiñe el pelo», «la mujer de la muleta», «el hombre que dice “¿sabes?”», «el chaval de la marihuana». A mi lado, en una mesa vecina, había una señora mayor tratando de completar el crucigrama de *La Repubblica*. Tendría unos setenta años. Había algo en ella, una familiaridad tal vez, que me hizo suponer que llevaba décadas cumpliendo con el ritual del crucigrama. Antes de completar una palabra miraba al mar, como si ahí estuviese localizado el infinito, donde uno piensa mejor, mordía el extremo del bolígrafo y, cuando encontraba lo que buscaba, lo escribía. Me sorprendió observándola en uno de esos instantes sagrados que se tomaba para pensar y me sonrió. «Cinco horizontal: Tuvo a Perseo con Zeus», dijo. Me encogí de hombros. «No se me dan bien los pasatiempos.» Volvió a sonreírme y escribió la solución, que no alcancé a distinguir.

Me demoré en la terraza del Cucino Io más de la cuenta. Calculé que mi padre, con su proverbial puntualidad, me estaría esperando. En la playa había poca gente. No lo vi por ninguna parte. Elegí un sitio cerca del agua, para oír mejor su rumor. Me dejé puesta una vieja camiseta de Luca, que me quedaba grande, y me entretuve leyendo *Que empiece la fiesta*, de Niccolò Ammaniti, hasta que comencé a pensar que el retraso de mi padre era un poco extraño. Miré el teléfono, por si tenía alguna llamada suya quizá alertándome de la tardanza. Le gustaba aparecer puntual en sus citas, y cuando por cualquier razón se retrasaba, avisaba. Seguí comprobando el teléfono durante un buen rato, unas veces para confirmar que tenía suficiente volumen, otras para asegurarme de que había cobertura, o que la batería no se había acabado.

Decidí llamarlo yo. Prefería que me tachase de impaciente, como otras veces. Daba tono, pensé, y eso me pareció una buena noticia. Los teléfonos repentinamente apagados, o sin cobertura, me angustian. Hablamos de un objeto pensado para comunicarse, pero también para mantenerte en vilo. Sus sonidos y vibraciones equivalen a reacciones del propio cuerpo, igual que la tos o el picor. El teléfono genera expectativas. Cuando no suena, o cuando no responden, expande un tictac imaginario, maniaco, que te hace estar alerta. Su silencio convoca algunas veces tanta o más atención que su sonido. Trabaja también por dejadez. Se acabó el ciclo de tonos y mi padre no me respondió. Lo intenté una segunda vez, y cinco minutos después, una tercera, y al siguiente minuto, la cuarta. Quizá se hubiese despistado y había dejado el móvil en silencio. Es algo que me pasa a mí continuamente.

Cuando el retraso alcanzó las dos horas, guardé en la bolsa la toalla y la novela, de la que al final no había leído más que unas pocas páginas, que ya no recordaba por el desasosiego, y me alejé de la playa. Había llamado desesperadamente unas veinte veces al móvil de mi padre, así como al teléfono de casa, siempre sin respuesta. Me dirigí al Cucino Io, por si tal vez sabían algo, o mi padre había llamado allí. Haberme acercado a Sperlonga en tren me impidió llevar a la práctica mi siguiente idea, que era hacer el recorrido que seguía mi padre desde Cassino. Cabía la posibilidad de que el coche lo hubiese dejado tirado. Me sentía todavía más preparada para esa

ficción que para empezar a dejar espacio a mi mayor temor: que le hubiese dado un infarto, o un derrame, y que estuviese agonizando en casa, sin nadie a quien poder pedir auxilio. Confieso que, por un segundo, o quizás un minuto, también llegué a pensar en el suicidio, y en que, a lo mejor, en secreto, también a él la vida se le había hecho intolerable.

No encontré más solución que tomar un taxi. Le pedí a la mujer que estaba al volante, de mediana edad, con cara de antipática, que me llevase a Cassino por la carretera estatal de la costa, atravesando Gaeta, como le gustaba hacer a mi padre, porque había nacido allí. «Vaya atenta por si nos cruzamos con un Alfa Romeo 159 de color verde, por favor», le pedí. No hizo ningún comentario. Consulté el reloj. No deberíamos tardar mucho más de una hora en llegar. En un gesto no sabía si desesperado o ya estúpido, definitivamente, volví a marcar el teléfono de mi padre otra vez, y a los cinco minutos una más. Iba a cortar la llamada cuando descolgaron. No reconocí la voz, de hombre, pero era evidente que no era mi padre. Tenía acento del norte. «¿Quién eres?», pregunté. «Soy Piero, enfermero del Hospital de San Giovanni di Dio. ¿Es familiar de Claudio Tabone?», preguntó. «Soy su hija», dije. «Debería venir al hospital», me pidió. «Su padre ha tenido un accidente.» El sobresalto me empujó hacia atrás, según una fuerza de la física. Otra vez vivía una historia de desazón y tormento. «¿Cómo se encuentra?», inquirí. «Ahora mismo está en el quirófano. Tiene que venir», y cortamos. Le comuniqué a la taxista el cambio de destino. Tendríamos que dar media vuelta.

Un kilómetro más adelante, al pasar uno de los túneles de la costa, al fin la conductora abrió la boca. «Un Alfa Romeo 159 verde», alertó. «Acabamos de pasarlo.» Me volví a tiempo de distinguir el coche fuera de la carretera, reducido a un chicle masticado. Un poco más adelante encontramos una zona de aparcamiento, de acceso a las playas, en la que conseguimos dar la vuelta para dirigirnos a San Giovanni di Dio. Volvimos a pasar ante el Alfa Romeo, que había dejado una frenada de veinte metros antes de salirse de la carretera. No conseguí distinguir la matrícula, pero tenía que ser el coche de mi padre.

Cuando llegué al hospital me condujeron a una sala de espera. Mi padre todavía estaba en el quirófano. Nadie pudo decirme nada sobre su estado. «El cirujano saldrá a informarle cuando acaben», me explicó una enfermera, esforzándose en ser amable. Diez minutos después, un médico vestido de verde, que se identificó como cirujano, me informó de que no habían podido salvarle la vida. Sus lesiones eran demasiado graves, y cuando entró en el quirófano, su estado era casi irreversible.

Nunca me sentí tan sola y abandonada, incluso por mi pensamiento. Apenas conseguía decirme que era injusto, que no nos merecíamos aquello. Éramos una buena familia, buenas personas. Habíamos luchado para sobreponernos a dos desgracias, quizás mi padre más que yo. Era injusto, muy injusto, no había derecho, era la mayor injusticia de la historia. Me quise morir yo también. Ojalá fuésemos los dos en ese coche y falleciésemos al chocar contra las piedras, o porque no llevásemos el cinturón de seguridad abrochado y al salir despedidos por las ventanillas el propio automóvil nos aplastase. Pensé entonces que la vida era una mierda, una asquerosidad, y que conmigo y mi familia era tan mezquina, odiosa e inhumana que había matado a toda la gente que quería y a mí me había dejado viva para que supiese lo que era bueno, para que lo viera y lo recordara todos los días que aún me quedaban. La vida era injusta y cruel, de una crueldad que me hacía repetir, mientras estaba sola en aquella sala del hospital: «Me quiero morir, me quiero morir.»

Tuve miedo a que el tiempo no transcurriese. No podía decirme que todo aquello pasaría, y que quizá un día me dolería menos, y que las cicatrices serían como una foto antigua en la que no se

reconoce apenas a los fotografiados. No me pareció que el tiempo pudiese avanzar y dejar la tragedia atrás, como si el pasado fuese un bulto ligero en una bolsa con asas. Todavía en el hospital, sentada en una silla incomodísima, diseñada para levantarse de ella, mientras una enfermera a la que no conocía me acariciaba la cabeza, intenté imaginar cuándo llegaría el día que volvería a mirar hacia delante. Quería que fuese el año siguiente, que hubiese enterrado ya a mi padre, resuelto todos los trámites, escuchado las condolencias, vuelto al trabajo. Me merecía algo de normalidad. Me parecía, sin embargo, que ese día no llegaría nunca. Ni siquiera mañana llegaría nunca. Ese sábado iba a ser tan terrible, tan cruel, que duraría para siempre.

Pero el tiempo siempre pasa. Enterré a mi padre, y al poco me incorporé a mi trabajo, aunque sí, lentísimamente. Nunca acababan de llegar los días comunes. Había que desperdiciar mucha paciencia. Cuando asumí que no debía mirar al futuro lejano, sino al minuto en que estaba, y buscar lo bueno que tenía, porque a veces mientras ese minuto transcurría no pasaba nada, ni siquiera malo, los días se me hicieron más soportables. Si todo va bien, dentro de dos semanas dejaré Roma y volveré a Nueva York. Ya tengo edad para saber que los errores no se rectifican, y que lo único a lo que hay que aspirar es a no cometer otro y a atacarlos con un acierto.

HISTORIAS DE AMOR CON ZAPATOS

En la rue Vendôme había abierto un nuevo restaurante, con nombre de periódico: Le Matin. Esas ambivalencias siempre me han resultado simpáticas: coches con nombres de ciudades, tiendas con nombres de películas, aviones con nombres de personas, editoriales con nombres de montañas... Le Matin estaba a dos manzanas de mi casa. Me enteré de su apertura a través de una crítica con la que me tropecé en una página de *Libération* por casualidad. Era un ejemplar atrasado que alguien había abandonado en el office de las enfermeras, tal vez a propósito, para perderlo de vista, porque le quemaba en la mano o en el bolso, como cuando se abandona un palo de helado en la playa. En uno de esos momentos inexplicablemente tranquilos que tenemos los médicos de urgencias, le eché un vistazo con desgana, para superar una desgana anterior y más aguda. Quizás el crítico resultase un poco exagerado en sus elogios. Es el problema de los elogios, que, si se moderan, se enfrían y quedan rebajados. Ni elogios parecen. Al día siguiente comenté con mi amiga Hélène la crítica. Ella la había visto, pero ni consideró su lectura. «No leo críticas. A menos que las escriba yo, y en ese caso tampoco las leo», dijo. Ella disfrutaba emitiendo opiniones tajantes, afiladas, que casi servían para cortar el pan. «Además, me da pereza leer artículos sobre menús de restaurantes.» Creía que esos textos son artificiosos, y las personas que los escriben, para su gusto, pomposas. Otra opinión desaforada. Ciertamente, había algo de razonable en esa percepción. En el caso de Le Matin, el crítico atribuía a su comida unos adjetivos tan inusuales, al lado de un alimento, como «inteligente y audaz». Podía haber algo de aparatoso en eso, reconocí.

En las dos semanas siguientes me fue imposible reservar una mesa para las dos. Parecía que todo Lyon se me hubiese adelantado. Nos incomodaba la crítica, pero nos lanzamos a la búsqueda de una mesa. No sabríamos vivir sin incoherencias. Al fin nos dieron mesa para el 7 de mayo, a las 13.30 horas. Ese día Hélène tenía hueco para almorzar y yo no entraba hasta las ocho, para hacer el turno de noche. Había aprendido a convivir con ese horario. Me dejó llevar siempre por el optimismo más rampante, y hasta a las cosas más pesarasas e incómodas les encuentro encanto. Prefiero pensar que no es culpa mía. Por ejemplo, ese día tuve que madrugar para llevar a mi sobrino al colegio, y encontré delicioso que el despertador sonase a las siete menos cuarto de la mañana. La vida nos reta a las acciones más intempestivas, como madrugar. Mi hermana tenía cita con el odontólogo, y el padre de mi sobrino es alguien con quien no se puede contar para que, en el momento necesario, se encuentre siquiera en Lyon. Vive sobrepasado por lo que él llama modestamente grandes proyectos. Están divorciados, lo cual no supone ninguna pésima noticia, al contrario, pero él viaja continuamente por razones de trabajo, causando enojosos trastornos. Es fotoperiodista, y siempre se encuentra a punto de emprender un proyecto que en ocasiones lo mantiene durante varias semanas en lugares lejanos. La mayoría de las veces tampoco es eso una noticia pésima.

Mi hermana trabaja en el departamento de contabilidad de una empresa de pompas fúnebres. En general, disfruta en su trabajo, aunque soporta como puede la cantidad de bromas bastante idiotas e insulsas que la gente está dispuesta a hacer sobre los quehaceres en una funeraria. «Siempre son el mismo tipo de chistes, pretendidamente graciosos, pero en realidad lamentables», clama, y para soportarlos bromea a su vez con la clase de gente que hace bromas con las funerarias. Hay algo,

solo una cosa, que la incomoda de su sector, y es la necesidad de esforzarse continuamente en no parecer en exceso interesada por las personas a las que conoce, preguntándoles cómo se encuentran, ni en general resultar demasiado amable con ellas o sus familiares. Pueden pensar mal. Muy al principio, cuando no estaba mentalizada para derrochar tanta frialdad, incurrió en el despiste de preguntar a un conocido por la salud de su padre, que padecía cáncer, y a la postre murió dos meses después.

Mi sobrino tenía entonces seis años y vivía como una fiesta, no menos emocionante que la piscina o las cenas con pizza, que pasase a recogerlo en mi coche para llevarlo al colegio. Amaba mi Nissan Qashqai blanco, con techo solar, que se moría por abrir y cerrar. Cuando llegué, estaba ya esperándome en el portal, con mi hermana. «Me encanta tu coche, Violette», dijo. Le prometí que al llegar al colegio lo sentaría sobre mis piernas y le dejaría tocar el claxon y mover el volante; tal vez también accionar la marcha atrás. Instalamos la silla de seguridad y arrancamos. Me contó que su padre había estado la pasada noche en casa, leyéndole un cuento. «Mi papá cuando era pequeño leía muchos libros», me explicó. «Sí, como Hitler, que a los ocho años era un lector compulsivo», no me resistí a decir, por darme el gusto, quizá infantil, de desacreditar a su padre. «¿Quién es Hitler, Violette?» Estudié al niño por el retrovisor, por si se distraía, y puesto que no dejaba de mirarme, atentísimo, improvisé que Hitler era un artista, para no meterme en sesudas explicaciones.

Después de dejar al niño en el colegio, desayuné en un café de la rue de la Poulallerie, donde sirven las mejores tostadas de la ciudad. Quizás las segundas mejores tostadas de la ciudad. Encontrar un sitio donde las preparen como a mí me gustan resulta menos sencillo de lo que parece. Por no decir que nadie, seguramente, recorre una ciudad como Lyon, o cualquier otra ciudad, en busca de las mejores tostadas. En todas las cafeterías hacen tostadas. Pero veamos, ¿qué tostadas? Eso casi nunca son tostadas. Hacer tostadas a secas está al alcance de cualquiera. A mí me gustan con determinado pan, quemadas hasta un punto muy preciso, ni más ni menos, y que después pueda untar sobre ellas la mantequilla que a mí me gusta, no cualquier mantequilla. En esa cafetería las encuentro siempre a mi gusto. El otro sitio, el de las mejores tostadas, las tostadas sin duda número uno, es el Moo Café-Comptoir, y se encuentra en mi calle.

El desayuno me dejó como nueva, o seminueva. Después regresé a casa y a la una me pasé por la librería La Page Suivante, donde había encargado una nueva guía de viajes de Japón y un par de libros más sobre ese país. Cuando entré en Le Matin y vi a Hélène ya sentada, dejé mi adquisición sobre la mesa ruidosamente, como si los libros fuesen armas, y anuncié a modo de saludo: «Cariño, los tengo.» En julio viajaríamos juntas a Tokio. Desde hacía muchos años desaparecíamos al llegar el verano, salvo en un período de tres o cuatro años en los que ella tuvo hijos y eran demasiado pequeños para dejarlos solos con su marido.

Hélène y yo nos habíamos conocido precisamente en el transcurso de un viaje, en un crucero por Noruega, hacía más de quince años. A mí me acompañaba mi novio de toda la vida, y a ella su marido, con quien se había casado un año antes. Aún no había nacido ninguno de sus dos hijos. Hélène se quedaría embarazada a los seis meses de regresar de aquel crucero. Un mes antes de aquella buena noticia yo dejé a mi novio, otra buena noticia. Tal vez por aburrimiento, porque en los cruceros antes o después hay momentos así, en los que puedes encontrar consuelo saltando por la borda y muriendo, entablamos conversación y descubrimos que las dos éramos de Lyon, y que hasta los seis años habíamos vivido casi en la misma calle sin conocernos. A nuestro regreso a Francia seguimos viéndonos. Al cabo de un año empezamos a viajar juntas.

Quedamos en Le Matin para descubrir el restaurante y matar con nuestras propias manos la

aparatoso reseña de *Libération*, pero también para precisar algunos detalles relacionados con el plan de viaje. Rebosábamos entusiasmo. Llevábamos años soñando con visitar ese país, hasta convertirlo en una obsesión compartida, que sosteníamos a cuatro manos, como si fuese una gran olla, y que por unas razones u otras al final relegábamos. A la postre, el exceso de entusiasmo genera sus propios peligros, y uno es su fagocitación, y que se frustre antes de tiempo. Pero ¿quién es tan aguafiestas para poner muros a su alegría? Nosotras ni siquiera sabríamos cómo hacerlo. Hélène había acudido a clases de japonés durante los últimos ocho meses. Apenas hizo unos avances, pero tampoco eso importaba demasiado. Nadie aprende japonés para ir a Japón y regresar a los quince días. Salvo Hélène, que lo intentaba. Jugar a estudiar aquel endiablado idioma era ya un modo de estar viajando por el país, decía.

Yo me tomé, para empezar, una crema helada con caviar y paté de hígado de salmonete, mientras que Hélène eligió una tortilla de angulas con setas enoki. Para los segundos, ella devoró –no sabría yo decirlo de otro modo– unos lomos de raya con alcachofas cubiertos por una emulsión de yema de huevo de pato al azahar y yo una pechuga de codorniz a la salsa de congrio. Coincidimos en que la cocina había evolucionado en tal dirección que escribir sobre ella conducía inevitablemente a la grandilocuencia. Los nombres de los platos se habían vuelto un atractivo literario a la altura del propio plato, a veces superándolo. Nosotras nos sentimos afortunadas, en todo caso, disfrutando de una comida muy sabrosa y de nuestros planes de futuro.

A los postres, en una inesperada confidencia, me insinuó la posibilidad de divorciarse. Fue la primera vez. Llevaba veintiún años casada. Hélène tenía, como cualquiera, mil cosas que reprochar a su marido, y quizás él a ella, pero nunca había pasado de ahí. Mil es una cifra moderada. En la naturaleza de los reproches está su propia disolución. En cierto sentido, el reproche no tiene futuro. Nace, se anuncia y se funde hasta desaparecer, y ya no hay nada que reprochar, a menos que el reproche mute y se convierta en un cúmulo de culpas insalvable. Desde que nos conocíamos, yo todavía no tenía claro si Dominique me caía bien o rematadamente mal. «¿Desde cuándo das vueltas a esa idea?», pregunté. «Desde hace diez años, creo, aunque me acabo de enterar esta mañana», respondió. Me hizo reír. La convivencia se estaba volviendo demasiado anodina. No es que hubiese conflictos sin solución, pero en vista del hastío que empezaba a experimentar, era cuestión de tiempo que antes o después emergiesen. «Ahora los niños ya son mayores, no tendría que explicarles por qué es un coñazo vivir con su padre. Seguramente lo aprecian ellos mismos.»

Su hija cumpliría dieciséis años el mes siguiente, y el mayor, de veinte, estaba demasiado centrado en experimentar todo lo que le ofrecía la vida a su edad, que era mucho. «No me parece que ninguno vaya a despeñarse a una crisis. La mitad de los padres de sus amigos están divorciados, y ellos tienen el sentido del sarcasmo tan exacerbado que se me hace difícil entender que a estas alturas no me hayan preguntado por qué todavía no nos hemos separado y nos empeñamos en caminar juntos, al revés de los tiempos», dijo.

Hélène sostenía que una mujer alcanza el estado ideal cuando logra que casi todo le importe un pimiento y sonrío por ello. Se mantenía en una frivolidad estudiada. Seria y rigurosa en su trabajo, con numerosos ensayos publicados y traducidos a varios idiomas, tendía en lo demás a cierta liviandad. Yo lo intentaba, o la imitaba, aunque con menos éxito. Nos parecía que en muchos aspectos la vida se disfrutaba mucho más si le retirábamos la primera capa de gravedad, a menudo superflua. Por esa razón se tomaba con calma la época que atravesaba su hijo. Hacía unos meses, por ejemplo, le había encontrado una piedra de hachís en el pantalón. «Era una piedra de tamaño moderado, tirando a pequeño. En su momento, yo me manejé con piedras más grandes.» Se

mantenía vigilante, pero no ansiosa. Menos aún le importaba que durmiese muchos días fuera de casa. En general, conocía y le gustaban casi todos sus amigos. Yo hacía al menos cuatro meses que no lo veía, coincidiendo con un fin de semana en que Hélène y su familia y yo y mi actual pareja fuimos a esquiar cerca de Grenoble, donde el marido de mi amiga tenía un refugio. Le pregunté si su hijo salía con alguien, pero no le sonaba esa canción. «Me parece que tiene un afinado sentido de la finitud de las cosas, desde el universo hasta las relaciones sentimentales. Yo diría que le gusta dejar de salir con chicas.»

Pagamos a medias, como siempre, y a las tres y media nos marchamos. Esa tarde ella presidía una reunión del consejo editorial de una de las revistas con las que colaboraba, y por la noche acudiría a disgusto a una cena, acompañando a su marido, cuyo trabajo más veces de las necesarias consistía simplemente en hacer acto de presencia en eventos así, en los que no se les perdía nada. Si me daban a elegir, me parecía más atractiva la idea de pasar una noche atendiendo urgencias en un hospital.

Me fui a casa y dormí una siesta de dos horas y media. A medida que se acercaban las ocho de la tarde, ya no me resultaba tan atrayente el plan de pasar doce horas trabajando, y empezaba a no preferirlo frente a la opción de acudir a una cena por compromiso, en la que siempre cabría la posibilidad de emborracharme para olvidar que me estaba aburriendo rodeada de gente que me importaba un pimiento. El deseo de cambiar de vida era en mi caso una crisis cíclica, iba y venía. A períodos en los que aborrecía lo que hacía, les sucedían épocas en las que ser médica me parecía la profesión más agradecida del mundo. Hay muchos días que me digo que esto no puede seguir así, que tengo que hacer cambios, acometer este proyecto, abandonar aquella rutina, pero a la mañana siguiente me parece que todo está bien tal como está.

Llegué al Hospital de la Croix-Rousse a las ocho menos cinco. En el office, una de mis compañeras, que acababa turno, soltó una bomba, ante la que apenas nos inmutamos porque allí trabajamos con bombas, al comentar que había tenido un día relativamente tranquilo hasta que a las seis de la tarde había entrado una ambulancia con una niña de ocho años con enormes desgarros y hemorragias. No pudieron salvarle la vida. El conductor de la ambulancia le había contado que después de que un rottweiler de veinte kilos la zarandeara por el cuello como si fuese una toalla mojada, y le arrancase la mitad de la cara, y mientras las emergencias trataban de mantenerla con vida, había visto al dueño del perro tumbar al animal y cortarle la garganta con una navaja. Todo en medio de un parque, delante de decenas de chavales horrorizados.

Nos quedamos con mal cuerpo, pero nos rehicimos, pues rehacerse es también lo habitual cuando intentas salvar vidas que a veces tienen difícil salvación, y nos fuimos desperdigando por los pasillos en silencio. A mí se me quedó adherida la imagen de una niña de ocho años con un vestido blanco, que mi imaginación recreó por su cuenta, llevada de un lado a otro por el rottweiler al que su dueño era incapaz de detener. Me tomé un café de una de las máquinas, que por alguna extraña razón me gusta más que el café delicioso que mis compañeros llevan en sus termos. Pero esa noche no me supo a nada, o me supo a la porquería que según todo el mundo que lo ha probado dice que sabe. No creo que fuese culpa del café, visto desde el presente, rebobinando, sino del malestar que me produjo el relato de la niña y el rottweiler.

En mi profesión, las cosas terribles que enfrentamos no pueden afectar a nuestra sensibilidad más que durante un rato. Más tiempo es un lujo. O un desperdicio. Enseguida hay que olvidarlas para, la mayor parte de las veces, dejar paso a nuevos horrores que requieren toda nuestra atención. Aquel viernes se cumplió esta pauta de nuevo, a rajatabla, como una maldición. Nos estábamos preguntando algunas compañeras si íbamos a tener una noche tranquila, como si

fuésemos primerizas, o tontas, cuando a las once y cinco de la noche entró la alerta de que se había registrado una fortísima explosión en un edificio de la rue Romarin.

Tardamos ocho minutos en llegar. No podía creer lo que me encontré: amasijos de hierros, hormigón, grandes y pequeños bloques de paredes, objetos rotos, gritos, pánico, y aquella nube de polvo blancuzco, como niebla cerrada, que se te metía por los ojos y la garganta. Producía miedo avanzar entre semejante negrura, en la que los focos de los bomberos apenas hacían mella. Se comportaba como una oscuridad inviolable y, al principio, mientras no nos acostumbremos a ella, frustrante, igual que el juego de la gallina ciega. Yo llegué en la primera de las ambulancias, casi al tiempo que el primer equipo de bomberos, que sofocaba un pequeño incendio e intentaba llevar luz a la oscuridad del edificio. Hacía mucho calor. Me golpearon tanto la temperatura y la oscuridad como el olor, muy fuerte.

Debimos tener en cuenta la posibilidad de que se produjese una nueva explosión, y, sin embargo, en aquellos instantes nadie consideró conveniente tomar tales precauciones. Actuamos alocadamente, porque no se podía intervenir de otra manera. Quizá cada segundo se descontaba de una vida a punto de perderse. Era la diferencia entre estar vivo y estar muerto muchas veces. Había que entrar a salvar el mayor número de vidas, en un sitio tan oscuro que no sabíamos si había o no vidas que rescatar. Algunos vecinos, que salieron enseguida a la calle, aseguraron que sí, que había muchachos dentro. Una mujer en bata de casa no paraba de repetir que había visto a uno de los chicos asomado a la ventana poco antes de la explosión, fumando un cigarrillo.

Subimos a la primera planta detrás de los bomberos, por una escalera que tendieron en el frontal del edificio, al que la explosión había arrancado la fachada y del que colgaban hierros deformados y cascotes como si fuesen hilos de ropa gastada. Al adentrarnos en una de las viviendas de la primera planta, oímos un grito. Alguien reclamó silencio, para identificar la procedencia. Había ya un montón de personal de emergencias, que hacía mucho ruido e impedía distinguir de dónde venía la voz. «¡Al fondo!», aseguró un bombero. «¡Viene del fondo!» Lo seguimos. El calor me ahogó como una bufanda apretada. Yo prestaba atención al haz de luz de su linterna. La necesidad de encontrar a gente con vida, cuando llegas al lugar de un accidente, funciona como una especie de ansiedad. Mi corazón trabajaba a mil por hora. En un momento dado miré al suelo y me fijé en que estaba aplastando la pantalla de un ordenador portátil.

«¡Aquí!» El bombero iluminó un bloque de ladrillos, y vi cómo entre los restos destacaba un pie. Era un pie con botín, inmóvil, en el que vi esperanza, igual que en esas carreteras por las que no pasa casi nadie, y donde la vida intenta abrirse paso, consiguiendo que entre el asfalto nazca una hierba. «¡Mi brazo, mi brazo! ¡Sacadme de aquí!», gritaba, arruinado seguramente por el dolor. Entonces le vi la cara. «Tranquilo, muchacho, vamos a ayudarte», le dijo el bombero, que reclamó a sus compañeros ayuda para intentar mover la pared que lo aprisionaba. «¿Cómo te llamas?», le pregunté, arrodillándome ante él. Tenía que calmarle el dolor. Abrí mi maletín. «¡Paul!», dijo. «Muy bien, Paul. Quiero que me mires, no dejes de mirarme, y háblame, cuéntame qué ha pasado, con quién estabas», le pedí, mientras examinaba su respiración y comprobaba su pulso en una carótida y mi compañera Odette le suministraba un miligramo de morfina.

Tres bomberos intentaban mover la pared derribada haciendo palanca con una barra de hierro. Miré a mi alrededor, a las ruinas, en busca de esperanza, porque todo lo que mis ojos distinguían eran añicos. Me hice la idea de que nos encontrábamos en la parte de la vivienda que antes había sido un cuarto de baño. Había restos de una pileta, y un urinario que se había partido en cuatro como si fuese una tarta.

Cuando al fin apartaron el bloque de ladrillos, y constaté el estado del brazo de aquel

muchacho, me esforcé en mostrar entereza. Estaba acostumbrada a hacerlo, pero nunca lo suficientemente acostumbrada. Qué horror, qué horror, pensé. Cómo podrían los cirujanos reconstruir aquel destrozo. Había que llevarse a Paul de allí enseguida. Fue entonces cuando alguien exclamó: «¡Aquí hay otro!» Me volví, buscando a mis compañeros. Le pedí a Odette que se hiciese cargo de Paul, había que inmovilizarlo y trasladarlo lo antes posible al hospital. «Todo va a ir bien, Paul», le dije, y le di un beso en la mejilla.

Avancé entre los haces de luz, que molestaban tanto como ayudaban, y casi había que apartarlos, como cortinas. Cada movimiento entre aquella escombrera era un acto de adivinación. Estábamos perdidos, intentando buscar señales de vida en mitad de algo que había quedado reducido a la nada. «Creo que está muerta», dijo el bombero al ver que me arrodillaba ante la chica. Era una joven de unos veinte años. Algo le había golpeado el cráneo, hasta casi arrancarle una parte de un mordisco. No tenía oreja derecha. Su solo aspecto desalentaba cualquier esperanza, pero aun así le tomé el pulso. Habían instalado nuevos focos que proyectaron de repente mucha más luz en el interior. Casi se hizo de día. Pude ver mejor a la chica, que llevaba puesto un hermoso vestido de flores, aunque la explosión le había desgarrado la parte de arriba, desnudándola hasta la cintura. Tenía un zapato puesto, de color rojo. Muy cerca de donde ella se encontraba, reparé en un zapato negro, de hombre. Solo era un objeto, pero uno de esos objetos que los miras durante unos pocos segundos y te empiezan a contar una historia muy triste, para toda la vida.

«¡Aquí, doctora, aquí!», me avisó el mismo bombero que nos había conducido hasta Paul. «¡Creo que está vivo!» Me levanté como un resorte y fui subiendo y bajando montañas. Tropecé y me caí de bruces al suelo, pero ya había perdido toda noción de dolor, y me incorporé sin darme cuenta de que me había torcido un tobillo. En la caída, como si en mitad de una gran debacle el tiempo se dilatase y un detalle minúsculo resaltase igual que uno de extraordinaria magnitud, distinguí la carátula de *Supersalidos* entre los cascotes. Cómo me lo había pasado hacía unos años con aquella película que había visto en el cine Saint-Denis, arrastrada por mi novio de entonces.

El cuerpo del muchacho estaba cubierto por una manta gruesa de polvareda, que le proporcionaba un aspecto muy parecido al de una momia, salvo porque su pecho subía y bajaba, subía y bajaba, y en cada espiración expulsaba sangre por la boca. Le faltaba la pierna derecha, seccionada por la rodilla. No la vi por ninguna parte. Había encontrado la carátula de *Supersalidos* y en cambio no podía encontrar una pierna.

Le hablé, pero el joven estaba agonizando. Se ahogaba en su propia vida. No podía oírme. Presentaba un pulso irregular, muy lento. Le pasé una mano por la cara, que sentí muy fría. Aún recuerdo el tacto arenoso al acariciarlo. Al limpiar su rostro destapé un horror todavía mayor. ¡Lo conocía! Era Didier, el hijo de Hélène. Me quedé bloqueada. Me pesaban las manos, como si fuesen de hormigón. Sentí un cortocircuito que sumió mi voluntad en el caos. Tenía que mantener a Didier aferrado a la vida como fuese, pero cómo, si nadie daba órdenes a mis manos, y además mis manos pertenecían a una estatua. Grité. No sé qué grité. Odette acudió en mi ayuda. «Lo conozco, es el hijo de mi mejor amiga», expliqué. «Déjame a mí. Agárrale la mano.» Las dos sobrentendimos que iba a ser como una despedida. Pensé que mi mano sería la mano de su madre, y que lo que ella quisiese decirle a su hijo en aquel momento tendría que decírselo yo. Y eso fue lo que hice.

Me coloqué detrás, para no estorbar las maniobras de Odette, y posé una mano en la mejilla de Didier, mientras le susurraba al oído que su madre lo quería tanto que se podía notar su presencia. «Vas a verla enseguida, porque está camino del hospital. Tienes que aguantar, Didier. Aguanta», le

pedí, ingenuamente, mientras le prometía que se pondría bien, que lo sacaríamos de esa, y que su madre y yo nos lo llevaríamos con nosotras a Japón, e iríamos a ver Shirakawago, con sus casas tradicionales de estilo gassho-zukuri, y el enorme torii rojo en el mar, en el santuario de Itsukushima, en la isla de Miyajima, que era lo que más ansiaba visitar su madre, pero también podíamos subirnos a uno de los miradores de Tokio, como el de la torre SkyTree. Continué durante un rato recitándole maravillas de aquel país al oído, le hablé de la comida, de los budas, y entonces, cuando se me agotaban ya las ideas, sentí la mano de Odette sobre mi cabeza, y luego su voz. «Violette, se acabó», me dijo. Pero yo no entendí qué se había acabado, por qué tenía que acabarse, no, no, todavía podíamos hacer algo, Didier debía vivir, cómo iba a contarle a Héléne que su hijo estaba muerto.

La tragedia puso a prueba la profundidad de la noche, capaz de alargarse años. Aquel sufrimiento no era para humanos. Algunos días sueño que aún no se acabó, y cuando me despierto, aliviada, descubro que en realidad no estaba soñando, y que, a su manera, tres años después la noche sigue ahí, en presente, llena de polvo. Si esta es mi pesadilla particular, que sufro cuando estoy despierta, no consigo imaginar en qué hora de aquella noche se encuentra atrapada Héléne.

Cuando regresamos al hospital, y Paul Madiot, al final el único muchacho que habíamos rescatado vivo, estaba a punto de entrar en el quirófano, me encerré durante algunos minutos en un angosto despacho que empleábamos los médicos de urgencias para descansar entre horror y horror. Ese ínterin en el que no sucedía nada era el que nos salvaba la vida a nosotros. Me senté en un sofá más incómodo que pequeño. Medité las palabras que debía usar para comunicar a Héléne la muerte de Didier. No es que no supiese, pues lo había hecho docenas de veces. Pero ahora las circunstancias variaban y era como volver a una especie de primera vez. En verdad no tenía la menor idea de cómo comunicar algo tan terrible. Las frases hechas que servían para otros casos eran frases muertas en este. Estaba demasiado acostumbrada a tratar con desconocidos. Todo es distinto cuando tienes delante a una persona a la que aprecias, como yo a Héléne. No quería llamarla y, a la vez, no quería que nadie lo hiciese en mi lugar.

Héléne se encontraba camino de casa cuando atendió el teléfono. Era la una y media. Nos encontrábamos casi al comienzo de la madrugada, cuando la puerta se cierra a nuestra espalda y todos nos quedamos solos y no se vive sino a tientas, por adivinación. «Qué raro que me llames a esta hora. ¿Ha pasado algo?», preguntó antes de tiempo, cansada, pero de buen humor, sin farsas. Le salió natural, como cuando al abrir una persiana se cuele la luz. Entonces, con una mezcla de calma y desolación, y movimiento y lentitud, le trasladé todo lo que había ocurrido esa noche hasta ese instante: la explosión, el aviso al hospital, la salida precipitada, el horror de la rue Romarin, los chicos, Didier muerto... Oí un alarido, llantos, escuché la voz de su marido preguntando «¿Qué pasa, Héléne, qué pasa?», escuché a mi amiga decir, entre sollozos, que Didier estaba muerto, que había que ir al hospital, y no escuché más porque colgué. Aquel dolor no me pertenecía, formaba parte del duelo privado de unos padres que acababan de perder a un hijo de veinte años.

Muchas cosas cambiaron a partir de esa noche. Qué si no. Era un golpe de vida, y los golpes de vida mueven las cosas seguras, que siempre han sido de determinada manera, de su sitio original. La fortaleza de una persona se demuestra en su capacidad para, con paciencia, redimirse, devolver todo lo que se ha movido, y que es importante, a su lugar. Yo pensaba que Héléne podía caer, pero no ser vencida por la adversidad, o no sin plantear una lucha titánica, en la que en soledad una se vuelve una mujer heroica. Ella reunía genio y arrojo, inteligencia, y le hacía frente a la vida cada vez que esta le lanzaba un desafío. Y la vida siempre está lanzando desafíos.

Cuando superas uno, te plantea otro. Mi amiga desplegaba un gesto amable y tierno, que funcionaba como un cebo, detrás del cual se ocultaba el gesto auténtico de la mujer sentimental pero inflexible que era. Yo la veía de lejos y me gustaba, pero no tanto como al tenerla cerca; todavía me gustaba más cuando volvíamos a alejarnos. Pertenece a esa extraña raza de personas que absorben los conflictos, que reducen los problemas a una cuestión de punto de vista, y que mantienen una relación civilizada con el dolor.

Junto a las cosas que no iban a pasar y pasaron, se contaron las que iban a pasar y al final no lo hicieron. Entre ellas, su divorcio. La tragedia la unió a Dominique de un modo no contemplado. La familia había sido atacada desde un caballo de Troya, y la reacción instintiva consistió en permanecer uno al lado del otro. Dominique apaciguaba la infelicidad que ella sentía, y que formaba parte del duelo. «No hay que saltarse un trámite emocional», me decía de vez en cuando, asumiendo sus propios consejos. La muerte de Didier no reparó los problemas del matrimonio que había advertido antes de aquel día; simplemente, dadas las circunstancias, el divorcio ofrecía problemas todavía mayores que los que ya padecía. Ella siguió aburriéndose a su lado, pero en la nueva situación concluyó que el aburrimiento era lo que más le convenía. Y mencionaba otra vez los trámites, y la importancia de pasar por todos ellos, sin atajos. No tenía ganas de sentirse feliz, ni de cumplir sueños, que por otra parte se habían apagado temporalmente. Con Dominique Hinault a su lado no se sentía tan desamparada; hastiada sí, pero menos vulnerable. Funcionaba como un techo contra la intemperie. Quizá no estuviese enamorada de él, es decir, no lo estaba, ni quedase pizca de pasión, pero de momento aún podía decir que lo quería, y era importante querer algo cuando lo que más querías en el mundo te había sido arrebatado. Además, ya no consideraba que su hija, tan unida a Didier, no fuese a acusar ahora los cambios bruscos de un divorcio.

Las semanas que siguieron a la explosión de la rue Romarin no sirvieron para alejarme tanto de aquel día como para aferrarme a él. Durante muchos días pasé por la habitación de Paul Madiot en el hospital. Hablaba con los cirujanos, que me mantenían al tanto de cada intervención, en un obstinado esfuerzo por salvarle el brazo; hablaba con los psiquiatras, que lo seguían sin que él llegase a sospechar que sufría seguimiento alguno; hablaba, sobre todo, con sus padres.

Su madre era una reputada psiquiatra, que no obstante dejó trabajar a los profesionales del hospital con total autonomía. Pero en especial me impresionó conocer al padre de Paul, un hombre atractivo y enigmático que se desplazaba siempre hacia el ángulo discreto de las escenas, como si su existencia transcurriese siempre en una especie de plano inclinado que lo hacía rodar hasta las esquinas. Quizá se tratase de simple autodefensa. O de alergia a los centros. Su elegancia, inamovible, como tallada en mármol, se había convertido en objeto de comentarios entre el personal del Croix-Rousse, pues cada minuto que permaneció al lado de su hijo vistió un traje impecable, hecho a medida, que le proporcionaba un aspecto aristocrático y sin embargo accesible. Era un hombre alto, sin edad, con el cabello blanco, abundante, que había sorteado la calvicie casi con un exceso de éxito. Sentado, adoptaba una postura regia, muy recto. Cuando lo espiaba, a menudo lo sorprendía con los pulgares en los bolsillitos del chaleco. Su conversación en lugar de mantenerte enfrente te envolvía.

Tuvimos ocasión de entablar largas charlas, que se hacían cortas gracias a él, en las salas de espera, en los pasillos, en la habitación de Paul, o en las cercanías del edificio, donde de vez en cuando salía a fumar un cigarrillo. Hablábamos casi siempre de Paul y de sus amigos. De vez en cuando también de nosotros. En uno de esos días en que recalábamos en su vida o en la mía, como en una huida de las vidas ajenas, al fin se dieron las condiciones para preguntarle por su profesión. Me intrigaba a qué se dedicaría alguien que vestía como él, y a quien los gestos,

delicados, tan elocuentes, revelaban tanto como ocultaban. Llegué a pensar que tal vez no tuviese profesión porque podía permitírselo, o que acaso su trabajo consistía en ir vestido de aquella manera para que a su alrededor se despertasen todo tipo de elucubraciones. Me explicó, sin embargo, que era crítico de hoteles para numerosos periódicos y revistas, lo cual lo mantenía durante muchas semanas al año viajando para pasar un par de noches fuera y encontrar en qué aspectos eran o no recomendables los sitios que visitaba.

Me confesó otra faceta menos conocida de su trabajo, y quizá todavía más apasionante, y casi pintoresca: era especialista en relojes. «¿Un especialista en relojes es un relojero?», pregunté un poco inseguro, ingenuamente. Sonrió lejanamente y me explicó la diferencia entre arreglar o vender un reloj y conocer la historia de los relojes o cuándo hay que ponerse uno u otro, qué dice un reloj de su dueño, o incluso cómo se demuestra mayor o menor clase en un acto fugaz como el de consultar la hora. Existe un tipo de revistas, me contó, que incluyen secciones sobre productos de lujo que dan cuenta de la salida al mercado de determinados modelos de relojes. «Comento el estilo, si es más funcional que elegante, o si respeta más o menos el arte de la relojería. También puedo hablar de su diseño, si es minimalista, o clásico, o poderoso y deportivo, o urbano, o si está dirigido a un público u otro. Al final me gusta hacer un comentario ñoño que no significa nada, como si está diseñado para medir el tiempo o para saborearlo, o para desconectar y disfrutar de la vida y al cabo volver a conectarse mejor», dijo, riéndose de sí mismo.

Unas pocas semanas después del entierro de Didier, me vi con Hélène para nada en concreto. Era habitual que nos citásemos con pretextos así, inexistentes. «¿Quedamos?», nos decíamos. «¿Para qué?», preguntábamos. «Para nada», respondíamos, y entonces nos encontrábamos. Simplemente, nos apetecía cumplir con el trámite de tomar un café en una terraza mientras nos daba el aire. Hacía un día estupendo. La cité en el Moo Café-Comptoir para que probase las mejores tostadas de Lyon. Me explicó que el día anterior había vuelto a la facultad, a dar su clase de Literatura Comparada. «Los alumnos me recibieron con un aplauso, y conseguí no llorar.» Hablamos de Didier con naturalidad. Hacía dos días, ordenando sus pertenencias, había encontrado un manuscrito con una docena de cuentos. Estaba asombrada de que, siendo su madre, y además profesora de literatura, él nunca le hubiese comentado que escribía. «Es extrañísimo. Me contaba cosas mucho más delicadas. Cuando quería no tenía problema en mostrarse bastante impúdico. Naturalmente, me dejaba de contar aún muchas más, algunas de las cuales yo las deducía y adivinaba. Pero escribir, francamente, es algo que nunca sospeché de él. Leía poco, para mi gusto. ¿Por qué no me lo diría?», se preguntó.

Pero más extraño que desconocer que escribía, dijo después, fue «constatar que escribía realmente bien para un chico de veinte años. Escribía, digamos, como una persona de treinta y ocho que empieza a tener algo que contar y encuentra al fin un camino para hacerlo». Había leído tres de los doce relatos. «Tuve que detenerme después del tercero. Me gustó tanto que me dio miedo que se acabasen y que nunca más pudiese leerlos por primera vez.» Iba a hablarme de ese tercer relato cuando recibió una llamada del instituto alertándola de que su hija no había acudido a las dos primeras clases. Estaba un poco preocupada por la forma en que reaccionaba a la ausencia de Didier. En lugar de manifestar la tristeza a través del decaimiento, lo hacía a través de la rabia y las pequeñas rebeliones. Se negaba a cumplir con todo aquello que significase una imposición, como estudiar, esperar ante un semáforo en rojo, o incluso bajar la basura o hacerse la cama. Pero la habilidad de Hélène para, en último término, restar gravedad a las crisis la empujó a manifestar cierta seguridad en que «al final todo saldrá bien».

Por fin me habló del relato que le producía admiración a la vez que azoramiento. La escritura la

emocionó, pero el tema la trastornó. «Me puso los pelos de punta», confesó, con las manos hacia arriba, como si sujetase dos manzanas. El relato contaba las vicisitudes en Boston de una madre soltera, llamada Linda, que años atrás había abandonado el hogar familiar, en Alaska, tras la muerte de su hermano en un barco. Estaba unida a él de un modo muy enigmático, que se mantenía en una nebulosa hasta casi la última línea. Una mañana, Linda recibía la llamada de una amiga, preocupada porque su hijo no había pasado la noche en casa. Se preguntaba si tal vez John, el hijo de Linda, tenía idea de dónde podía estar. Era sábado por la mañana, y Linda fue a buscar a John a su habitación. Tendría que despertarlo, con todo lo que al pobre le gustaba dormir hasta tarde los días que no había instituto. Cuando entraba en la habitación y se sentaba en el borde de la cama, descubría aterrorizada que su hijo tampoco estaba. En su lugar, bajo las sábanas, había colocado torpemente una almohada. A partir de ese momento se iniciaba una desesperada búsqueda de los dos muchachos. Telefoneaban a otras madres, por si sus hijos sabían algo, llamaban a hospitales, acudían a la policía. Ese mediodía, cuando Linda regresaba a casa, veía un camión de bomberos y una ambulancia junto a su edificio. Al parecer, se había producido una mala combustión en una caldera en la vivienda de un viejo joyero, al que su asistenta había encontrado muerto sobre la cama. Esta había alertado a los servicios de emergencia, y mientras abría las ventanas, en una pequeña habitación en la que el joyero ocultaba una caja fuerte descubría los cadáveres de John y su amigo, que en el intento de robo habían muerto también por intoxicación. Al final del relato, una abatida Linda, incapaz de afrontar la vida sin su hijo, decidía dejar Boston y regresar con su padre a Alaska, momento en el que, en un giro inesperado, al final de todo se descubría que el hermano de Linda era el padre de John.

Pasaron las semanas. Lógicamente, suspendimos nuestros planes para viajar a Japón ese verano. No pudimos recuperar el dinero que ya habíamos comprometido en billetes de avión y hoteles. Hélène quiso compensarme, pero me negué. Ciertas pérdidas, aun las económicas, dan dignidad si una sabe encajarlas. En realidad, me animó a que viajase yo sola, o con otra persona si lo prefería, pero esa opción carecía de sentido. Ese era nuestro viaje. En agosto, de todas formas, me tomé una semana de vacaciones para irme a Sicilia con mi hermana y mi sobrino. No fue nada previsto, calculado, sino un plan sacado de la manga de cualquier modo, cuando el padre del niño, que iba a llevárselo quince días a España, con sus abuelos, salió pitando a Costa Rica, como siempre, porque lo reclamaba un trabajo urgente, trascendental para su carrera.

El regreso a Lyon coincidió con la operación contra el extremismo islámico en las afueras de París. Yo había quedado a cenar con Hélène el último viernes de agosto. Le quería contar mi recorrido en círculo por Sicilia, en el que había descubierto el hotel más maravilloso del mundo en Castel di Tusa, el Atelier sul Mare, que funciona a la vez como centro de arte contemporáneo, con veinte habitaciones diseñadas y equipadas por artistas. Las detenciones se produjeron el jueves por la tarde, a última hora. Los detalles nos indujeron un estado incómodo mezcla de alivio y perplejidad. Me pareció que en Hélène afloraron las mismas sensaciones, pero más violentas. Más violento incluso el consuelo, ya que al fin había respuestas a tantas preguntas como dejó la noche de la explosión, y que en realidad se reducían a una: por qué había explosivos en la vivienda del matrimonio marroquí, que hasta el momento solo había dado muestras de llevar una apacible vida al estilo francés, y disfrutado de él como cualquiera, independientemente de que se apellidase Slimani, Pinot o Proust.

Hasta ese momento, la policía se había centrado en el seguimiento de Nahel Abdelhak, dueño de un pequeño negocio de venta y reparación de aparatos informáticos. Él era el único contacto del matrimonio con personas de origen marroquí. Abdelhak estaba casado, tenía una hija y acudía

regularmente a la Gran Mezquita, en el boulevard Pinel, al lado de la que habíamos pasado tantas veces. Antes de la tienda de informática había tenido otra de alimentación, según la prensa. Para seguir rastreando su vida había que abandonar Lyon, adonde había llegado hacía diez años procedente de París. Allí vivió con sus hermanos desde su llegada a Francia, cuando solo tenía diez años.

Los movimientos de Abdelhak durante el mes de junio se limitaron a contactos con clientes y proveedores. Sus llamadas telefónicas no depararon resultados más interesantes. Costaba creer que fuese sospechoso de algo. Pero a mediados de julio se trasladó a París, donde se alojó en casa de un conocido durante dos días. En ese tiempo mantuvo contactos con otros ciudadanos marroquíes. Uno de ellos fue quien condujo a la policía hasta un argelino con antecedentes, y la circunstancia que desencadenó las detenciones en el barrio de Essonne. Los registros revelaron resultados sorprendentes. En un garaje de la zona Viry-Châtillon se encontraron, sin mezclar, importantes cantidades de acetona, agua oxigenada y ácido sulfúrico, los mismos componentes que habían causado la explosión en el edificio de la rue Romarin, así como detonadores y otros materiales utilizados habitualmente en la preparación de bombas. No menos importante fue el hallazgo de documentos cuyo estudio acreditaba que la célula islamista había utilizado la vivienda de Adel Slimani para ocultar explosivos, con vistas a emplearlos contra objetivos situados en París.

Vi a Hélène lejos del mejor momento de su vida, pero aun así creí adivinar que se rehacía lentamente. Había empezado a dormir sin que las pesadillas la arrojasen a lo peor de la noche. Ella pensaba que tardaría años en recuperarse, incluso que nunca se recuperaría, pero también creía que cada día experimentaría un tipo de mejoría, a veces invisible.

Acudió a la cita con el mismo vestido que el día que comimos solo unas horas antes de que Didier muriese. Fue ella quien me pidió que reparase en esa casualidad, «porque no es una casualidad. Quiero empezar a mirar atrás, pero a más atrás de la muerte de Didier». Aquel vestido rojo era su forma de decirse a sí misma, y a quienes habían acabado con la vida de su hijo, que lo que habían hecho era tan horrible que nunca nada sería lo bastante horrible como para cambiar ciertas cosas. «Me encanta el vestido», aseguró, alisándolo con las manos. Es difícil desprenderse de una prenda de ropa con la que te has encariñado. Nunca nos parece que esté tan vieja ni gastada que no podamos vestirla una vez más, y otra, y una más, aunque esté asociada a un momento atroz.

Aquel día hasta la noche, y todos los días de su vida anteriores al 7 de mayo, con sus horas mejores y peores, no merecían quedar reducidos a un recuerdo trágico. Se merecían una oportunidad, pensaba. «Quiero seguir teniendo historias de amor con unos zapatos, o un vestido, o una chaqueta, y con mi hija, y con todas mis amigas. Nadie puede matar eso», dijo. Creo que aquella fue la cena que lo cambió todo otra vez, cuando ella tomó la decisión de ser la de siempre, salvando el hecho de que no podría ser la de siempre pero sí alguien muy parecido, que la imitaba en todo salvo en el dolor del que la nueva versión jamás podría desprenderse. Si esperaba más quizás ya no tuviese ocasión de remontar la tragedia, y se convertiría en una causa perdida para siempre, en una mujer viva, sí, pero que ya no descansaría nunca en paz.

Hace cinco meses se divorció de Dominique Hinault. Me enteré por una llamada telefónica. Yo estaba en el hospital. Cuando veía sus llamadas en mi móvil todavía me ponía en tensión. En el fondo, creía que iba a contarme algo terrible. «Solo quería decirte que acabo de divorciarme», me dijo. «No te merecías que pasase como hace tres años, cuando te anuncié que me iba a divorciar y, al poco, que no me iba a divorciar. Nada de futuribles. “Me divorcié”, en pasado, suena mucho mejor que “Me voy a divorciar”. ¿No te parece?»

No llevo una vida normal. Tampoco sé si algún día acabaré llevándola. Las cosas normales son lo primero que desaparece en una catástrofe. En su lugar se queda a vivir, como en una invasión, lo desconocido, a lo que por necesidad acabas acercándote. Yo, por ejemplo, no puedo vivir en edificios con vecinos al otro lado de la pared. Desde que salí del Hospital de la Croix-Rousse y a los pocos meses, tras la rehabilitación, abandoné otra vez la casa de mis padres para seguir estudiando, compartí una casa con tres estudiantes y un señor mayor en las afueras de Lyon. Los vecinos más próximos residían a treinta metros, y también en una casa. Esa lejanía me proporcionaba oxígeno. Nosotros teníamos una perra que se llamaba Andrejczyk. Era una lata llamarla por su nombre. No había unanimidad en la forma en que había que pronunciarlo. ¿Por qué se lo pusimos entonces? No se lo pusimos, lo hizo el polaco que vino un día a arreglarnos la calefacción y nos preguntó si nos interesaba un cachorro de labrador. Dijimos que sí porque era una palabra tan corta como no. ¿En su lugar pudimos haber dicho que no? Seguramente sí, pero nadie atinó.

Volver a Lyon no fue una decisión sencilla, pero pensé que antes o después tendría que hacer frente a algunos fantasmas. Solo a algunos, pongamos que a los pequeños, y durante un tiempo limitado. Cuando completé mis estudios cambié Lyon por Rennes para ingresar en el Instituto Universitario de Formación de Maestros. Ahora vivo en una casa con un jardín en el que hay un columpio que chirría con cierta decadencia y cierto encanto, o al revés. No sé si es consecuencia de que al final hice planes, o de que los planes me hicieron a mí.

No solo huyo de los edificios con muchos vecinos. Me cuesta permanecer rodeado de desconocidos en espacios que congregan a demasiada gente. Las caras nuevas son una fuente de sobresaltos constante, y más si nos quedamos mirando. Por eso me encuentro más cómodo en un pueblo. No me costó demasiado acostumbrarme a que los nuevos vecinos me saludasen sin conocerme todavía. Es hermoso saludar porque sí, por defecto, y fácil; solo hay que asentir con la cabeza o estirar los labios.

Puedo ir a París, a Londres, a Roma, o a cualquier gran ciudad a cambio de no permanecer demasiado tiempo ni entre multitudes. No me gusta desplazarme en metro y ya no disfruto de los trenes. Me he acostumbrado al autobús. Antes aborrecía el coche, aunque no tenía, y, en cambio, ahora que guardo uno en el garaje, lo uso de vez en cuando. Es la propia vida la que te descabalga de las ideas que crees inamovibles. Sufro dolor neuropático. Es lacerante, intenso, intermitente. Va y viene. Cuando regresa, de repente me atraviesa el brazo como un rayo de verano, y tengo que medicarme con gabapentina y duloxetina. Padezco una ligera pérdida de audición, menor, aunque siento miedo ante los golpes fuertes. Algunas noches me despierto aterrado cuando pasa el camión de la basura. A raíz de los nervios, tengo psoriasis. Han transcurrido ya tres años y sigo acudiendo a tratamiento psicológico, aunque solo una vez cada tres meses. Ya me he recuperado de las costillas rotas, del peroné roto, de la tibia rota, del neumotórax. Digo que también me he recuperado de la pérdida del movimiento en mi mano izquierda, y con ello de la pérdida del amor a pintar, pero no es cierto. Me miento, y lo sé, cuando digo que no echo de menos la pintura. Simplemente he asumido que no podría hacerlo bien, y para hacerlo mal no merece la pena

esforzarse. Mis amigos están muertos y yo no, así que está bien. También me he acomodado a esta mentira, gordísima.

Cuando pienso en ello, me parece imposible que ya haya pasado tanto tiempo desde que salí del hospital. Era miércoles, y me dieron el alta a las once de la mañana. Sin embargo, no conseguí salir del edificio hasta casi la una. Llevaba allí cuatro semanas y aún debía hacer frente a tres meses de rehabilitación. Vinieron a despedirse mis neurólogas, los traumatólogos, las psicólogas, todas las enfermeras de la planta, varios pacientes, un conductor de ambulancias, el personal de limpieza. El día anterior estuve con Violette Sez nec. Volví a darle las gracias por salvarme la vida. Me dijo que se alegraba de que me fuese de allí. «Este sitio es feísimo, y la comida pone a los pacientes muy tristes», dijo, con una sonrisa, refiriéndose a su lugar de trabajo. Me preguntó por mis planes. Se me escapó una de esas risas crueles con uno mismo. Yo no tenía planes. No había querido hacer ninguno en el hospital. No era el sitio adecuado. «Quiero empezar a soñar cuando salga. Soñar desde cero.» No me valían los sueños anteriores. Esos eran los sueños del viejo Paul Madiot, y ese Paul Madiot ya no existía. En su lugar había otro Paul Madiot. «Ya tengo ganas de empezar a conocerlo», dijo. Yo también, pensé.

Esa tarde, mientras charlábamos sobre el futuro, o lo que demonios fuese que vendría en los siguientes días, meses, a lo mejor años, le pedí a Violette que me hablase de la noche del 7 de mayo. En las semanas transcurridas le habíamos dado la espalda, y ni siquiera lo decidimos así, explícitamente. No tuvimos que mirarnos y decirnos «callemos». El silencio surgió como uno de esos acuerdos implícitos que no hay que verbalizar, como no hacer ruido por las mañanas, al levantarse, mientras haya gente durmiendo, no pisar las flores de los jardines, o no tomar un paraguas que no te pertenece cuando llueve. El silencio también se volvía en ocasiones útil para llegar a acuerdos.

Mejor no saber, pensaba yo, y puesto que ya sabíamos bastante, mejor recordar lo menos posible que sabíamos casi todo. Pero el día de mi alta partiría con mis padres hacia Burdeos, y me dio miedo perderme algo para siempre. El horror a perder algo es infinitamente peor que saber que nunca tendrás algo que deseas muchísimo. Por entonces yo no estaba seguro de volver a la Escuela Nacional de Bellas Artes de Lyon. Violette y yo nos decíamos que estaríamos en contacto, daba igual adónde nos llevase la vida, pero cuántas veces había escuchado a otros, incluso a mí mismo, decir lo mismo, que seríamos los de siempre, que no cambiaríamos, como si las personas fuésemos siempre iguales a nosotras mismas, que seguiríamos viéndonos y llamándonos, y al final siempre caíamos en la apatía, incapaces de subirnos a un tren o descolgar un teléfono. Las personas cambiamos. Cambiamos sin saberlo, a veces también cambiamos sin querer, cambiamos tras asegurar que no lo haremos, cambiamos poco a poco y cambiamos de repente, cambiamos porque nos empujan o porque nos equivocamos. Cambiamos para sobrevivir, cambiamos por egoísmo, siempre cambiamos, y yo tuve tanto miedo a no ver nunca más a Violette que le pedí que recordase aquella noche por mí. También en eso cambié.

Estuvimos juntos tres horas, hasta que un enfermero me trajo la cena. Hablamos de lo que pasó antes y después de la explosión, hablamos del rescate, de Luca, Emma, Didier, Anouk e Ilka. Hablamos un poco de Adel y Calise. Sumamos su versión y la mía, a ver qué coincidía y qué no, y qué le había pasado desapercibido a cada uno. Ella recordó de pronto algo que había permanecido enterrado en su memoria durante las semanas de mi hospitalización. Ocurrió durante el traslado al hospital. Violette se había subido a la ambulancia conmigo, para asistirme durante el trayecto. A mí me daba miedo la velocidad. Nunca me había dado miedo la velocidad, como mucho la lentitud. Pero los terrores también cambian. «Más despacio, por favor», le pedí. Pero no

podíamos perder ni un segundo. Había que llegar lo antes posible, me dijo. Yo podía oír, o creía oír, tendido sobre la camilla, los sonidos de las máquinas a las que me habían conectado, los ruidos del vehículo, los amortiguadores, la fricción de los neumáticos, Violette gritándole algo al conductor, y oía la sirena de la ambulancia.

Mi nivel de consciencia subía y bajaba. Algunos instantes de mi vida en aquella ambulancia solo admitían la versión de Violette Sez nec. Era la única testigo de mi vida. Yo no podía casi recordar nada. Pero los recuerdos de todos desaparecen y aparecen de repente, y en la víspera de abandonar el hospital ella desenterró una imagen perdida. «Tú llevabas la mascarilla de oxígeno y de vez en cuando, si querías decir algo, movías mucho los párpados. Me di cuenta enseguida. Casi llegando al hospital, volviste a hacer ese gesto. Abriste muchísimo los ojos, se te encendieron de repente, como cuando vuelve la electricidad tras un apagón y todos los electrodomésticos de la casa dan señales y los relojes se iluminan intermitentemente», afirmó. «Te retiré la máscara un instante y me dijiste algo extrañísimo, totalmente pintoresco, dada la situación. “Pon música. ‘Closing Time’, de Leonard Cohen”, me dijiste. En una ambulancia se escuchan cosas de lo más raras. Te sorprenderías de qué pensamientos tiene la gente cuando está a punto de morir, o cree que va a morir. Ahora casi me parece entrañable que quisieses escuchar a Cohen.»

Por supuesto, no recuerdo haber dicho o pensado en Leonard Cohen mientras iba en la ambulancia. No recordaba eso ni tampoco otras muchas cosas. En esos instantes una parte de mí desfalleció, supongo que debido a las lesiones. Pero el relato de Violette, semanas después, me estremeció. Solo era un recuerdo, y bastante insignificante, pero dentro escondía una historia que al revelarse fue la que en realidad me impresionó.

Yo nunca había escuchado ni esa ni otras canciones de Cohen hasta que empecé a vivir con Emma. Ella, en cambio, lo amaba. Decía que era el artista vivo más importante del mundo. Y «Closing Time» era su canción preferida. En septiembre del año anterior había ido a verlo a Atarfe, en Granada, y más tarde a Barcelona, después de abandonar su retiro porque su agente le había estafado ocho millones de euros. El recuerdo de Violette produjo un imprevisto efecto en cadena, pues de pronto vi a Emma poniendo sus canciones una noche y otra. «Si dependiese de mí, pediría oír esta canción en los momentos más importantes de mi vida. También en mi funeral. Paul, acuérdate de ponerla si me muero antes que tú», me dijo una vez, bromeando. No recuerdo si yo le dije qué canción me gustaría que sonase en el mío. Es posible que no. No quiero mentir, así que solo diré que, si Emma me preguntase ahora, le diría que me gustaría escuchar «Brown Sugar», de los Rolling Stones, y que mis amigos la escuchasen en silencio, llevando el ritmo con la punta del pie.

Charlamos de más cosas esa tarde. Me agobiaba hablar solo de mí, ya que justo esa había sido la tónica durante las semanas que duró mi convalecencia. Todo el mundo se refería a mi brazo, a las cuatro operaciones, a mis otras roturas, a la rehabilitación, a la importancia de mirar al futuro. ¡Pero los demás también tendrían planes! Pregunté a Violette por los suyos. Porque tendría planes, decía yo. No podía pasarse la eternidad salvando vidas. Eso tenía que ser aburridísimo, como el operario que aprieta siempre el mismo botón, o el administrativo que transmite las mismas órdenes. «Tengo muchos, pero aún no los conozco», bromeó. Me contó que al año siguiente quizá se fuese quince días a Japón, con la madre de Didier, y al próximo a Bután. Querían conocer el monasterio budista de Taktshang, colgado en las cornisas de una montaña a mil metros del valle sagrado de Paro, al que solo se podía acceder a pie o a caballo.

Nadie se acostumbra a convalecer de sus heridas o enfermedades en un hospital y convertir eso en su vida normal. Aunque no es del todo cierto. Yo lo hice. Me temo que, empujados a ello, nos

acostumbramos a cualquier cosa, incluido el dolor. Rodeado de muros, y de gente vestida en pijama o en anodinos uniformes, cubierto por gasas, e ingiriendo toda clase de pastillas, me pareció que aquel era el único lugar del mundo en el que me encontraría a salvo. Nada había en él que me gustase, pero todo lo que había fuera de allí me horrorizaba el doble. Mi relación con la sociedad, que antes se ventilaba en calles, negocios, aulas, cafeterías, trenes, salas de conciertos, restaurantes, cines, cambió drásticamente. Todo sucedía de pronto dentro de una habitación y un baño, y cuando pude subirme a una silla de ruedas, también en pasillos y salas comunes. Esporádicamente, en un quirófano.

Durante mi convalecencia no me trataba sino con gente como yo, enferma o traumatizada, y, en el mejor de los casos, con gente que trataba de hacerle superar los traumas. Todo conducía al desaliento. A veces un buen día consistía en que mi compañero de habitación me divirtiese hablándome de penurias más cómicas que las mías, como caerse por un agujero en una acera o haber sido atropellado por tu propio padre mientras aparcaba en el garaje. Cuando se cumplieron dos semanas de hospitalización, y la cama de al lado fue ocupada por un nuevo enfermo, vi las primeras luces. ¡Al fin una persona interesante! Es decir, estaba rodeado de personas encantadoras, extraordinarias en su trabajo, generosas, que entregaban sus mejores horas a los demás. Pero una persona interesante era otra cosa. Yo conocía a muy pocas. Sin duda, una de ellas entró aquella mañana en una silla de ruedas por la puerta de mi habitación, riéndose de sí mismo y de sus miserias. Se llamaba Mark Greenstone. «No sirvo ni para matarme», dijo de un humor excelente al acabar de contarme que se había caído de seis metros de altura en un escenario.

Mark Greenstone era un técnico de sonido norteamericano, y quizá la persona más alta y delgada que había visto nunca. Tenía cincuenta y nueve años y había nacido en Nueva York, aunque vivía desde hacía mucho tiempo en Viladecans, a media hora de Barcelona. Unos días antes de entrar en la habitación 317 y convertirse en mi compañero, tropezó y se precipitó de un escenario al vacío. Fue durante una prueba de sonido para el concierto de Supertramp. ¡El mismo al que yo tenía previsto acudir con Emma! En un cajón de mi mesa, que desapareció como el resto de las pertenencias durante la explosión, estaban las dos entradas. Eran una sorpresa. Emma no tenía ni idea de que íbamos a ir a ese concierto que, como otras cosas ese día, para nosotros murió antes de llegar a existir. «Me rompí muchas cosas, pero ninguna importante», contó Greenstone, con un buen humor perpetuo. Me interesé menos por su estado que por su relación con Supertramp. Le dije que lo tomase como una señal de mi humor. Cuando compré las entradas se rumoreaba que Roger Hodgson volvería a la banda, después de su abandono allá por 1983. Pero, según Greenstone, solo se trató de una campaña de mercadotecnia. «Es imposible que en un grupo convivan demasiado tiempo dos personalidades tan fuertes y con tanto ego como las de Hodgson y Rick Davies. Antes o después, la crisis está garantizada, porque cada uno defiende su punto de vista musical hasta el final. Siempre pasa. Brian Jones dejó los Rolling Stones, Syd Barrett y Roger Waters se fueron de Pink Floyd, los Beatles se separaron demasiado pronto», me explicó.

En media hora me puse al tanto de la existencia de Greenstone. ¡Y qué existencia! A los veinte años empezó a trabajar para John Lennon, y en 1980 viajó a Israel, con el propósito de conectar espiritualmente con sus orígenes judíos. Planeaba estar allí dos semanas, pero cuando se encontraba en Jerusalén se enteró del asesinato de Lennon. Decidió no regresar en la fecha que tenía prevista para pasar las Navidades en casa. Cruzó el desierto del Sinaí en camello con un desconocido. En Egipto coincidió con un empresario que le ofreció trabajar en Europa. Tardó veinte años en volver a Estados Unidos, y lo hizo solo de visita, para ver a su viejo padre. Conoció a una mujer holandesa, se casaron, tuvieron una hija, se divorciaron, se casó con una

barcelonesa, tuvieron un hijo, y se divorció por segunda vez. Con los años, montó su propia empresa, con la que dio cobertura a las mejores bandas de música del mundo en sus directos por Francia y España. Por suerte para mí, se cayó al vacío en el momento preciso.

Compartimos habitación durante cuatro días. Le dieron el alta y yo me quedé casi dos semanas más. No tuve más compañeros interesantes. Se iban y venían personas capaces de deprimirme más y más, supongo que tanto como yo a ellas. Pese a todo, el tiempo no se detuvo por ello, aunque sí se volvió patético, y llegó el día en que me fui del hospital. Mi madre empujó la silla de ruedas hasta la puerta, donde nos esperaba mi padre al volante de un Volvo XC90. Era casi de estreno. No tenía ni dos mil kilómetros. Al entrar me sorprendió que el olor a coche nuevo todavía fuese una de esas cosas ridículas capaces de conmoverme.

Una vez que estuvimos todos en el coche, y con los cinturones abrochados, les pedí que me llevasen a la rue Romarin. No formaba parte de mis planes, pero yo no tenía planes, así que improvisé. En mi propia voz, sonó iconoclasta hasta para mí, que noté cómo la frase se resquebrajaba dentro de mi boca al pronunciarla. Mi madre, que había insistido en que viajase en el asiento delantero, para ver mejor el paisaje, se incorporó desde la parte trasera. «¿Estás de broma? No me parece buena idea», alegó. «¿Lo dices como psiquiatra?», pregunté con sarcasmo, volviéndome hacia la parte de atrás. «Lo digo como tu madre.» En el asiento del conductor, mi padre permanecía en silencio, fiel a su costumbre. A lo largo de los años yo había aprendido a anotar esos silencios a mi favor con solo enfatizar «papá no está en contra». Él aborrece cualquier tipo de enfrentamiento, y aún más hacer de mediador, de modo que ni siquiera protesta cuando me hago dueño de su neutralidad. Cree que, antes o después, los incendios se apagan solos. «Vale, vamos», cedió al final mi madre, tal vez temerosa de que su negativa a visitar el edificio me traumatizase más que la visita.

En realidad, yo no tenía un interés especial en enfrentarme al edificio, sino en despedirme de Hannah Dubois, que era también lo que yo entendía por una persona interesante. De paso, no pude evitar mirar al edificio, o no quise evitarlo. Me llamó la atención, como todas las cosas destruidas, pero no me sobrecogió. Todos los transeúntes desfilaban ya ante él sin volverse, señal seguramente de que para todos ellos la vida había recuperado la normalidad, suponiendo que la hubiesen abandonado.

Entré en el quiosco empujando yo mismo la puerta con la silla de ruedas. Hannah se cubrió la cara con las manos, exagerando que no quería creer lo que veía, y después se apresuró a salir a mi encuentro. Me agarró la cara con las dos manos, que eran huesudas y blancas, y estaban heladas, como las sábanas en invierno, quizá estudiando qué había del viejo y qué del nuevo Paul Madiot, y después me dio dos besos. También exageró el sonido de estos, que explotaron en mis mejillas con todo su amor y humedad. Apenas intercambiamos algunas frases, me hizo un gesto para que dejásemos de hablar un instante, como si hubiese cosas más urgentes. «Quiero enseñarte algo», anunció, y desapareció por la puertecita que había detrás del mostrador, ante la que uno, incluso si era pequeño como Hannah, debía agacharse un poco para no golpearse.

En su ausencia, me fijé en que seguía colgado uno de mis cuadros de una pared. Esa sí que era una prueba de la existencia del viejo Paul Madiot, pensé. Recordaba cuándo lo había pintado, dónde y qué había hecho ese día. No había hecho casi nada, salvo empezar el cuadro por la mañana y finalizarlo por la noche, momento en el cual me fui al cine a ver *En tierra hostil*, de Kathryn Bigelow, con Emma y Luca, y después a tomar una copa.

Hannah tardó tanto que pude haber leído un par de periódicos sin pagar. Seguí esperando. Tuve tiempo de hacer girar la silla y observar el edificio desde el interior del quiosco, desde donde

habría podido verme en la ventana. Enfrente de la puerta, fumando un cigarrillo, vi a mi madre de espaldas. Su posición transmitía un complejo juego de contrapesos. Sostenía el cigarrillo con dos dedos, y, a su vez, un brazo con el otro.

Por fin apareció Hannah, que sujetaba la guitarra Ibanez azul celeste de Ilka. No la sujetaba de cualquier modo, quizá como se sujeta una carpeta con documentos o la camisa recién planchada que uno va a ponerse para salir a la calle. Si existiese un objeto lo bastante sagrado, que uno desease abrazar, aunque el objeto en sí nunca se enterase de que lo abrazabas, se parecería bastante a aquella guitarra. Me contó que la hija de Camille y Ricard, el matrimonio que vivía sobre el quiosco, la había encontrado, dos días después de la explosión, dentro de la casa de sus padres, que estaban fuera de la ciudad cuando el instrumento salió despedido y acabó en el edificio de enfrente. Hannah la había enviado a arreglar, porque cuando se la encontró Juliette su aspecto era otro bastante distinto. Quienes vivíamos con Ilka teníamos una relación muy particular con su guitarra. Pasamos del aborrecimiento al cariño, primero porque sonaba a menudo, y al final porque no lo hacía casi nunca y nos daba pena. Nos hicimos amigos del instrumento así, porque Ilka fue arrinconándolo y, en su caso, pasando del amor a la animosidad.

Me la puso sobre las piernas para que la recordase mejor, para que le dijese lo que tuviese que decirle. Rasgué las cuerdas con la mano derecha, como si supiese lo que hacía. «Ilka nunca me habría dejado acercarme a ella», confesé, «primero porque era sagrada, y después porque era una apestada.» Hannah asintió. Lo sabía bien. Sonreímos con nostalgia, y le entregué la guitarra para que la guardase en ese lugar recóndito y seguro al que la había ido a buscar. Hizo otro gesto con las manos, como diciendo «stop». No tuve claro, sin embargo, cómo interpretar la señal. «Es para ti», anunció entonces. «Solo tú puedes quedártela. Ni siquiera sus padres.» Y fue así como hice en el asiento delantero del Volvo los quinientos cincuenta kilómetros hasta Burdeos, con la cabeza apoyada en la ventanilla, mirando al frente, en silencio, y la guitarra de Ilka entre mis piernas. Agarré el mástil todo el tiempo, como si pudiese caerme dentro del coche.

Hannah y yo nos despedimos con un miedo no expresado a no reencontrarnos en mucho tiempo. A esa hora, mi único plan consistía en llevar sana y salva la guitarra a casa, donde ni siquiera sabía qué sitio ocuparía. Bajo la sensación de vivir de prestado, y con unas lesiones que fingían estar soldadas, mis pensamientos apenas abarcaban más que las siguientes cuatro o cinco horas. «Cada logro, del que a veces ni siquiera serás consciente, equivaldrá a una hazaña; tómatelo así», me había aconsejado uno de los traumatólogos para que me hiciese a la idea de la importancia de tener paciencia y no incurrir en frustraciones cuando los insignificantes progresos se pareciesen bastante a un paso atrás. Tendría que aprender a creer en el futuro, y alargar esas cuatro o cinco horas siguientes hasta las semanas.

Cuando transcurrieron tres meses, y la rehabilitación y el hecho de tener veintiún años devolvieron a mi cuerpo parte del viejo esplendor, volví a Lyon. Quería plantar cara a los fantasmas, y no solo a los míos. Mi mano izquierda había perdido para siempre su destreza y solidez, pero ella, como yo, empezaba a conocer poco a poco al nuevo Paul, o eso me decía para engañarme. Cuando llegó ese día no solo tenía fe en las siguientes semanas y meses, sino que había adquirido también fe en las personas próximas. Para mí, que era el único vivo de los seis que estábamos en casa el viernes que la vida cambió para siempre en unos pocos segundos, había sido una conmoción descubrir que personas en las que confiábamos, a las que dejábamos entrar en nuestra casa, como Adel o Calise, en cierto modo creían que debíamos morir. La vida estaba cumpliendo cada una de las promesas en las que habíamos creído, pero ellos hicieron a su Dios y a la muerte una promesa más fuerte todavía.

Ocultar todos aquellos explosivos, para que otros después los empleasen contra personas que se creían seguras y amaban la vida, no era en un sentido moral demasiado diferente a utilizarlos. Lo primero era el comienzo de un asesinato, y lo segundo el final. A la vez que me obsesioné durante meses con la idea de que había salvado mi vida por segundos solo porque me estaba meando y fui al baño, me obsesioné con los interrogantes que dejaba la destrucción del edificio. ¿Qué ocurrió para que volásemos por los aires? ¿Estaban Adel y Calise manipulando el explosivo y cometieron un error? ¿Fue un accidente y el peróxido de acetona estalló al moverlo, o al mezclarlo, o tras producirse un brusco cambio de temperatura? ¿Acaso se trató de un suicidio? Nunca habría respuestas a estas preguntas, me decía para desanimarme a continuar su búsqueda. En lugar de eso, les daba más y más vueltas. ¿Cuánto tiempo llevaban los explosivos en casa de Adel y Calise? ¿Estaban allí cuando ocupamos el piso? ¿Hasta qué punto les costaba actuar como ciudadanos corrientes? Me decía que quizás se habían inventado unos personajes a la medida del secreto que ocultaban. Así, cuanto más asesinos fuesen más debían parecer ante los demás unos ciudadanos ejemplares, que creían en los valores de la República francesa, generosos, cultos, buenos conversadores, capaces de despertar al instante la admiración de compañeros de trabajo o vecinos. Necesitados de resultar creíbles, me decía, quizás habían construido sus personajes desde los detalles, haciendo que les gustasen los vinos del Languedoc y el beaujolais, el paté de Périgueux, seguir el Torneo de las Seis Naciones o la poesía de Paul Valéry. A fin de que creyésemos en ellos, se habían inventado una firma, forjado unos sueños propios, comprado un coche, cultivado unas amistades, pagado unos impuestos, aficionado a un tipo de música, desarrollado unas muletillas al hablar. Podía ser, incluso, que sus personajes caminasen de una manera particular o que poseyesen un acento característico que no eran las maneras de caminar o el modo de hablar de los verdaderos Adel y Calise.

La vida se vuelve un disparate sin que te des cuenta, a traición. Podía ser un disparate incluso mientras te parecía maravillosa y con sentido. Esa sensación de barbaridad, de estar ante un delirio, me sumió casi en la locura dos semanas después de la detención de la célula islamista para la que Adel custodiaba los explosivos con vistas a futuros atentados. Fue a mediados de agosto, cuando ya había dejado el hospital y me acostumbraba otra vez a Burdeos. Esa mañana, mi madre me llevó en coche a la clínica de rehabilitación, donde pasaba casi tres horas diarias. Fue hablándome de un paciente, con el que tenía cita a mediodía, que se creía un prestigioso pianista. «No sabe tocar el piano, ni siquiera tiene piano, por supuesto, pero se comporta como si fuese un virtuoso. Puede hablarte de repertorios, de detalles técnicos, de escenarios en los que nunca ha estado, según su familia, pero que parece conocer al dedillo. Es entrañable», me dijo.

A la una y media me recogió mi padre. Estaba irritado consigo mismo porque al salir del aeropuerto, donde había dejado el Volvo, lo había golpeado contra una columna del aparcamiento. «Prefiero romperme un dedo antes que ver ese arañazo y la abolladura», dijo, fingiendo más contrariedad de la que experimentaba. Los coches tienen estatus de miembro familiar. Sus problemas son los problemas de mi padre, que es una persona capaz de reverenciar el objeto más insignificante. Es imposible que su coche nuevo sufra una avería, o un arañazo, y no se traslade ese descalabro a su alma. Formamos parte, después de todo, de una civilización automovilística. ¿Podemos vivir sin coche? Si podemos vivir sin abuelos, cuando mueren, o sin padres, cuando nos vamos de casa, y cuando en un momento dado también fallecen, no digo yo que no podamos sobrevivir sin vehículo.

Me preguntó qué tal por casa, en su ausencia, que había sido apenas de tres días. «Normal», dije desganado, «como siempre.» Y me encogí de hombros. No me sentía comunicativo. Él olvidó

su enfado por arañar el coche y se puso a hablar del hotelito en el que había estado, y del que iba a escribir para *The Guardian*. Salvo aquel día, que también me encontraba apático, yo envidiaba su trabajo, y me interesaba por los sitios que visitaba. «Se llama Eve's Garden y es un *bed and breakfast* de papel, para que te hagas una idea. O casi de papel. Está construido con una mezcla de una celulosa reciclada y cemento ligero.» Se encontraba en Marathon, una localidad de apenas cuatrocientos habitantes, en pleno desierto de Texas. Su dueña era una tal Kate, artista, cocinera, jardinera, contable, asistente, florista y extrabajadora siderúrgica, muy divertida, al parecer. «La web del hotel asegura que cuando transcurren diez minutos ya es tu amiga», dijo, con algo de sarcasmo. «Tiene un perro llamado Bubbles, pero también se le puede llamar Bubba, Stinky, Chipotle, Kangaroo, Door Bell y Fang. Es tan inteligente que responde a cualquier nombre.» Pero su mejor experiencia en el hotel, confesó, no fue propiamente el hotel, sino haber conocido, en la última noche, «a un israelí que me llevó a su habitación y me pidió que me sentase en el borde de la cama. “Cierra los ojos”, me ordenó. Estuve así, con los ojos cerrados, durante un cuarto de hora. No sé qué hizo, pero no me hipnotizó. Cuando todo acabó, el cigarrillo que me había fumado media hora antes, en el jardín, se convirtió en el último de mi vida. Me cobró cuatrocientos euros, pero ya no quiero fumar. ¿No es alucinante?». No quise decírselo, pero pensé que lo habían timado.

Cuando llegamos a casa, sonó mi móvil y era Gianna Tabone. Estaba en su oficina, en pleno Manhattan, donde eran las siete y media de la mañana, y acababa de ver en la CNN que la policía francesa había detenido a Ali Slimani en las cercanías de París. «¿Ese no era vuestro vecino?», preguntó, desconcertada, pero menos que yo, que estaba a punto de despeñarme por el delirio. Me había vuelto dolorosamente sensible a los cambios de estado. En ese momento, aborrecía cualquier cosa que pudiera cambiar la forma en la que me sentía. Resultaba curioso, porque antes lo que me gustaba era justo dejar de sentirme como habitualmente.

Las últimas noticias daban detalles del hallazgo de un nuevo piso franco, empleado por la célula islamista, en cuyo registro se había encontrado una libreta con nombres y direcciones. Entre ellos, el de Ali Slimani, al que se acabó localizando en un suburbio de París. También aparecían algunos lugares de Lyon, como la catedral de Saint-Jean, el estadio de fútbol del Olympique o la Facultad de Letras, como posibles objetivos terroristas.

Al día siguiente, cuando vi las primeras imágenes tras su detención, me costó reconocer al Ali que entraba y salía constantemente de nuestra casa hasta su desaparición. Era obvio que no era ajeno al secreto de sus padres. Según la policía, todo indicaba, hasta el hallazgo del piso franco, que se encontraba en Marruecos. No constaba su regreso. El control de fronteras había registrado su salida de Francia nueve meses antes en un vuelo a Rabat, desde Lyon, lo que significaba que había regresado al país de forma irregular, aún no se sabía cómo. Por las imágenes, en las que se le veía esposado, su aspecto había cambiado notablemente. Se había dejado barba, bastante poblada, y vestía una túnica que nada tenía que ver con la ropa que llevaba antes de su desaparición.

Aún no había dejado de dar vueltas a la ficción construida por sus padres para hacerse pasar por nuestros queridos vecinos, y pensar que Ali era otra mentira me producía malestar físico. Ese día, presa de un ataque de ansiedad, mi padre tuvo que llevarme al médico; por la tarde, acudí a la consulta de la psiquiatra. Cómo podía alguien formar parte de nuestras vidas, mostrarse afectuoso, dar muestras de que éramos importantes para él, a la vez que formaba parte de un plan para matar a inocentes, entre los que podíamos estar nosotros mismos. Se me antojaba una doble vida demasiado perversa para imaginarla. Habíamos hecho infinidad de cosas juntos, viajado en grupo,

organizado fiestas, nos habíamos divertido y emborrachado juntos. ¡Y todo era de pronto una farsa! La pregunta más dolorosa, en el fondo, era cómo pudimos, yo el primero, ser amigos de alguien que odiaba lo que representábamos y que se comportaba a su vez como si nuestros ideales fuesen los suyos.

Alguien a quien queríamos, poseedor de mil virtudes, que nos ayudó, al que otras veces ayudamos nosotros, alguien al que le confesaríamos un secreto, alguien que sabría guardarlo, alguien así, de pronto, era alguien completamente desconocido. ¿Cómo procesar eso? A todos nos había dejado sumidos en la incompreensión su repentino desvanecimiento. No nos alertó de su partida, ni la menor insinuación, simplemente se esfumó de un día para otro. Por la noche había estado en casa, jugando al Monopoly. Después de las fiestas de los viernes, esas partidas eran el siguiente evento en importancia. Formábamos parte de un círculo muy reducido, es decir, los cuatro que vivíamos allí más Anouk, Didier, Ali y alguien que pudiese apuntarse de forma excepcional. En el fondo, siempre era la misma partida, que ganaban Luca o Emma, como si hubiesen nacido para cumplir con el destino de ser millonarios y especuladores.

A la tarde siguiente, al regresar de la escuela coincidí con Adel en el portal. Le pregunté si Ali estaba en casa. «Se fue a Tetuán, a pasar unas semanas con sus abuelos», me respondió. No supe qué decir, así que creo que dije que no tenía ni idea, que no nos había dicho nada, y subí al piso contrariado. Nadie sabía nada. Estábamos todos muy confundidos. Cuando pasaron esas semanas de las que habló su padre, Ali siguió sin regresar. No servía de nada llamarlo. Su teléfono estaba apagado. Tampoco contestaba a los correos electrónicos. El día que Anouk, que era quien se llevaba mejor con él, preguntó a Calise si Ali volvería pronto, su madre le respondió, con parquedad, que se quedaría al menos lo que restaba de curso, aprovechando que se había matriculado en la Universidad Abdelmalek Essaâdi. Seguimos desconcertados. Por si acaso, comprobamos si existía la Universidad Abdelmalek Essaâdi. Confirmar que sí existía no nos dejó más tranquilos.

Pero la vida, que te empuja a los abismos, te tiende después la mano para salir de ellos. Yo tenía que olvidar, y como no lo conseguía, hice como que olvidaba. Era otra modalidad de olvido, más tenue, más inestable, nada enfática, porque recordaba a menudo. En octubre regresé a Lyon. Yo era otro Paul Madiot, así que aquella ciudad a la que volvía era también otra Lyon. En mi nueva vida, llena de anomalías, ya no podía sentirme tranquilo en una comunidad de vecinos que se apilaban unos sobre otros, y que, en algunos casos, solo estaban separados por una débil pared. Me los imaginaba urdiendo a todas horas algún tipo de horror del que yo podía ser víctima. Admito que cualquiera me diga que soy un paranoico, que no se puede vivir así, imaginando que algo horrible que sucedió una vez va a volver a pasar. Pero no puedo evitarlo.

Fue una suerte dar con una casa, en las afueras, que un anciano que acababa de quedarse viudo cedía a buen precio a cambio de convivir con él. Quizá una suerte parecida a la de encontrar tres años antes un piso céntrico en el que hacía poco se había ahorcado su dueño en la lámpara del salón. Se llamaba Octave Vaudet. Tenía setenta y nueve años y voz de animal salvaje. Combinaba pelo y calvicie. Cojeaba de la pierna derecha. Era buena persona. Había estado casado sesenta y tres años con su mujer, que falleció tras caerse en la ducha y golpearse la cabeza. El secreto de un matrimonio tan largo, contaba, era verse muy poco al principio, por razones de trabajo, y verse todo el tiempo después, cuando los dos se jubilaron. En ambas situaciones había imperado la sensación de que no podían vivir el uno sin el otro. Lyon fue durante años su segunda residencia, hasta que se convirtió en la única. Su mujer, que se llamaba Marion, había ganado mucho dinero como negra editorial, discretísima, pero muy importante. Durante varias décadas había estado

escribiendo novelas románticas para otra autora, muy famosa y todavía en activo gracias a que Marion había dejado a su muerte varias novelas acabadas. No podía contarnos cómo se llamaba la escritora. «Marion odiaba la notoriedad, así que nunca se sintió tentada de darse a conocer y escribir bajo su propio nombre», decía.

Por razones profesionales, su mujer viajaba continuamente por todo el mundo, conociendo los lugares en los que iba a ambientar las novelas. Octave, cuyo trabajo también lo mantenía a menudo lejos de casa, ejerció durante treinta años como script. Debía asegurarse de que la película tuviese continuidad argumental y visual, calculando el tiempo estimado en pantalla de cada secuencia, y permanecer siempre en el set, mientras preparaban y filmaban los planos, para evitar que se omitiese algún detalle del guión. Explicado así, su trabajo nos parecía de lo más aburrido, pero todo cambiaba cuando a veces le oíamos hablar de los días de rodaje con gente como Jean-Paul Belmondo, Jean Seberg, Yves Montand, Charles Boyer, Anouk Aimée, Jeanne Moreau o Romy Schneider.

No fueron meses demasiado buenos, pese a todo. A los malos, en los que sufría pesadillas, o crisis de ansiedad, o me sobresaltaba si entraba alguien sin avisar en la habitación, o al caminar entre una multitud de gente, les sucedían meses regulares, en los que no pasaba nada de esto pero me sentía insignificante y mediocre y todavía experimentaba dolor físico. Mi peor momento llegó al cumplirse casi un año de mi vuelta a Lyon. A mediados de septiembre, se inauguró la Bienal de Arte Contemporáneo. El lema elegido había sido «Una terrible belleza», tomado del poema de Yeats, y abordaba la relación del artista y su época con lo bello. No acudí a la presentación. Me sentía muy lejos de ser la persona a la que Hans Merleau, mi profesor de Punto de Vista, había convocado a su despacho, año y medio atrás, para comunicarle que había sido preseleccionado para exponer. Aquel fue el mejor momento de mi vida, con tan mala suerte que coincidió con la fecha en la que también viví el peor. Pasados dieciocho meses, que uno de mis cuadros colgase en los pabellones de la Bienal me producía indiferencia. Ni siquiera nostalgia. No me alentaba en absoluto. ¡Imposible! Aquel cuadro solo me recordaba que nunca podría pintar. Era tan bueno que solo era talento desperdiciado.

Tardé un mes y medio en acudir a la exposición. Fue el segundo sábado de octubre, cuando mis fantasmas dejaron de desfilar ante mis ojos momentáneamente. No era mucho, pero parecía bastante tiempo, por eso al fin me sentí capaz de ir a ver el cuadro. A las once de la mañana, Hannah Dubois aparcó delante de nuestra casa. A fuerza de visitarme había trabado amistad con el viejo Octave Vaudet y venía a menudo. Tocó el claxon dos veces, para recalcar que me estaba esperando. Al salir la vi apoyada en el Torino Brougham de dos puertas y techo duro, de color rojo, recién pintado. El coche se conservaba igual de bien que lo había dejado su padre, que lo compró en 1971. Se paseaba de vez en cuando por Lyon con aquel vehículo muchos años antes de que en 2008 lo pusiese de moda Clint Eastwood con una de sus películas. El día que lo vi por primera vez no me resistí a exclamar que era el coche de mis sueños.

Hannah avivó mi humor, y cuando llegué al pabellón me habría atrevido a afirmar que estaba siendo un buen día, aunque solo eran las doce. Enseguida empeoró. Mi cuadro me recordó la verdad, y la verdad era que no podía situarme ante él como si nada, como si fuese otro Paul. Cada uno somos muchas personas, probablemente, pero no tan distintas entre sí que al ahondar en ellas no descubras que hay algo que se mantiene inamovible. Solo tenía una vida, y me resultaba fácil aborrecerla si no podía seguir pintando. «No puedo estar aquí», le dije a Hannah, que me devolvió a casa. Cuando llegamos, le mentí y le aseguré que me encontraba mejor. Solo deseaba quedarme a solas.

Mentiría otra vez si no admitiese que desde la muerte de mis amigos había pensado varias veces en el suicidio. No pensaba en suicidarme, pero sí en la idea, en todo aquello de lo que uno se libra cuando muere, en especial si sufre continuamente. Me acordaba de vez en cuando de la madre de Luca y Gianna, que hacía solo unos meses se había cortado las venas en la bañera. Yo no quería acabar así, quería vivir, pero otra vida distinta a aquella, con el empeño que me había sido arrebatado en la explosión.

Esa tarde me quedé solo en casa, con Andrejczyk. No podía decirse que la perra me molestase. Dormitaba detrás del sofá, y la única vez que se levantó, dio unos pocos pasos y se dejó caer debajo de la mesa del salón. En TCM emitían *Mientras Nueva York duerme*, de Fritz Lang. Me pareció buena idea tomar una copa de ginebra, y cuando la acabé, una más. Todo empezó a ir a peor, pero esta vez rápidamente. Volvieron los fantasmas a pasar ante mí, y a molestarme. No deseaba morir, o eso creo ahora, pero sí situarme a un paso de hacerlo, de modo que sintiese el vértigo de estar cerquísima, tan cerquísima que pudiese deslizarme incluso sin querer al suicidio. Yo no estaba, como lo estoy ahora, o lo estuve casi siempre antes de ese día, en la cabeza de aquella persona. Era yo, sí, pero había momentos en los que renegaba de serlo.

Hubo una tercera y una cuarta copa de ginebra, y aun una quinta. Tampoco sé por qué ginebra. Me gustaba ver al viejo Octave agarrándose cada noche a su vaso y beber una cantidad tan ínfima que daba pena, casi parecía que el placer no estaba en beber sino en ahorrar. A las siete de la tarde seguía solo y bastante borracho. Empecé a ahogarme. La camisa me ceñía el cuello, los puños. Los zapatos me apretaban. Sentí una calentura enfermiza que me recorría el cuerpo de abajo arriba. Pensaba con lentitud, como si ya tuviese resaca, una de esas con las que te despiertas en pleno verano y descubres que hace un calor insoportable en la habitación, donde entra el sol porque te olvidaste de cerrar la persiana. Subí al piso de arriba, a mi dormitorio, y empecé a desnudarme. Me quité la camisa, el pantalón, los zapatos, los calcetines, y aun así la temperatura seguía subiendo. En ese momento se me ocurrió darme un baño en agua tibia. Cuando la vi correr, y llenar poco a poco la bañera, se me ocurrió que aquel era el escenario perfecto para situarme al borde del abismo y estar cerquísima, a la misma distancia de seguir vivo que de morir. Enchufé el secador de pelo y metí los pies en la bañera. Si soltaba el aparato en el agua, me electrocutaría. Más fácil imposible. Pero yo no quería morir, solo jugar al suicidio. Recuerdo que me dije: «Me estoy volviendo loco», y que pensé que si me suicidaba así iban a encontrarme desnudo, y ahí seguramente supe que no me quitaría la vida. Qué clase de suicida pensaba, en el instante decisivo, cuando se necesita todo el valor y la inconsciencia, en la impresión que causará en las personas que lo van a encontrar muerto, sin ropa. En ese instante, como si se ajustase algo que estaba suelto, salí de la bañera y desenchufé el secador.

Aquel día sentí que cruzaba la línea de la locura y regresaba de ella. Nunca tuve tanto miedo como el domingo, cuando me desperté y vi con perspectiva qué fronteras había alcanzado. Fue una lección de vida que nunca debí tomar. En cierto sentido, cometí un gran error que con el tiempo se fue convirtiendo en acierto. Nunca volví a llegar tan lejos, y jamás le conté a nadie cómo perdí la cabeza el mismo día que me reencontré con el cuadro que me había hecho más feliz sin que esa felicidad sirviese para nada.

Me aferré al deseo de vivir, pero seguí sin llevar una vida normal. Me acercaba, por momentos, si aceptaba que tampoco era tan raro empeñarse en vivir sin vecinos al otro lado de la pared, y ni por encima ni por debajo. Bajo esa calma engañosa pasaron los meses. Completé mis estudios y me decidí a formar parte del cuerpo de profesores, con vistas a recalar en un liceo. Para eso tenía que ingresar en alguno de los Institutos Universitarios de Formación de Maestros y completar los

dos cursos. Lyon tiene el suyo, pero había tomado también la decisión de marcharme de la ciudad. Me matriculé en el instituto de Rennes. Mi padre tenía unos amigos que alquilaban una casa en L'Hermitage, una pequeña localidad a solo veinticinco minutos en coche del centro de la ciudad. Era justo lo que buscaba. Habría elegido cualquier otro centro, menos los de Lyon y Burdeos, si hubiese encontrado una vivienda como la de L'Hermitage, alejada y a la vez cerca del instituto.

No fue un año fácil. El curso era excesivamente teórico, solo aliviado por algunas prácticas al final, que hice en el Lycée Brequigny. Pese a todo, resistí el ataque del aburrimiento y no me permití distracciones. Evitaba salidas que no fuesen a cenar, los fines de semana, como mucho. Me cuesta hacer amigos. Al acabar el año me presenté y aprobé el concurso-oposición, que me da acceso al segundo curso, en el que se realizan prácticas remuneradas. Eso significa que al final del verano, cuando empiece, seré un funcionario del Estado en prácticas. Tal vez sea el comienzo de una vida normal. Aunque no me hago la ilusión de olvidar. No estoy seguro de que quiera. Ya quedó atrás la etapa en que recordar la tragedia era repetirla. El pasado siempre vuelve. No se puede luchar contra eso. Vuelve cuando él lo decide, y de pronto.

Hace dos semanas, todavía bajo la agitación de aprobar el concurso, me llamó Virginia. Era el pasado en persona, pensé. Hacía casi un año que no teníamos contacto, si quitábamos la postal que intercambiamos en Navidad. Su voz, ahora pujante, me pareció la de una mujer puesta en pie, rehecha, después de la muerte de Emma y a continuación el divorcio de Álvaro Lasso. En unos pocos minutos consiguió doblar y meter el último año entero. Se había casado con Leopoldo, dejado Sevilla por Londres, y después Londres por Ámsterdam. Había pasado de ser una mujer que se aburría en casa a tener un trabajo. No tenía pasado, salvo Emma, porque lo había roto en dos, y después en cuatro y en ocho, en dieciséis, en treinta y dos, hasta que no pudo hacer trozos más pequeños, y los lanzó sobre su cabeza para que se los llevase el viento. «Pero no quiero contarte toda mi vida por teléfono. Estoy camino de Rennes con Leopoldo. Llego en una hora y media. Veámonos», me pidió. Le di el nombre de un café de la place Sainte-Anne y nos despedimos hasta al cabo de un rato. Así era el pasado, capaz de adelantarte y ponerse el primero de la carrera.

La reaparición de Virginia era solo una de las muchas maneras en las que Emma retornaba a mi vida, pensé. A veces me parece que nunca he tenido tantas confianzas de las que hacerla cómplice como después de su muerte. Era ahora cuando más la necesitaba. Lejos de distanciarla, el tiempo agrandaba su presencia. Había días, sentado en el sofá, que sentía que si estiraba el brazo podría posarlo sobre sus hombros. Se me hace imposible decir si esos son días tristes, pues lo son, o esperanzadores porque continúa a mi lado y entonces me creo salvado. Es como si Emma aprovechara mis distracciones para dar un paso y acercarse silenciosamente, como en el escondite inglés. Su muerte había producido tantos extraños efectos que no tenerla conmigo también servía para convencerme de que era la persona más importante de mi vida, y cuando pasasen treinta años quizá todo siguiese igual. Tuve otras amigas antes, con las que crecí, y pasamos juntos todos los años de la adolescencia, pero nada queda de ellas, salvo el primer beso y los nombres, ya sin apellidos, y unas caras cada vez más vagas.

Nos cruzamos en un momento en el que los dos necesitábamos de otro y no encontrábamos a nadie. Ella buscaba que un muro emocional la separase siempre de su padre. Podían ser la distancia y los nuevos amigos. Yo no sé qué buscaba, y supongo que lo encontré. Pasó, entonces, lo que no ocurre casi nunca, que conoces muy rápido a un total desconocido y avanzas hacia la incertidumbre a su lado, sin miedo a nada, porque está contigo. Esa seguridad en los días, incluso en que ni los días más malos te van a sobrepasar, la sentí a las pocas semanas de empezar a

compartir el piso de la rue Romarin. A veces pienso que lo que sucedió durante el fin de semana anterior a la explosión fue algo tan azaroso, ocasional, casi distraído, tan poco buscado por ambos, que ocultaba uno de los modos que se reserva el destino para hacer pasar los imprevistos por designios. Luca se iba con su hermana Gianna al Alpe d'Huez, mientras que Emma, Anouk, Didier, Ilka y yo habíamos planeado pernoctar dos noches en uno de los refugios del Parque Nacional des Écrins. Nos costó, pero conseguimos plazas en Chalance, el refugio más alto de la vertiente de Valgaudemar, a dos mil quinientos metros de altura, con vistas a las laderas del Sirac y los picos Jocelme, Loup y Bans.

Habíamos alquilado una furgoneta para salir el viernes por la mañana. Emma deseaba más que nadie hacer aquella excursión, como si al placer de la aventura se sumase el de las altas montañas que se elevarían entre ella y su padre. Se sintió muy contrariada cuando el jueves murió la madre de una de sus compañeras en la librería Le Bal des Ardents. Francis Chaput-Dezerville le preguntó si tenía inconveniente en sustituirla el fin de semana, ya que el otro empleado que podía hacerlo se encontraba de vacaciones en Nápoles. Emma aceptó. Ni siquiera le contó que planeaba viajar a Les Écrins con sus amigos.

Un día antes que Emma, fui yo quien supo que no podría ir al parque nacional cuando mi profesora de Historia del Arte nos recordó que el lunes —¡el lunes!— teníamos que entregar nuestros trabajos sobre el uso del color en el fauvismo. Eso era una semana antes de lo que yo pensaba. Y ni siquiera había empezado. Me pasé la semana encerrado en la biblioteca Diderot, incluido el sábado, hasta las cinco de la tarde, cuando di el trabajo por acabado. El resultado me pareció tan decepcionante como el hecho enojoso de quedarme a escribirlo el fin de semana en Lyon.

Emma y yo vencimos el fastidio, casi envidia, que nos producía no disfrutar con los demás el refugio en Valgaudemar haciendo la cena nosotros mismos. Emma alquiló, al salir de la librería, *Uno, dos, tres y Encadenados*, que no habíamos visto, y yo compré dos botellas de vino blanco y rescaté una piedra de hachís que guardaba para una buena ocasión.

Ninguno vio lo que estaba a punto de ocurrir después de casi un curso entero juntos. Nos creíamos tan sensatos y maduros que solo actuábamos como unos ingenuos, como correspondía a nuestra edad. Todo fue una conspiración, incluido el guión de Billy Wilder, el vino y el hachís, para que los dos ignorásemos las señales de peligro. No llegamos a ver la película de Hitchcock. Echados en el mismo sofá, bajo la lámpara apagada en la que un día se había ahorcado el dueño de la casa, fue tarde para evitar nuestro primer beso. La realidad declinó de pronto. Nada de lo que hacíamos poseía la firmeza de las acciones comunes. Tal vez por eso no supimos que antes de acabar la película las distancias se habían estrechado. Simplemente fue resultado de la irrealidad que Emma estuviese tendida en el sofá y yo sentado, soportando sus piernas sobre las mías. No quise saber, hasta mucho después, que solo acariciaba sus pies en el instante en que Emma me tomó de un brazo, en una invitación a dejarme arrastrar, y entonces caí a su lado.

No pudimos hacer nada para evitar besarnos cuando empezaron a desfilar los títulos de crédito. Si tuvimos miedo, no lo supimos. Quizá solo huíamos de la crueldad que había en la sola idea de no besarnos, o quizá sabíamos, sin necesidad de pensarlo siquiera, cómo empezaba y acababa todo. Ninguno alertó al otro de que podíamos arrepentirnos de cada gesto por el que nos dejásemos arrastrar, como esas personas que levantan las manos y se quedan quietas, ahogando su respiración con el pensamiento, cuando presienten muy cerca la presencia de un peligro. Nos abandonamos tan lentamente al placer, sin pensar en qué ocurriría cuando todo terminase, si es que

algún día llegaba el fin, que pareció que toda aquella noche transcurrió en el mismo segundo, el primero, cuando adivinamos, por el tacto, que nos estábamos besando.

Hacer las cosas por primera vez es uno de esos asombros fascinantes que en ocasiones depara la vida. Nada es igual al esplendor de los comienzos. La memoria fija cada uno de sus instantes, como si la vida pura y dura también se organizase en fotogramas, y cuando transcurre el tiempo hace que aún sientas la admiración y la extrañeza de todo lo que viviste tal o cual día. Nadie recuerda la segunda vez, la tercera, la quinta, la enésima, cuando a la belleza original la reemplaza la mera repetición. Hicimos el amor varias veces aquella noche, con tal suavidad y dulzura que se podía pensar que no había pasado nada después de pasar todo. Quizá nos corrimos tres veces, a lo mejor fueron dos, o cuatro. Imposible saberlo a ciencia cierta. Todas contaron como un solo momento, y después de eso no hubo ninguno más. Fue como un interludio en nuestras vidas. Hay destinos que se cruzan en un preciso punto y solo ahí, que resplandece, y después se separan para siempre, a semejanza de líneas que forman una intersección.

Estábamos tan obligados a hacer todo lo posible por que nada afectase a la convivencia de los cuatro en aquel piso que asumimos que todo había nacido y muerto en la misma noche y al instante se había convertido en secreto. Nada ponía a prueba la debilidad o entereza de una persona tanto como su resistencia a no desvelar un secreto bajo ninguna circunstancia, incluso al precio de perder la vida. Me agradaba pensar, con cierto romanticismo, que llevarse un secreto con uno definía a un héroe en el que a su vez nadie, quizás ni él, vería jamás a un héroe. Pero después de todo también estábamos tan obligados, si nos enamorábamos, a no hacer nada por evitarlo que aceptamos que las cosas no morían porque uno dijese que tenían que morir, y que quizá después de aquella noche habría más noches parecidas o mejores, aunque ya no fuesen la primera.

Nos quedamos pegados el uno al otro hasta que la claridad de la calle empezó a buscar resquicios por los que aflorar. Hablamos, bebimos y seguimos fumando hachís hasta que se acabó, y tuvimos que conformarnos con el paquete de tabaco, mientras ignorábamos la poca o mucha resistencia de aquella casa a la luz. Sentíamos que nos podíamos contar cualquier cosa, porque cuando de verdad fuese otro día, todo quedaría cautivo para siempre en la memoria, ajena a la idea misma de resquicio. Solo esa noche pudo Emma revelarme lo que me reveló, y que en secreto había marcado toda su vida. La serenidad en la que nos sumimos, mientras nos pasábamos el porro y el ascua iluminaba el reposo, allanó todos los muros, y al fin ella se sintió segura para contarme que su padre había abusado de ella hasta los once años.

Empezó a hacerlo a los siete, cuando un día se ofreció a ir a recogerla a la salida de la clase de música. Tal vez porque las primeras veces horribles tampoco se olvidaban, me dijo que fue un 8 de febrero, viernes, que llovía muy fuerte en Sevilla. Él la esperaba en el coche, ante la puerta del conservatorio. Arrancaron y todo fue bien hasta que se desvió por una calle que no conocía, para ir a parar a una zona sin tránsito. Apagó el motor y empezó a tocarse. En un momento dado dejó que su pene asomase y Emma lo viese. «Me cogió una mano y la acercó a él, me dijo que lo ayudase un poquito, que lo que iba a hacer no estaba mal, que lo podíamos hacer porque nos queríamos hasta el infinito, que yo era la persona que más le importaba del mundo, y que tenía que confiar en él, o ¿es que acaso no quería que mi papá estuviese contento? Yo sentía tanta admiración por él, y a la vez tanto miedo a disgustarlo, porque veía cómo se comportaba cuando se enfadaba con mi madre, y a veces conmigo, si me equivocaba, que hice lo que me pidió, y lo seguí haciendo durante varios años, y nunca conté nada a mi madre, porque si ella algún día se enteraba, mi padre decía que nos separaríamos y yo acabaría en un orfanato, viviendo con unas monjas que me darían palizas todos los días», relató con serenidad.

No supe qué hacer o decir, porque pensaba que nada se podía hacer o decir para ofrecer consuelo a alguien que había sufrido los abusos de su padre, y que ahora estaba a mi lado, fumando un porro como si nada, después de haber hecho varias veces el amor, sintiéndonos los dos partícipes de la felicidad de vivir.

El silencio siguió enredándose unos segundos más, en los que yo solo me volví para mirarla fijamente, mientras seguíamos tumbados y ella estudiaba el techo, tendida boca arriba, y acabábamos el porro y la luz de la mañana entraba por los huecos y se rompía contra las paredes y los objetos del salón. «¿Entiendes ahora por qué nunca toco la guitarra de Ilka, por qué odio hacer música con mis manos, por qué no puedo acercarme a un piano, ni a una flauta, ni a ningún instrumento? Porque durante años, al salir del conservatorio, me estaba esperando mi padre para que le hiciese pajas, o para que le dejase quitarme las bragas y le enseñase mi cosita, como me decía. Hasta que una tarde, le confesé a mi madre que odiaba la música, que no quería volver, y dejé de ir al conservatorio.»

Todo acabó cuando un día, al salir del cumpleaños de una amiga, debía estar esperándola su madre. Había aparcado lejos del portal, al final de la calle, que por ese lado carecía de salida. «Al acercarme al coche vi que en el asiento del conductor no estaba mi madre sino él. Yo sabía lo que iba a pasar y entré. Cerré la puerta con un fuerte golpe. Ese día llevaba un vestido, sin medias. Él ya tenía el pene entre las manos, como si fuese un teléfono, empalmado. Aquellas escenas habían llegado a tal punto que mi padre casi no tenía que hablar ni guiar mi mano. Me miraba y yo obedecía a la mirada, que era como una orden. Pero ese día me quedé quieta, y cuando posó la mano en mi muslo, se la quitó. “Si quieres que te hagan una paja, págale a una puta”, le dije, y salí del coche. Fue increíble. Creo que me quedé tan impresionada y desconcertada con mi reacción como él.» Emma me contó que al verlo en casa su padre agachó la cabeza y no pasó nada, y al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente tampoco pasó nada, y cuando transcurrieron tantos días que empezó a pensar que al fin se había acabado aquel horror, también se convenció de que era demasiado tarde para contárselo a su madre y calló hasta ese fin de semana, cuando nos acostamos, y al advertir que al fin era otro día, entendimos que estábamos unidos por un secreto irrevelable que ni muerta Emma yo podía contar a su madre. Ni siquiera se me pasó por la cabeza hacerla partícipe esa tarde que por teléfono me dijo que estaba llegando a Rennes, y quedamos en vernos al cabo de hora y media en la place Sainte-Anne. No. Nunca. Moriría conmigo. Así que, al colgar, ordené la casa, me di una buena ducha, me vestí en consonancia con el frío que hacía esa tarde y me dirigí al garaje, donde me esperaba mi Ford Torino Brougham del 71 de color rojo, y salí a la carretera.

Vilardevós, 2019

Edición en formato digital: febrero de 2020

© imagen de cubierta, Marc Pallarès

© Juan Tallón, 2020

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2020

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4126-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es

JUAN TALLÓN

Rewind



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas